FRAY MOCHO



"ANITA"

Por CLETO CIOCCHINI

Nº 644





FRAY MOCHO

Año XIII | Buenos Aires, 26 de agosto de 1924 | Núm. 644



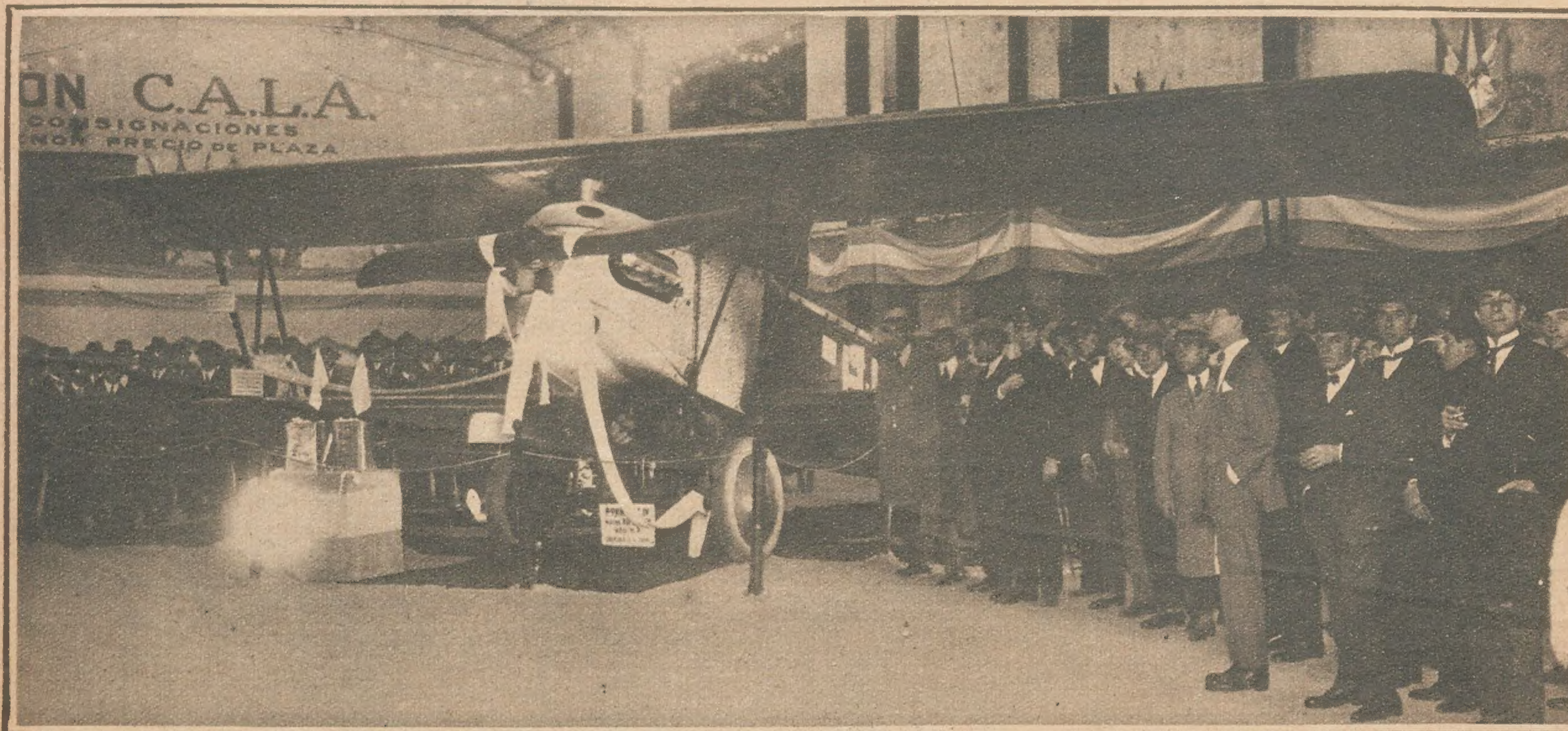
La República entera, sigue con interés la magnífica hazaña del mayor Zanni





Mayor Pedro A. Zanni, que no obstante el último contratiempo experimentado en Hanoi, está realizando, en compañía del mecánico Beltrame, una magnífica hazaña, seguida con vivísimo interés por todos sus compatriotas.





En la exposición del aparato Focker, análogo al que usa el aviador argentino en su raid y que se exhibe en un local de la calle Florida, por donde ha desfilado un público muy numeroso.



En los días anteriores a la travesía aérea de los Andes. El entonces capitán Zanni, en compañía del malogrado teniente Matienzo y el capitán Parodi. (Fotografía obtenida en el campo de Los Tamarindos, Mendoza).



Zanni, después de dar término a uno de sus raids El Palomar-Mendoza.

La República, toda, puede decirse, está pendiente, —valga la palabra,—del magnífico raid que brillantemente está cumpliendo el mayor Zanni, en su intento de dar la vuelta al mundo en aeroplano.

Todas las iniciativas surgidas para recaudar fondos con el objeto de que nuestro compatriota pueda disponer de los elementos necesarios, tienen un franco, un caluroso, un patriótico apoyo.

Desde el gran tonel-alcancía, hasta las suscripciones más modestas en el interior del país, todo revela el mismo espíritu, el mismo entusiasmo, el mismo anhelo.

Pocas veces, ciertamente, un aviador nuestro ha contado con un apoyo más decidido y con una simpatía más elocuente y significativa.

Destacamos el hecho, porque constituye un saludable ejemplo y una espléndida lección para quienes creían—muy erróneamente, por cierto—que la indiferencia del público habría de dejar al mayor Zanni y al mecánico Beltrame, librados a sus solos esfuerzos.

No es así, sin embargo.

Y de esta insuperable jornada, que será inolvidable en los anales de la aviación mundial, no es desde luego un rasgo menos destacado, este del pueblo, solidarizado en idéntico anhelo, respondiendo al llamamiento con un entusiasmo que sólo merece plácemes y que realzamos en la amplitud de los generosos móviles que lo inspiran.



En Rufino. La población agasajando al piloto argentino, después de haber efectuado el cruce aéreo de la cordillera de los Andes.



EL PRÍNCIPE DE PIAMONTE, EN CÓRDOBA



La comitiva oficial dirigiéndose a la casa de gobierno, en medio de los aplausos del numeroso público que presenció la llegada del ilustre huésped.



El heredero de la corona de Italia, acompañado por el gobernador de la provincia de Córdoba, doctor Julio A. Roca, el general Gregorio Vélez y el almirante Bonaldi.



S. A. R. presenciando el desfile de las fuerzas militares y de los componentes de las asociaciones italianas.

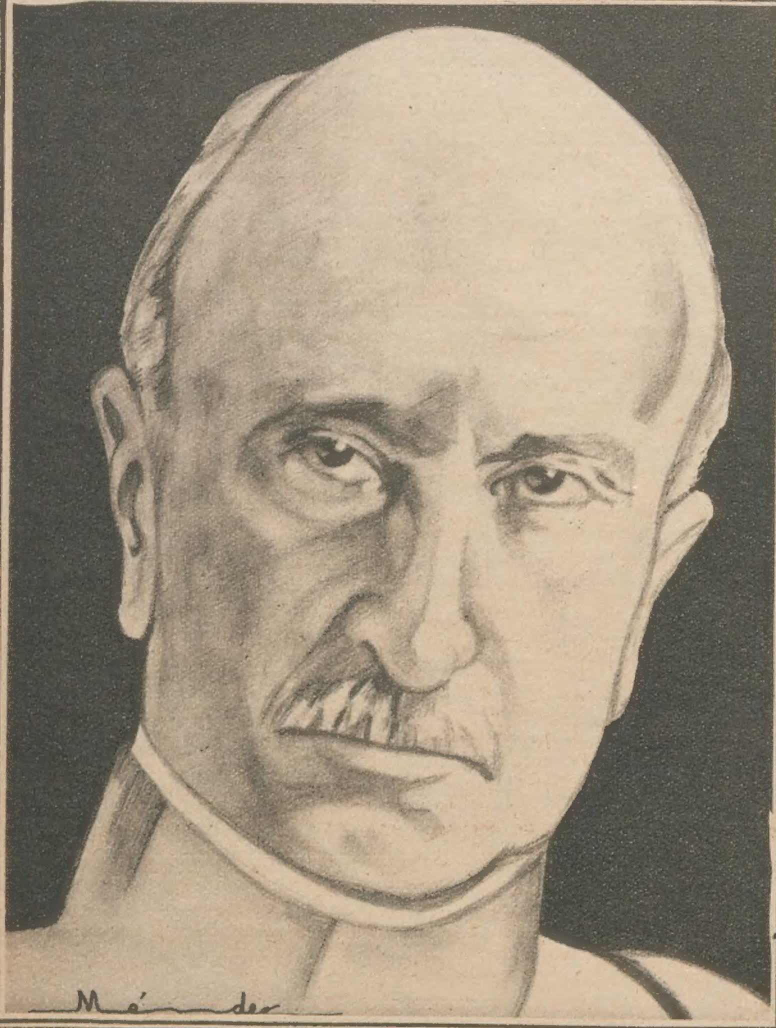




Durante la visita realizada al dique de San Roque, antes del arribo a la capital cordobesa.

Fots. León.

Los nuevos generales de nuestro ejército: **Juan Esteban Vacarezza**



Caricatura del prestigioso militar, por Méndez Mujica.

Llegada de algunas de las delegaciones argentinas a las olimpíadas mundiales



Componentes de la delegación de box, donde figuran el teniente Héctor Méndez y Alfredo Copello, quienes estuvieron a punto de conquistar el campeonato.



Los representantes de natación: Zorrilla, Behrensen, Moreau y Stipanicic, con el delegado de la Federación, Simón Rossi, el campeón Tiraboschi, Thamier, el doctor Grasso, y los atletas Rovere y Pianta, que participaron en el levantamiento de pesas.



Los atletas Brunetto, Thompson y Diestch.



Los ciclistas Gret, Zampichiatti, Polet y Saavedra.

Conmemoración del aniversario de la muerte de San Martín





En ocasión de cumplirse el aniversario de la muerte del general San Martín, tributóse un homenaje a la memoria del prócer, que fué realizado al pie de su estatua ecuestre erigida en la plaza de su nombre. — A la izquierda: los miembros que integraron la comisión organizadora del acto. — A la derecha: vista parcial de los alumnos de las escuelas que tomaron parte en la ceremonia. Hicieron uso de la palabra el doctor Julio Domínguez Ortiz, en nombre del Centro Correntino General San Martín y el R. P. Floro Olivari, los cuales fueron muy aplaudidos por la concurrencia.

Comentarios

Héroes paraguayos

Los que sostenemos que en nuestros países de América debe mantenerse a toda costa la armonía internacional, como una consecuencia no sólo de las cordiales relaciones de los gobiernos, sino de la confraternidad efectiva de los pueblos, no podríamos dejar de aplaudir la feliz iniciativa con que la embajada presidida por el doctor Saguier incluyó en su programa de actos públicos un homenaje a la memoria del héroe de Curupaití, y a la del coronel de los granaderos a caballo, coronel don José Félix Bogado.

Él reconocimiento de la gloria del célebre general Díaz, por parte de los militares argentinos, como si en la sangrienta jornada en que sacrificaron sus vidas tantos valerosos compatriotas, no hubiera mediado más que un esfuerzo común de patriotismo y de entereza, demuestra para la felicidad de ambas repúblicas, que a pesar de sus rigores, la terrible guerra de 1865, lejos de fructificar en odios, ha concluído por inspirar a los descendientes de los luchadores una honda y fervorosa admiración por los paladines de todos los ejércitos.

Al cabo de los años, paraguayos y argentinos, conscientes de la abnegación con que sus antepasados cumplieron el deber que las circunstancias exigieron, pueden congregarse junto a las tumbas gloriosas sin que su emoción se sienta amargada por los agravios de la pasión antigua. Es un índice feliz de los nuevos tiempos, que señalan para nuestras jóvenes nacionalidades el camino de la paz y del orden como el único seguro para la conquista del bienestar y de la grandeza.

Por fortuna, la contienda contra el gobierno de Solano López no fué más que una dolorosa excepción a la secular historia de la amistad de nuestros pueblos. El oportuno homenaje al coronel Bogado, héroe paraguayo—argentino de la gran época de la independencia, ha tenido la virtud de recordarlo con insuperable elocuencia. Fué aquel soldado de los primeros que se alistaron a las órdenes del general San Martín en el famoso Regimiento de Granaderos a Caballo, al día siguiente de San Lorenzo. Desde entonces, en las campañas libertadoras de Chile y del Perú, desde Chacabuco y Maipo hasta Junín y Ayacucho, el valiente guaireño formó con honor en las filas del legendario regimiento, en el cual conquistó uno a uno sus grados, desde el humilde y sonoro de trompa de los granaderos hasta el de coronel de aquel cuerpo, cuyos últimos restos condujo a Buenos Aires en 1824.

De los centenares de argentinos que en 1815 prepararon en Mendoza su enseñanza militar bajo el comando de San Martín, llevando después la bandera nacional por encima de los Andes y a través de media América, sólo regresaron al Plata siete hombres hace precisamente un siglo, y el primero de ellos, el jefe del grupo de los héroes, era ese mismo coronel Bogado, cuya memoria debe recordarse en adelante como uno de los vínculos más sólidos del amor y de la fraternidad de ambas naciones.

Las dichosas jubilaciones

No obstante los largos años transcurridos desde la sanción de la ley de pensiones y jubilaciones civiles, estamos muy lejos de creer en su perfectibilidad. Así, al menos, lo demuestran a diario, las críticas, mejor dicho, las denuncias, que nos permiten saber cosas tan increíbles como la existencia de jubilados a la edad de treinta y un años. ¿Qué concepto de previsión social, qué espíritu de justicia, qué criterio, en una palabra, pudo dictar a los legisladores el divertido artículo que autoriza a un hombre en plena juventud a continuar viviendo del trabajo de los demás?

Sería muy interesante conocer una estadística exacta de los jubilados de origen administrativo. Y el interés se acrecentaría enormemente, si fuera posible añadir la historia pintoresca de los numerosos agraciados, cuya edad aún no ha alcanzado al medio siglo. Los futuros historiadores, a la manera de Charles Diehl, el talentoso revelador de la vida y costumbres bizantinas, tendrán un material de primer orden, amenísimo y dramático a la vez, en los polvorientos expedientes de la Caja, a través de cuyas fojas profusas, y entre líneas, podrán leer las jocosas biografías de esos personajes. El vulgo, que ya se ha anticipado en parte al juicio de los estudiosos del porvenir, piensa que la mayoría de esos graves ciudadanos, ingresó a la administración pública alrededor de los quince años, en pleno desarrollo de sus facultades consumidoras de té con leche; y luego, en su incesante perfeccionamiento, alcanzó a la jubilación casi sin haber hecho gala de otras aptitudes.

No caeremos en la "irreverencia" de participar enteramente de estas ideas. Pero se nos ocurre que si algunos casos de la vida real coinciden con los de la sátira, ello se debe a que la dichosa ley fué dictada en medio de un olvido absoluto de lo que debe ser una ley de jubilaciones. Porque nadie creerá que la mayoría del pueblo argentino está conforme con que antes de la vejez y del agotamiento se declaren inútiles y se mantengan por cuenta del Estado a tales y cuales ciudadanos.

Sea como fuere, la confusión entre el derecho al descanso por causa de edad, y el retiro por años de servicio, está demostrando que la ley no fué elaborada con la ciencia y el cuidado que requería. He aquí un antecedente formidable para la otra ley, la 11.289, que tantas discusiones y disgustos está de continuo produciendo. Nadie ignora que para dictarla, el Congreso prescindió de datos tan indispensables como los que podría proporcionar un censo de empleados de la industria y del comercio de la República. Sin ese conocimiento y sin muchísimos otros, derivados del análisis metódico de todos los factores, es imposible que la ley resulte buena. Es absurdo que estas cuestiones de carácter técnico se resuelvan por simple mayoría de votos. Ya se sabe que, en general, los empleados y obreros quieren la jubilación; y que los patrones la miran con recelo. Pero tanto los unos como los otros la rechazarían, si en definitiva, no ofrece las más amplias seguridades de acierto y de justicia. He aquí por qué el Congreso debería volver atrás de su precipitada sanción, y empezar por el principio, es decir, por el estudio del problema que en mala hora abandonó para entregarse a la fácil gloriola de una ley aparatosa y vocinglera.

JAZZ-BAND PARLAMENTARIO



G. Bonorino. — A los representantes de los territorios les he dado esa ubicación. Como no tienen voto...
Guido. — Pero tienen voz, y podrán meter ruido. Es lo que se impone hoy en el Parlamento.

Nuevo método para aprender geografía

La guerra europea hizo que hasta los más modestos habitantes del último rincón del país aprendieran hidrografía, orografía, y los nombres de pueblos y aldeas del continente europeo marcados en las cartas geográficas. Ello ha sido tan útil, que en ocasión de la visita del príncipe de Piamonte, se ha podido observar que nuestros gauchos no ignoran, ni donde existe ese territorio, ni donde están enclavadas las regiones más ricas y florecientes de Italia. Es decir, que en cuanto respecta a geografía europea, poseemos conocimientos, pero había quedado una laguna, no conocíamos nada del continente asiático, y esa laguna ha venido a llenarse con motivo del viaje de Zanni a través del mundo. Hoy sabemos donde está Karatchi, Nasyrabad, Allahabad, Akyab, Rangoon, Korat y otras ciudades que nos imaginábamos fantásticas por haberlas visto figurar en los cuentos de "Las mil y una noche".

Gracias a Zanni, los argentinos habremos aprendido la geografía de las cinco partes del mundo, porque tenemos la seguridad que ha de realizar su proeza. Con lo cual habrá dado días de gloria a la patria, y nos habrá enseñado una materia que ignoran hasta los europeos, que a veces suelen jactarse de ignorar la geografía, sobre todo la de South América.

NUEVA ESCUELA MUSICAL



—¿Ustedes quieren ingresar en mi jazz-band? ¿Dónde han aprendido ustedes?
—En el Congreso, ¿le parece a usted que allí se mete poco ruido?

"At home"

—¿Te has enloquecido Nicomedes?

—¿Loco?... ¡Avisá, Encarnación!

—¿Y por qué has relegado al ostracismo de la cómoda de jacarandá tus calzoncillos de franela amarilla?

—¡Bah!... Porque ya no castiga fuerte el frío, Encarnación, y porque tengo miedo que me agarre el sarampión con semejante coraza.

—Tan garifo, ¿no?... Andá que te pesque una pulmonía y te mande al hoyo, vía Corrientes y Triunvirato. ¡Miren al niño!...

—Soy del 67, Encarnación, pero todavía... todavía...

—Todavía no se ha ido el mes de agosto, Nicomedes. Falta un piquito, y Santa Rosa, de yapa.

—¡Lo he de pasar, mujer! Ya estoy harto de franela amarilla. ¿O querés que interiormente siga pareciéndome a un canario?

—Hacé tu gusto en vida, Nicomedes, pero no digas que yo no te puse los puntos sobre las íes de la cordura.

—Primavera se "avichina", Encarnación... Los sauces, como buenos madrugadores, ya echaron sus hojitas verdes. Días más, y se abrirá la "season" de los grandes clásicos en Palermo, con su cortejo de "tualetas" a la "derniere" en la "peluse" del "padoque" y de la tribuna oficial.

—Hablame en cristiano, ¿querés?

—Y se iniciará la venta de "yearlings" en el "tatersal", evidenciando los progresos de nuestro "elevaje". Y tu Nicomedes, mujer, hecho un pollo, andará de un lado para el otro, como picaflor.

—Caramcho, y gracias...



LA SERPIENTE

POR ALUIZIO AZEVEDO

Juan Blas fué a comer a Santa Teresa, a casa de su amigo Manuel Fortuna, como acostumbraba hacerlo, invariablemente, todos los domingos.

Ambos eran del comercio: Juan, tenedor de libros; el otro, dueño de una sastrería. Frisaban ya en los 50 años, y se habían conocido cuando no tenían 20 todavía; esta larga amistad no había sido perturbada por la menor incompatibilidad de carácter.

—¡La paz de los ángeles sea en esta casa! —exclamó Blas, en el tono risueño y tranquilo con que, al llegar los domingos a casa de su viejo amigo, decía siempre esa misma frase.

—Buenos vientos lo traigan, compadre—respondió Manuel, tendiéndole la mano.—¿Cómo lo ha pasado? Y mi ahijada ¿cómo va?

—Sin novedad, gracias a Dios. Allá se ha ido, con el marido y los hijos, a visitar a su suegra, en la Piedad. Naturalmente, no vuelven hasta mañana por el tren de las nueve y media. Supongo que doña María estará adentro...

—Así es. Pase adelante, si quiere.

Y el tenedor de libros siguió sin ceremonia hasta la cocina, a fin de entregar a doña María, que andaba por allí, a vueltas con la comida y con la cocinera, los paquetes de dulces y de frutas que traía colgando de la mano izquierda.

Juan Blas era viudo, ya por segunda vez. Del primer matrimonio le había quedado una hija, cuyo padrino era Manuel, y que, a los 18 años, le había dado una linda pareja de nietos que eran ahora el alegre embeleso de su vejez.

Aquellas comiditas domingueras en casa de su amigo tenían para él todo el irresistible encanto del hábito más antiguo de su vida. Tan luego como saludaba a los dueños de casa se cambiaba la levita de paño por otra de lino blanco y se extendía en una mecedora, debajo de los árboles del jardín, a la espera de que lo llamaran a la mesa. El puchero, el vino y los temas de conversación entre los tres eran casi siempre los mismos. Después del café, los dos compadres armaban sobre sus rodillas el tablero de chaquete y ensartaban partida tras partida hasta las diez y media de la noche, en tanto que doña María iba a reunirse afuera con las familias de la vecindad, formando corro en la puerta de la quinta o paseándose por los alrededores de la casa.

Manuel no era, sin embargo, marido de su compañera. A los 30 años la había tomado a su servicio para que se hiciera cargo de la casa, de la despensa y de la ropa blanca, y al fin había ido dejando, pasivamente, que lo incluyeran en persona en el inventario de esas cosas, de modo que ella había acabado por tomarlo a él también a su cuidado. Cuando acordaron, se encontraron unidos por la más legítima ternura y viviendo en el más perfecto pie de igualdad.

Doña María era honesta por índole, era sana y era aseada; el comerciante se sintió bien al lado de ella, y se dejó estar.

Aquel día, terminada la comida, Manuel fué, como de costumbre, a buscar el chaquete; y sentados uno frente al otro, se prepararon los dos amigos para la pachorruda campaña, trocando en seguida las primeras chuscadas y las primeras risotadas de todas sus innumerables partidas.

—Entonces, compadre — preguntó Juan mientras armaba el juego,—¿qué me dice al fin de lo que le hablé el otro día con respecto a doña María?... ¿Está resuelto a...?

—Malo, malo... Ya sale usted con su manía... ¡estaba esperando la canción! ¡Vean ustedes en lo que ha dado!

—¡Manía no, hombre de Dios! No puede haber nada más razonable y justo. Doña María es una señora seria... usted no piensa separarse de ella... ¿por qué, pues, no se casan de una vez?... Sería más lindo.



—Pero ¿por qué diablo me he de casar, si somos felices tal como vivimos desde hace trece o catorce años?... Hasta hoy ninguno de los dos hemos pensado en semejante cosa. Nuestras relaciones en la sociedad no pueden ser más limitadas, ni más modestas. Ella no tiene pretensiones; y yo, por mi parte, nada espero ni deseo fuera de mi rincón, donde vivo en santa paz, gracias a Dios. Cuando queremos salir, salimos. Vamos al teatro, vamos al Paseo Público, vamos a todas partes. Nadie repara en nosotros. ¿Por qué, pues, he de atropellar ahora con todo y casarme?... ¿Quiere decirme un poco?

—Sería más lindo.

—¡Bah! ¡déjese de eso, compadre!

—Es una cuestión de moral...

—¿Entonces, amigo Juan, yo soy un hombre inmoral?... ¿Por qué?

—No digo eso; pero...

—Si tuviésemos hijos, bueno... Admito que sería conveniente el casamiento. Pero, si hasta hoy no han venido, es natural que no vendrán ya nunca.

—No, compadre; su casamiento con doña María no es sólo una obra de moralidad: es también un deber de gratitud y un buen acto de justicia. ¿De modo, entonces, que una mujer, una señora, se consagra durante catorce años a un hombre, procediendo siempre con la más severas honestidad, ayudándolo en la vida, cuidándolo, aguantándolo también, y al cabo de todo ese tiempo, él no se decide a hacer por ella un poco más que el primer día de sus relaciones?... ¡No! ¡no es justo, compadre! Discúlpeme, pero no es justo.

—¡Hombre! ¿Sabe una cosa? No hablemos más de esto. A usted cuando se le mete algo en la cabeza no hay medio de sacárselo.

—No hablemos, pues. No hablemos. Mi protesta, sin embargo, queda en pie.

"No hablemos, no hablemos", pero el domingo siguiente, durante el jueguito, el compadre Juan volvió a la carga y agregó, ante las nuevas excusas de su amigo:

—¡Bah!... En su situación, los hombres dicen por lo general la misma cosa, y al final acaban siempre casándose a última hora, cuando la mujer está por despedirse de la vida, y de nada le vale ya, por lo tanto, la resolución tardía de su ingrato compañero; al paso que ese mismo acto de justicia, practicado antes, en pleno goce de la existencia, sería un motivo honroso de verdadera felicidad para ella.

—¡Vaya! ¡déjeme en paz, compadre! Déjenos vivir como estamos viviendo, y preste más atención al juego; si no, le doy chaquete cantado.

—Pues vivan así, sigan viviendo casados por detrás de la iglesia; pero a mí me quedará el derecho de rebelarme si un día, en un caso extremo, se resolviera usted a moralizar su unión con doña María.

Manuel respiró con fuerza y arrugó las cejas, dando silenciosa muestra de cuánto lo fatigaba aquella cataquesis torturadora. Y siguió jugando, sin hablar una palabra.

El otro agregó distraído con el juego:

—Por otra parte, usted puede morirse de un momento a otro sin haber tenido tiempo de poner en orden sus asuntos, y la pobre señora se quedaría por ahí, desamparada en el mundo. Usted tiene parientes en Portugal, hasta hermanos, si no me engaño; pues sepa entonces que, aun con testamento, esta casa y lo que usted tiene en el banco ha de ir a parar todo al poder de ellos, con lo que doña María corre el riesgo de no tener donde caerse muerta, y ha de verse en la necesidad de andar en su vejez de puerta en puerta, pidiendo por el amor de Dios un pedazo de pan para no morirse de hambre!... ¡Vamos, vamos! ¿Le parece justo esto, compadre?

—¡Oh! ¡No diga eso, hombre! ¡Me destroza el corazón! ¡Qué ocurrencia!

—Pues cumpla con su deber, mi amigo. Cásese de una vez.

Y como doña María entrara en ese momento del paseo, el moralista se levantó, dejando el tablero de chaquete sobre las rodillas del compañero, y fué a donde estaba ella, para decirle a quemarropa:

—He estado conversando hasta ahora con el compadre respecto a usted, doña María. Pero éste es un cabezudo de marca. Pregúntele de qué le he hablado, y ayúdeme usted también, por su parte.

Manuel soltó una carcajada.

—¿Sabes tú cuál es ahora la manía de Juan?—dijo, volviéndose a su compañera. — Quiere que nos casemos. ¡Quién hubiera dicho que había de dar en semejante cosa!... Y no me suelta, el porfiado. No me habla de otra cosa.

—¿Y no le parece que tengo razón? —preguntó Juan Blas, dirigiéndose a su vez a doña María que los escuchaba inmóvil, sonriendo en silencio.

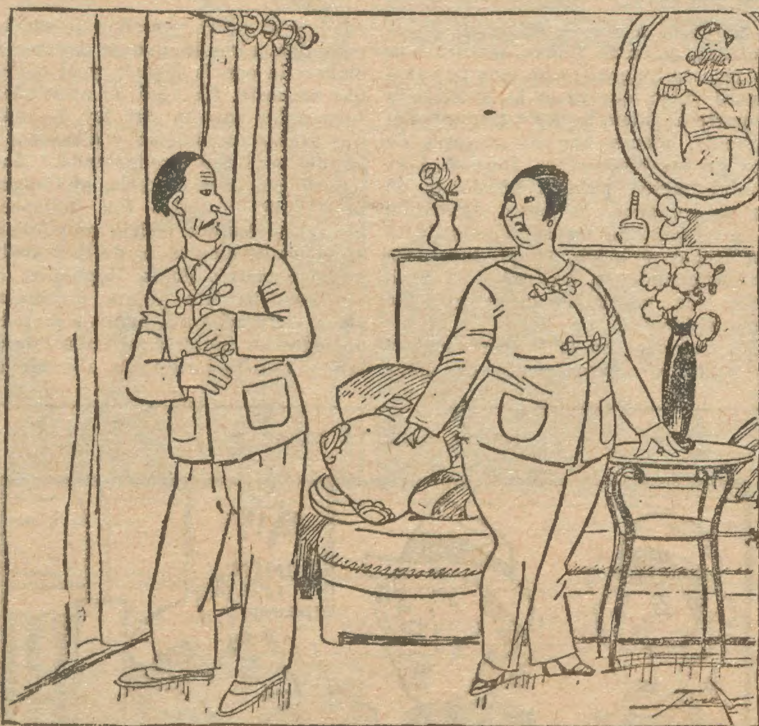
—¡Oh!—exclamó ella con dulzura.— Me gustaría eso... seguramente... ¿Para qué negarlo?... Estar casada es siempre otra cosa; una puede andar con la cabeza levantada y puede mandar en voz alta, porque manda en lo que es suyo. Pero, por mi parte, ¡en buena hora lo diga! me considero muy feliz porque Dios me haya acercado a un hombre como su compadre; y nada exijo ni reclamo, porque es mucho ya lo que él hace por mí y por los míos.

—¿Y no le duele a usted la conciencia, amigo Manuel?... — exclamó Juan Blas con la voz trágicamente conmovida, extendiendo el brazo y echando a un lado la cabeza.—¿No le duele a usted la conciencia al oír estas palabras, que son la expresión pura de la virtud y de la resignación?

—Bueno... bueno... — refunfuñó Manuel, casi vencido.—Veremos... veremos...

—¡No!—replicó el otro enérgica-

EL SEXO Y LA MODA



—¿Qué se puede esperar de una mujer que se corta el pelo y viste como los hombres?
—¡Habrás querido decir de un hombre que se viste y corta el pelo como las mujeres!

El deseo del señor Laubepín

se titula el cuento original de Federico Boutet, y que ha sido traducido expresamente para "Fray Mocho", en cuyas páginas aparecerá la entrante semana. Es una bella página, llena de interés y de enseñanzas.

mente;—"Veremos"... es una promesa de tramposo. Usted, lo que no quiere, ya sé yo, es incomodarse. ¡Pues yo me encargo de todo! ¡Mañana mismo arreglo los papeles! ¿Está dicho?

—Sí, sí. Veremos mañana.

—¡No, no! De aquí no salgo yo ahora sin la autorización para hacer correr las amonestaciones. Cuando yo me meto en una cosa, soy así. La cuestión es estar convencido, como estoy yo, de que se procede con justicia y con razón.

—¡Pero qué impaciencia, qué furia! ¡Qué atropello tan desconsiderado!—exclamó Manuel.—¡Caramba! ¡Parece que fuera usted a salvar a su padre de la horca!

—¡Nada, amigo mío! Lo que hay que hacer, se hace en seguida. De un día para otro, el pan se pone duro. Vamos, señora doña María, ayúdeme a arrastrar a este egoísta. Agárrelo por los hombros, que yo lo agarro por las piernas, y larguémoslo del terrado abajo si no nos autoriza inmediatamente para arreglar mañana mismo los papeles del casamiento.

—¡Pues con un millón de rayos!...—vociferó al fin el perseguido, huyendo del terrible compadre que por pillería le agarraba ya las piernas.—¡Arregle! ¡arregle los papeles que quiera! ¡arregle el diablo! ¡pero déjeme en paz y no vuelva a hablarme nunca de semejante cosa!... ¡Canario! Bien puede usted alabarse, querido amigo, de ser un insigne majadero. ¡Nunca he visto cosa igual!

—¡Bravo, bravo! —gritó Juan batiendo palmas.— ¡Al fin ha probado usted que es un hombre de bien! ¡Venga un abrazo! Y en cuanto a la señora, mis parabienes de amigo sincero. Mañana mismo arreglo los papeles...

—Pero vea, amigo Juan... —interrumpió el otro, tomándolo del brazo.—Le prevengo que no estoy de ninguna manera dispuesto a ponerme en ridículo a mi edad. Sólo consentiré en el casamiento si éste es una cuestión muy íntima, muy secreta, sin fiestas, sin convites y sin nada de barullo.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Juan Blas;—el casamiento se hace de madrugada, uno de estos días, en la iglesia que corresponda, sin que nadie tenga que meter allí la nariz. Y después quedan ustedes casados y dignamente unidos para siempre. Lo que podemos hacer es comer los tres juntos ese día, que, para no alterar la costumbre, bien podría ser un domingo. ¿Eh? ¿que les parece?

—Bueno . Así sí—dijo Manuel.

—¿Queda fijado, entonces, el domingo que viene?

—Está bien, el domingo. ¡Qué diantres!

Y así fué. El domingo siguiente Manuel llevó a doña María a la iglesia de la parroquia, y volvieron de ella marido y mujer, gracias a Juan Blas que había preparado todo con una prontitud capaz de avergonzar al más activo agente de casamientos.

La comida, como puede suponerse, estuvo mejor ese día y fué más copiosamente rociada. Doña María mandó matar un pavo, y recibió de regalo un lechón asado. Hizo dulces, y compró frutas y flores. Manuel, a la tarde, se sorprendió al ver entrar en la sala algunas vecinas con traje de fiesta, acompañadas de sus parientes, y no pudo substraerse a parabienes y abrazos que no lo hacían muy feliz.

— Este compadre Juan Blas es el demonio! ¡En resumidas cuentas, todo esto estaba fuera del programa!

Manuel empezaba ya a sentirse contrariado, y se mostraba menos alegre que de costumbre.

Doña María, por el contrario, estaba radiante y parecía más tiesa, más dueña de casa. En la mesa habló a las convidadas en un tono señoril que nadie, y mucho menos Manuel, le había conocido hasta entonces.

Con todo, el buen hombre, aunque estaba realmente fastidiado por verse fuera de sus viejos hábitos, no se quejó; y en cuando hubieron terminado los fervorosos brindis de sobremesa, fué pachorrudamente a buscar el tablero de chaquete y lo armó sobre sus rodillas, en el sitio de costumbre, sentado frente al victorioso compadre.

Doña María se asomó en ese instante por la puerta de la sala, escarbándose los dientes. Al ver a su marido, que preparaba la primer partida, exclamó:

—¡También son ustedes terribles con ese chaquete del infierno! ¡Oh! ¡ni siquiera el día de mi casamiento, y con visitas en la sala, dejan el diablo del juego!

Y arrebató de sobre las rodillas de los jugadores el tablero, con los dados, las piezas y los cubiletes, que rodaron por el suelo.

Juan Blas soltó una carcajada, creyendo que aquello era una simple broma. Pero doña María agregó, con la cara hosca y la voz dura:

—¡Caramba! ¡qué diablo! ¡déjense de esa pavada una vez siquiera! ¡Tengan un poco en cuenta el día que es hoy!

Y se alejó, muy irritada, meneando las caderas y dándose aire con el abanico.

Los dos compadres, sentados siempre uno frente al otro, como si fueran a jugar ahora a quien se está más serio, se miraban, sin ánimo para proferir una palabra.

Y en cuanto estuvieron solos, Manuel dijo en voz baja a su amigo:

—¿Ha visto, compadre? ¿Ha visto ya el hilo de este ovillo?

Juan no dijo nada, y Manuel continuó, meneando la cabeza:

—Puede ser que me engañe, y ¡Dios lo quiera!... pero creo que la tranquilidad ha huído de mi casa para siempre...

Y tenía razón el pobre hombre: tales cosas fueron sucediéndose en su casa, que, unos meses después, Manuel se presentó un día en el escritorio de su amigo, y se dejó caer en una silla, ahogado de cólera.

—¿Qué ha habido de nuevo, compadre? ¿qué otra cosa le ha sucedido?—preguntó el tenedor de libros.

—Usted fué el que se encargó de arreglar los papeles para que nos casáramos, ¿no es cierto?—bramó el comerciante. — Pues amigo mío, trate ahora de arreglar los papeles del divorcio; porque éste, que usted ve aquí, no volverá a poner nunca más los pies en la casa donde se encuentre esa furia. ¡Nunca más! ¿oye?...

Y aquel hombre, tan calmoso siempre, tenía entonces una catadura de tigre enfurecido, y agitaba febrilmente el paraguas amenazando romper las bombas de los picos de gas.

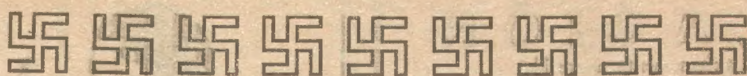
—¡Hala, hala! — gritaba. — ¡Que se vaya al infierno, y que el diablo la aguante!

—Pero, compadre, tranquilícese, escuche. Usted está fuera de sí, hombre.

—¡No!—gritó Manuel, abriendo tremendos ojos y haciendo rechinar los dientes.—¡No, con mil rayos! ¡Si me acerco a ese demonio, será para estrangularlo! ¡No vuelvo a casa! ¡No quiero cometer un crimen!

—Pero ¿qué ha habido compadre?

—¿Qué ha habido?...—y el infeliz soltó una carcajada satánica.—¿Qué ha habido?... Vaya a casa un poco, y vea el estado en que hemos dejado todo. ¡Vaya un poco!...



EL PÉNDULO

Aún oscila entre aquel mueble de impecable simetría,
bien visible sobre el muro del severo comedor;
señalando como antaño, los momentos de alegría,
o las noches imborrables de tristeza y de dolor.

Asistió al supremo instante del abuelo que partía
para siempre. Fué testigo de otra época mejor,
y marcó las horas graves, cuando el nene "se moría"
consumido por la fiebre de aquel crup acosador.

En la casa solariega se extinguieron las reuniones.
Ya no brillan las mujeres en los fastos cotillones,
donde tantos labios bellos confesaron su querer.

Pero aquel reloj, inmutable, con sus brazos diminutos,
e incansables, va contando como siempre los minutos
de los días que transcurren, y que nunca han de volver.

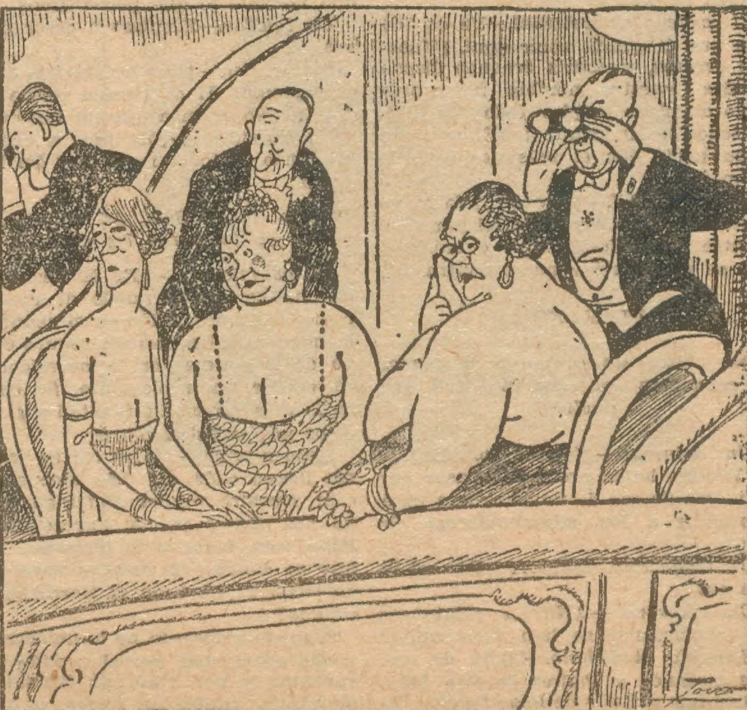
Isidro G. Peralta



JULIAN AGUIRRE

Fué un admirable poeta, que realizó una obra exquisita, en la cual puso siempre el sello de su elevado espíritu de aristocracia. Su expresión musical es hermosa y fuerte. Pero es con la canción provinciana, impregnada de profunda melancolía, que tocó más de un corazón con el encanto inefable de su sencilla belleza. Mas la exaltación que lleva al grado más alto, puede encontrarse en sus cantos y coros para niños. En ellos, toda su bondad y pureza, brilla como la flor inmaculada, que sólo se entreabre en el alma de los hombres, que por la simplicidad divina de su amor, pudieron llegar a ser grandes artistas.

ESPECTACULOS EDIFICANTES



—¡Estas bailarinas! ¡Ya podían sacar mallas para cubrir sus desnudeces!

CAPITULACIÓN

(Del libro "La alegría de vivir", recientemente aparecido)

Bella hijita mía,
cáliz de alegría
que bebí aquel día
de tu anunciación;
cuando tú naciste, tuve la esperanza
de que fueras puerto de clara bonanza
en la triste andanza
de mi corazón...

Corazón que pudo
ser como el escudo
victorioso y rudo
del batallador;
y que en la derrota tuvo la ventura
de saber que sólo por su injusta y dura
pena, fué más pura
su resurrección...

Tu boquita linda,
roja como guinda,
parece que brinda
glorificación;
y tus manos breves como dos caricias,
amasan venturas con santas albricias
y dan más delicias
que una bendición...

Dulce cariñito,
por el que me agito
con el pecho ahito
de santa emoción;
Dime que te acuerdas mucho del proscrito,
y llevas con gloria su nombre bendito,
dándole un trocito de tu corazón.

Si yo te perdiera,
más fácil me fuera
consolar mi fiera
desesperación,
de saberte sola, de saberte triste,
porque un día aciago tan lejos te fuiste,
que nunca supiste
mi renunciación.

Florencio J. AMAYA.

ROMA, por el CONDE DE GOBINEAU

(Traducción de SARA FABREGAT)

(Habitación del Papa.—Alejandro VI; el cardenal Francisco Piccolimini; el enviado de Milán.)

Cardenal Piccolimini.—Ya os lo dije Santo Padre: Si no termináis con el Hermano Jerónimo, él acabará con su santidad.

Alejandro VI.—Tú lo deseas porque él te ha rehusado cinco mil florines. ¿Crées que ignoro tus andanzas? Todos ustedes están complotados contra ese charlatán. El os dice verdades. ¡El buen maldiciente! ¡Me ha dicho bien las mías! ¿Y eso me ha inquietado? ¿Tengo la pretensión de ser un santo? Quiero vivir en paz. ¡Basta de malos negocios! No debo inquietarme demasiado. Soy viejo y quiero morir tranquilo a pesar de vuestras mordeduras; estableceré a mis hijos. ¡Dejenme tranquilo!

Cardenal Piccolimini. — Pero Santísimo Padre, es precisamente de vuestra tranquilidad de lo que se trata. Escuchad solamente lo que el señor Ludovico Sforza os manda decir.

Alejandro VI.—No quiero oír nada que me fatigue o me ponga de mal humor.

El enviado.—No son palabras en el aire, las que yo os transmito. Tenemos hechos y pruebas.

Alejandro VI.—¡Guárdalas para ti!

El enviado.—Savonarola ha escrito a todos los reyes; pide un concilio y vuestra deposición.

El cardenal Piccolimini.—Es la verdad pura y muchos príncipes están ya de su parte.

Alejandro VI.—¡Bellaquerías y calumnias!

El enviado.—¡He aquí la carta al rey de Francia! Se la hemos arrebatado a un correo. ¡Está firmada por el Hermano Jerónimo y podéis ver su sello!

Alejandro VI.—¡Sangre de la Madona! ¡El perro, el miserable, el cobarde, el ladrón, el infame!... ¡Había sido verdad! ¡Ah! ¡Quiere mi ruina! Que se reúna mi Consejo... ¡Que avisen a don César y a doña Lucrecia... y a doña Vanozza ¡Esta vez sí, es una maldad de él!

El cardenal Piccolimini.—Ya os dije bien que él quería venir aquí. ¡Vuestros errores, vuestras órdenes disparatadas, vuestro nombre menospreciado en pleno púlpito, todos los días, en todos los momentos! ¡El os trata como haría con el más despreciable compañero!

Alejandro VI.—¡Soy su jefe y va a sentirlo! ¡Le arrancaré el alma del vientre, a ese Jerónimo, y él sabrá lo que se gana sublevándose contra mí!

FLORENCIA

(Una plaza; un grupo de artesanos se encuentra con una multitud que vuelve.)

Un artesano.—Y ¿qué contáis?... El Profeta había prometido pasar por entre las llamas de una hoguera para confundir a los calumniadores; ¿lo hizo?

Un ciudadano.—¿Él?... ¡Por mi fe que no!

Un artesano. — ¿No?... ¿Entonces los franciscanos se han desmentido?

Segundo ciudadano.—Nada de eso. Franciscanos y Padres de San Marcos se han gritado de lejos fuertes injurias, y ni los unos, ni los otros después de un día de discusión, se han atrevido a jugar con el fuego como se habían jactado. Yo esperé desde la mañana con otros amigos para ver el espectáculo. Mi parecer es que nos ha chasqueado el Hermano Jerónimo y que no vale lo que pensábamos.

Un tejedor.—Empiezo a creer como vos.

Una mujer.—¡Nos ha privado de un espectáculo! Hace tiempo que yo lo decía: ¡No es más que un hipócrita!

Un panadero.—¡Me voy a comer! Me burlo de todos los frailes del Universo.

Palacio Viejo. Sala del consejo.—El goufalonero; los Ocho.

El goufalonero. — El Hermano Jerónimo ha tenido miedo de avanzar como había prometido en el asunto de la hoguera. Si no estaba seguro de él, no debió ponerse en la necesidad de retroceder miserablemente. Se coloca en la más extrema dificultad y a nosotros nos arrastra con él.

Primer prior.—¡Y las cartas de Roma llegan cada día más amenazadoras! Nuestro orador Domingo Bonsi no nos ahorra penas. Parece que el Papa está resuelto a terminar. ¿En qué se convertirá nuestra casa y el gobierno popular sin el Hermano Jerónimo?

Segundo prior.—Si no lo hubiéramos hecho acompañar por el capitán Giovacchino y por Mauricio Salviati, el populacho estaba tan furioso al verse privado de un espectáculo que recreaba su imaginación desde hace quince días, que lo hubiera hecho pedazos.

El goufalonero.—No hay porque negarlo magníficos señores, la popularidad del Hermano baja considerablemente. Los Médicis distribuyen su dinero por todas partes; tengo la certeza. Hay que estar prevenidos... Las cosas no pueden sostenerse así largo tiempo. Los Arrabbiati y los Compagnacci recorren las calles armados. Tomemos un partido. Se trata de nuestra salud y de la salud pública.

Tercer prior.—Si se pudiera no debemos comprometernos con nadie, ni con ningún partido. Mi consejo sería, que enviemos al Hermano la orden de abandonar la ciudad. Sigan mi consejo. Obrando en tal forma, salvamos la vida del monje, es preciso hacérselo saber, como a sus amigos para que no duden y se vuelvan contra nosotros; así nosotros satisfacemos a Roma, porque fingimos obedecer a los admonitores y el Hermano Jerónimo cesará en sus predicaciones, aunque nosotros nos hayamos decidido nada sobre el particular y así evitamos el pretexto a los partidarios de los Médicis de hacer escándalo, puesto que la causa que traía la discordia será descartada. ¿Estamos de acuerdo?

El goufalonero. — ¿Debemos deliberar, señores?

Los priores.—¡Sin duda, sin duda! ¡Hay mucho de bueno en esa idea!

Campo cerca de Florencia.—El Arno en el fondo; prados y árboles.

Un joven grabador.—¡Esta nueva obra de Alberto Dinero me preocupa al extremo! Tengo miedo de que nosotros, los italianos no sepamos sacar todo el partido posible de la invención de Finiguerra. ¡Esta es la gloria de los florentinos! ¡Estudiaré la manera alemana; descubriré los procedimientos y si no lo hago mejor o por lo menos tan bien, voy a morir de desesperación!

Impresiones callejeras

por

JULIO FRANZOSO

(Es antigua en mí la costumbre de recorrer las calles de la ciudad. Por eso, puedo ofrecerte hoy, lector amigo, estas impresiones recogidas por ahí, que bien podrían ser instantáneas fotográficas, pero como mi pluma no alcanzará a realizar tal milagro, las llamo modestamente impresiones, quizás mal definidas, pero siempre vertidas con sinceridad.)

I

¡Pobres!

¡Pobres! Yo les vi. No era aún Carnaval y, sin embargo, iban ya disfrazados. Vestidos, a propósito, con las peores ropas, exhibíanse sobre un coche, que les paseaba por las calles más concurridas de la ciudad, formando con su extraño contraste, una reclame viviente, una propaganda humana que ideara cierto empresario teatral, para apuntalar el éxito de una obra sin méritos. Sentí lástima por ellos. Era fácil comprender que la miseria, el hambre les obligaba a representar, lejos de la escena, tan ingrato papel. Eran tres hombres que miraban a todos con asombro—y tal vez con un poco de rabia, allá dentro, en el alma—porque también a ellos las gentes les observaban con burla, con piedad, como solamente se observan a los hombres que, para los demás, por una causa o por otra, han dejado de ser eso, precisamente: hombres.

....

Los pobres pasan, acompañados de una música grotesca que hace nacer la curiosidad. Pasan sonriendo, porque, sin duda, presienten que ese gesto teatral está más en carácter con la farsa que representan. No obstante, cuando reciban las miserables monedas que les corresponde por la exhibición vergonzosa, es posible que, riéndose de ellos mismos, sientan aún deseos de llorar... Ya llegan... Ya pasan...

II

"Con el bárbaro y espantoso crimen"

Los canillitas, aunque parezca extraño, conocen muy hondamente la psicología del público. Lo prueba el hecho de usar tanto la frase esa, brutal en boca de ellos, porque sólo tiene por objeto vender unos ejemplares más.

Saben que inquietan con sus gritos, saben, también, que en todo hombre va agazapado el instinto, y por eso, porque no ignoran el efecto que sobre ellos produce esa frase, castigan con ella los pobres oídos. A veces, al hecho policial más insignificante consiguen darle con su pregón los contornos espantosos de una tragedia, pero la verdadera tragedia está en sus adentros, y ese es el crimen que callan, el que sobre ellos comete la vida obligándolos a inquietarnos.

....

Allá, a lo lejos, todavía se oye: "Con el bárbaro y espantoso crimen"...

III

Aquel hombre

Tropecé con él muchas veces, y tú también, quizás, lector amigo, sólo que habrás olvidado más pronto que yo su persona. Es un hombre que pasea por la ciudad, solo, con unos diarios bajo el brazo y tapados los oídos con algodón como si obedeciendo a quién sabe qué circunstancia misteriosa de su vida, se negara a escuchar las palabras de los hombres y de las mujeres que pasan a su lado, burlándose de su figura que mueve a risa e insultándole con los ojos. Es amarillo su rostro, hundidos los ojos, largo, demasiado largo el cabello, descuidado todo él, camina con pasos mecánicos, medidos, por el medio de la calle casi, llegándose hasta el cordón de la vereda cuando algún vehículo pareciera pretender arrollarlo, pero sin ocupar jamás el lugar por donde los demás transitan.

¿Verdad que es un hombre raro? Inquieta, preocupa su modo, sus detalles, sobre todo, esa pipa de tabaco extranjero que no abandona un instante de entre sus labios. Todo eso desconcierta cuando se le ha mirado muchas veces, e impulsa a detenerlo para conversar con él, saber de su vida, llegar con la palabra, serena y bondadosa, al misterio de su cerebro y "ver" en su corazón. Pero no. Hay sobre él un algo que nos aparta, que nos sugiere reflexiones extrañas, y le dejamos pasar. ¿Será un loco? ¿Un poeta? ¿Un... asesino? Lo ignoramos. Los que le vemos en la calle, sólo sabemos de él que tiene "algo" diferente de los demás...

IV

El tranvía

Para los que viven—como yo—más en las calles que en sus casas, el tranvía constituye un lugar agradable de observación. Por él desfila el pueblo, con sus esperanzas, con sus fracasos, con sus amarguras. Por eso representan ellos algo así como el alma, un tanto inquieta y siempre en continuo movimiento, de la ciudad. Tal vez, debido a eso, mi pluma les recuerda con agradecimiento, en estas breves impresiones callejeras.

V

Los coches de alquiler

Nada más justo, si hemos hablado de los tranvías, que lo hagamos también de los pobres coches de alquiler. Ya se van, ya quedan pocos, dice la gente, olvidando fácilmente los servicios que prestaron ayer, cuando aún los autos no habían invadido tan audazmente las calles de la ciudad. Sí, se van, quedan pocos, es cierto. Pero recordemos que un día nos fueron útiles, y no les insultemos ahora con la burla y con la piedad de nuestro silencio. Recordemos que vivimos muy a prisa y que, si para ese fin, ellos no se amoldan a nuestras exigencias, por lo menos, ayer, cuando ellos nos paseaban, no sentíamos al fin del día tan lastimado nuestro oído por tantas bocinas raras y absurdas que alguna vez debieran callar para siempre. Y recordemos también que eran muchos menos los que morían, los que pagaban con sus vidas el ansia, nunca satisfecha, de la velocidad.

¡Pobres coches de alquiler! Ya se van...

UN BUEN NEGOCIO

Por JUANA MARÍA BEGINO

Doña Serafina-Eduardo

Doña Serafina.—¡Por fin! ¡Ay, por fin! Ya estaba inquieta por tu tardanza.

Eduardo.—Asuntos ajenos a mi voluntad me han retenido un tanto hoy... Pero ya estoy aquí (con zalamería) dispuesto a pasar los minutos más gratos en su adorable compañía...

Doña Serafina (aparte).—¡Ay, qué tierno es, qué seductor!...

Eduardo (aparte también). — ¡Ay, qué vieja más empalagosa!...

Doña Serafina.—¡Oh, si supieras lo feliz que soy cuando te tengo a mi lado! ¡Cuándo te miro!... Y digo "cuándo te miro", porque tú no me miras nunca, y cuando lo haces es de una manera que me deja fría...

Eduardo (queriendo disuadirla). — ¡Oh, son aprensiones suyas!... (Aparte) ¡Cualquiera la mira con esa cara!...

Doña Serafina.—¡Ah, pero ya verás! ¡Ya verás, cuando nos casemos, cómo tendrás que mirarme a la fuerza, porque yo sabré obligarte dulcemente a ello... ¡Ay! ¡Y qué felices vamos a ser! ¿Verdad?...

Eduardo (con falso entusiasmo).—Oh, y eso, ¿quién lo duda? (Aparte). Si no fuera por sus millones...

Doña Serafina.—En cuanto se realice nuestra boda iremos a un sitio encantador a pasar la luna de miel, ¿eh? ¡Picarón! ¡Y cuidado, mucho cuidado con los galanteos con otra! ¡Porque yo soy celosa!... ¡Muy celosa!

Eduardo (aparte y con desaliento). —¡Ay, el colmo!... (A doña Serafina). Pero, ¿cómo podría mi pensar siquiera que existen otras mujeres cuando llevaré a mi lado a tan adorable compañera?...

Doña Serafina.—¡Adulador!

Eduardo.—¡Oh, nada de eso! No hago más que rendir justicia al mérito... (Aparte). ¡Lo que tiene que hacer uno para conseguir fortuna!

Doña Serafina (exhalando un suspiro). — ¡Ah, tú no sabes, Eduardo mío, lo infeliz que he sido en esa faz risueña de la vida que se llama amor! Mis padres me hicieron casar a la fuerza con un hombre a quien no amaba, a la edad de diez y siete años! ¡Ay, que Dios te libre, Eduardo, de tener que vivir unido a una mujer a quien no ames, porque en tal caso la vida es un suplicio!...

Eduardo (dando a su gesto una apropiada expresión).—¡Lo creo, sí! ¡Lo creo!...

Doña Serafina. — Felizmente, murió dejándome dueña de una colosal fortuna y libre de entregar mi corazón al hombre que por primera vez lo haga palpitar de amor. Porque, al fin y al cabo, yo no estoy tan ajada todavía, ¿verdad? (Con ridícula coquetería). El tiempo, que todo lo destruye, ha sabido respetarme...

Eduardo (con fingido entusiasmo). —¡Oh, sí! ¡Sí!... Se conserva usted fresca y lozana como una flor... (Aparte). ¡Deshojada!

Doña Serafina.—¡Te creo!... Bueno; es por eso que me he decidido a realizar este nuevo himeneo; porque si yo considerara impropio casarme a mi edad, renunciaría al matrimonio; ténlo por seguro... Pero como recién tengo "treinta y seis años".... (Recalcando las cifras con algo de confusión).

Eduardo (aparte). — Está justa la cuenta... ¡Cuando vivía Matusalén, ya gateaba!...

Doña Serafina. — Bueno: hablando de otro asunto... (Dando a su acento una entonación solemne). Sabrás que ya he hablado a mi apoderado general para que se prepare a hacer el traspaso de mi fortuna; es decir, que ponga todos mis bienes a tu nombre... ¡Es mi regalo de boda!

Eduardo (con fingida indignación). —Creo que ni por un momento habrá hallado en mi predilección hacia usted la más leve sombra de interés en sus bienes, porque entonces... (Levantándose y en actitud de marcharse).

Doña Serafina (reteniéndole, enajenada). — ¡No! ¡No! ¡No!... ¡Qué esperanza! ¿Crees que si yo hubiera podido presumir que es mi fortuna la que ambicionas, te hubiera aceptado por esposo? ¡Jamás!

Eduardo (aparte).—¡Ah, menos mal que no se ha dado cuenta!

Doña Serafina. —Por eso mismo; porque conozco tu dignidad y tu desinterés, es que lo hago. ¿Quién mejor para administrar mis bienes?... ¿Quién con más derecho?... De ese modo dejarán de andar confiados a manos extrañas, corriendo el riesgo de ser derrochados en cualquier momento. En cambio, con una administración inteligente como la tuya...

Eduardo.—Ah, si es así... Si cree que puedo servir a sus intereses en esta forma, estoy desde ya a su completa disposición...

Doña Serafina. — ¡Oh, gracias! ¡Gracias! No esperaba menos de tu lealtad y de tu amor por mí... ¡Ah! Y ahora me acompañarás al teatro... ¡Si supieras! Me pongo tan orgullosa cuando me presento contigo en cualquier sitio... Así rabiarán de envidia más de cuatro mojigatas que se han quedado para vestir santos...

Eduardo (aparte).—¡Esto más! Pero, en fin... Si logro prescindir de la vieja en seguida de casado, el negocio me va a resultar muy bueno!...

El estilo en las artes

La música, llegada a su máximo ennoblecimiento ha de tornarse figura y actuar sobre nosotros con la fuerza reposada de la escultura antigua; la escultura, a su vez, llegada a su máxima perfección, se convierte en música y nos conmueve por su inmediata presencia sensible; la poesía, llegada a su integral desarrollo, ha de cautivarnos como la música y al mismo tiempo rodearnos, como la plástica, de una tranquila claridad.

La perfección del estilo, en cada arte, consiste en esto: en saber borrar las limitaciones específicas, sin suprimir las cualidades específicas, y, empleando sabiamente lo característico, imprimir a la obra un sentido universal.

F. SCHILLER.

ALOMAR

Gabriel Alomar, en la literatura española contemporánea, desempeña un papel preponderante. Sus obras, de altos móviles estéticos, merecen que se las lea con dedicación.

En todas ellas el gran mallorquín brinda los delicados frutos de su ingenio. En ellas el alto espíritu mediterráneo ha dado todo lo que un poeta puede brindar: la emoción que hechiza y la suavidad que es siempre seductora.

Oscar Alberto Ibarf

SECCIÓN VERMOUTH

¡COMO SERIA DE AMARRETE!

Los empleados de un banco han terminado sus tareas y se disponen a retirarse, cuando llega el gerente y pregunta si el cajero se ha retirado ya.

—No, señor,—le responde uno.

—¿Está usted seguro?

—Sí, porque tiene sobre el escritorio la caja de fósforos.

EL CASTIGO DEL LATERO

La concurrencia se ha ido retirando, poco a poco, hasta que el orador ve que no queda frente a él más que un caballero.

—Señor. No sé cómo agradecerle... Usted es el único que ha comprendido mi discurso...

—No se moleste en darme las gracias. Es que yo soy el que tiene que hablar después de usted.

UNA RESPUESTA

—¿Cree usted que lograré hacerla feliz?

—Sí. Ella necesita siempre algo de qué reírse...

NUMERO FATAL

—Mozo. Mi gasto es sólo de trece pesos y usted me pone catorce en la adición...

—Señor. Creí que era usted supersticioso.

LOS SINTOMAS ERAN DE ESO

—¡Mi esposa es un ángel!

—¿Sí?

—Sí. Siempre está mirando hacia el cielo, me amenaza con echar a volar y nunca tiene vestido que ponerse...

EN EL TRIBUNAL

—¿Y qué hizo el acusado entonces, testigo?

—Empezó a contarme una historia divertida.

—Medite bien lo que dice. Recuerde que ha prestado juramento...

—Cierto... Pues comenzó a contarme una historia.

NO ERA, PRECISAMENTE, LO QUE ESPERABA

El inspector visita una escuela y hace a los alumnos varias preguntas con buen resultado. De pronto exclama:

—¿Desea alguno de ustedes preguntarme algo a mí?

Mira en torno suyo y un pequeño levanta la mano.

—Muy bien. ¿Qué deseas saber?—pregunta lleno de bondad.

—¿A qué hora se va a ir, señor?

BUEN HALLAZGO

El chauffeur estaba preocupado. Acababa de encontrar un gato muerto dentro del automóvil e iba a tirarlo a la calle cuando notó que el vigilante lo observaba.

—He encontrado esto en el coche—le dice.—¿Qué hago con ello?

—Llévelo a la comisaría, y si en el término de tres meses nadie lo reclama, queda de su propiedad.

ERA CON GUSTO

—Veo que ha comprado un gramófono. ¡Yo tenía entendido que no era usted partidario de esas cosas!

—Y no lo soy. Pero mi suegra está pasando una temporada en casa y a ella le molesta más que a mí.

UN ASUNTO DIFICIL

"Padres de familia—exclama el orador en un arranque de elocuencia.—Pensad en que tenéis hijos o si vosotros no los tenéis, vuestros descendientes pueden tenerlos..."

Y el orador no se explica por qué el auditorio acogió sus palabras con una carcajada.

CLASE DE MATEMATICAS

—Y ahora, señores, hemos llegado así a conocer que el valor de x es cero...

—¿Y hemos trabajado tanto tiempo para nada?—dice una voz.

VARIACIONES

—¿Qué te parece el matrimonio?

—Mientras éramos novios, yo hablaba y ella escuchaba. Después del matrimonio, ella hablaba y yo la oía; ahora hablamos dos a dos y los vecinos nos oyen.

DE ACUERDO

—¿Verdad que no parezco la misma con este sombrero?

—Es cierto. Al fin has hecho una buena elección, esposa mía.

CAYO EN EL LAZO

—¿Realmente me ama usted?

—¡Sí!

—¿Y haría usted cualquier sacrificio por mí?

—¡Cualquiera!

—Bueno. Pues olvídese hasta de la casa en que vivo.

CANDIDEZ

—¿Quiere casarse conmigo?

—No puedo, Pancho... Pero tenga la seguridad de que siempre he pensado que era usted persona de buen gusto.

DESPUES DEL DIVORCIO

—¿No te has sentido apenada después de nuestra separación?

—No. En lo único que pienso a veces es en lo infeliz que serás tú desde que no estoy a tu lado.

UNA EVASIÓN ARRIESGADA

Los inútiles sufrimientos de dos presos fugados

En la orilla sur del río American, a unos cuarenta kilómetros del punto donde se une con el Sacramento, álzase el presidio de Folson, grupo de pétreos edificios de aspecto imponente.

Allí se registró el día 29 de marzo de 1909 una de las más intrépidas y notables evasiones de que se tiene memoria. Dos presidiarios consiguieron huir en pleno día ante los ojos de media docena de centinelas armados y no fué posible capturarlos hasta después de sesenta y cuatro horas. La captura se realizó en la bodega de un vapor del río Sacramento.

El alma de la empresa fué un tal Alejandro Hagan, de treinta y cinco años de edad, que en sus buenos tiempos había sido actor de una compañía de zarzuela. Tenía que cumplir una sentencia de diez y ocho años de presidio por un robo cometido en San Francisco. En la época de la evasión le quedaban todavía nueve años de condena.

El cómplice de Hagan se llamaba Mackena, era un hombre pequeño, resuelto y valeroso aunque falto de imaginación y de iniciativa. En cambio Hagan poseía esas cualidades en alto grado de desarrollo. Mackena llevaba un año de cárcel y tenía doce de condena, por robo también.

Los dos presos fueron enviados en unión de otros y de la guardia correspondiente, a sujetar los vientos de alambre de una grúa montada dentro del recinto del presidio. La grúa se hallaba a cuarenta metros de altura y su montaje lo realizaban, casi exclusivamente los dos hombres, que eran los que tenían más práctica.

Uno de los vientos de cable de acero, de dos centímetros y medio de grueso, había que anclarlo en el lado norte de la orilla opuesta del río. La longitud de ese cable tenía que ser de unos doscientos metros y para fijarlo se habían empleado varios días en construir un muro de cemento en la orilla del río.

Una tarde, hacha en mano—relata el propio Hagan,—me quedé parado un minuto y seguí con la vista la graciosa curva del cable, todavía sin templar, que ascendía desde nuestros pies hasta lo alto de la grúa, a través del río y en el mismo instante se me ocurrió una idea. ¿Por qué no utilizar aquel cable para huir?

Tanto me impresionó la idea que dejé caer el hacha y me quedé absorto. Mackena, al notarlo me tocó en el hombro.

—¿Has pescado una insolación?—me preguntó.

—No: es que meditaba—contesté.

Desde aquel momento empecé a prepararlo todo para poner la idea en práctica. Cuando estuvo templado el cable comencé a amontonar hierba y ramas al pie.

—El cable es muy largo y esto evitará que se mueva demasiado con el viento.

Continué apilando carga tras carga de ramas contra la pared de cemento, Mackena, no se explicaba el por qué, pero me obedecía. Después me proporcioné y enterré al pie de la grúa una rueda de acero, de unos diez centímetros de diámetro con la llanta cóncava y una barra de acero que podía servir de eje. Luego enterré en el mismo sitio un grillete que podía colgar de la rueda y un trozo de cuerda de cuatro metros de largo con ganchos en los extremos.

El día señalado—continúa diciendo en su relato, Hagan,—nos escondimos Mackena y yo, bajo la ropa los accesorios que teníamos preparados y bajo pretexto de que había que arreglar una cosa en lo alto de la grúa subimos los dos.

Una vez arriba, con un cuchillo que llevaba Mackena, nos cortamos el uniforme de presidiario en tal forma que con sacudir el cuerpo nos veríamos libres de él.

De pronto coloqué la rueda sobre el cable, fijé el grillete en el eje, até la cuerda al grillete y poniendo cada uno un pie en el gancho que servía de estribo, nos dejamos resbalar por el cable, pasando con la velocidad de un tren expreso por encima de una torre en la que había un centinela armado, y yendo a caer en la colchoneta de ramaje que teníamos preparada.

Mackena quedó materialmente enterrado en ella y yo fuí despedido a más de diez metros. Pero ninguno nos habíamos hecho daño. Nos quitamos el uniforme y corrimos a escondernos.

Andando a gatas por los sitios descubiertos y corriendo como gamos nos dirigimos hacia Newcastle. Al mediodía oímos los ladridos lejanos de los sabuesos del presidio y sentimos miedo. Yo había mandado a Mackena que se conservase distanciado de mí unos veinte metros por si nos atacaban que uno pudiera auxiliar al otro.

Después de dos horas de marcha, metiéndonos de vez en cuando en el agua y volviendo sobre nuestro rastro para despistar a los sabuesos, consideramos que podíamos descansar, pero de repente oímos el ladrido del perro que encabezaba la jauría.

Este animal era de gigantesco tamaño y maravillosamente sagaz. Un momento después aparecía y se dirigía en línea recta hacia mí, tomándome en seguida por el cuello de la camisa y derribándome. Luego corrió hacia mi compañero y le clavó los dientes en un brazo. Mackena chillaba como un condenado y yo le grité que utilizase el cuchillo, pero como no se defendía porque le paralizaba el terror corrí a su lado y aprovechando la furia del perro, que no soltaba su presa empuñé el cuchilo, que mi compañero llevaba a la cintura, degollé al sabueso y arrojamos el cadáver al río.

Libres ya de ese enemigo, seguimos por la orilla del curso de agua hasta que anocheció. En el almacén de un campo minero robamos unas blusas, porque sentíamos frío y al amanecer nos hallábamos bastante lejos, pero muy cansados y con mucha hambre.

En nuestra fuga pasaron dos guardias a menos de diez metros de nosotros, pero no nos vieron porque nos escondimos detrás de unas peñas. En la estación de Sacramento quemamos unos trapos empapados en grasa de los trenes y nos tiznamos la cara.

Al día siguiente, por la mañana pedimos de comer a una campesina. Pasamos el tiempo a orillas del río hasta por la noche y al ver el vapor Medoc preparándose para zarpar con rumbo a San Francisco, nos echamos a nado y nos escondimos en la bodega.

Pero uno de los maquinistas nos vió, se fijó en que llevábamos la camisa roja de los presidiarios, y dió parte al capitán. Mas no nos detuvieron hasta el momento de desembarcar.

CHANTAGE

Por PIERRE VEBER

En enero de 1913 D. Camilo Durand, domiciliado en la calle de Dupont, 15, recibió la siguiente carta:

"La Verdad". Diario independiente.

Muy señor mío: Una persona que desea guardar el anónimo acaba de revelarnos, con pruebas evidentes, los hechos delictivos cometidos por usted desde 1895 a 1899.

De un lado, nuestros deberes de periodista y ciudadano nos obligan a poner estos hechos en conocimiento de nuestros lectores y de la justicia.

Por otra parte, su reputación, su fortuna y su libertad se resentirían con semejante divulgación. Vacilamos entre el derecho que nos manda hablar y la piedad que nos pide silencio.

Esperamos, por tanto, que usted quiera transigir con nuestra conciencia y asegurar nuestro silencio mediante la entrega de mil francos.

Reciba usted, señor, la seguridad de mi más alta consideración. El director, "Hans Sachs."

El señor Durand removió su pasado. Los hechos delictivos cometidos por él no caían bajo la acción de la ley. En 1895 había ya abandonado el comercio. Había, pues, una confusión de apellido. Se trataba de otro Durand. En efecto: en la calle de Dupont vivía otro Durand, canalla reconocido. Indudablemente a éste iba dirigida la carta del director de "La Verdad".

Camilo no vaciló un segundo. Se dirigió a la redacción de "La Verdad", y fué recibido por el director, a quien dijo:

—Me llamo Camilo Durand, y no soy culpable de ningún acto delictivo. Usted se ha equivocado de Durand, cometiendo una gran imprudencia, pues si ahora pusiese la carta que me ha enviado usted en manos de la justicia podrían padecer su libertad, su reputación y su fortuna. Entendámonos y no enviaré su autógrafo al procurador de la República.

El director de "La Verdad" estaba demasiado al corriente en esta clase de asuntos para comprender que no podía discutir semejante proposición. Sacó, pues, del cajón dos billetes de mil francos y se los alargó a su interlocutor.

—Tome usted. Supongo que me devolverá usted la carta.

—No—respondió sonriendo el señor Durand.—Su carta vale quinientos luises.

—Muy justo—suspiró Hans Sachs.—Pero al menos ¿me dará usted un recibo de los dos mil francos que acabo de entregarle?

—Vamos, no sea usted niño—dijo el señor Durand, y salió del despacho.

Dos meses después Camilo Durand, que andaba mal de dinero, sacó otros dos mil francos a Hans Sachs; otros dos mil en julio; otros dos mil en septiembre. ¿Cómo se procuraba tales cantidades el director de "La verdad"? Por el "chantage" seguramente.

Poco después, Hans Sachs fué detenido, acusado de "chantage". Camilo Durand se apresuró a enviar al juez la carta que había recibido en enero de 1913.

Esta carta decidió la condena de Hans, que fué sentenciado a tres años de prisión y a la indemnización de daños y perjuicios.

Yo no sé contar esta historia. ¡Había que oirla de boca del mismo señor Durand!

UN PUENTE SOBRE EL HUDSON

Por renombrada que sea por sus puentes la ciudad de Nueva York, ha dependido hasta ahora por completo de túneles y barcas para el transporte de su aprovisionamiento diario y de su población pasajera de una a otra ribera del Hudson. Todos los puentes hasta ahora construídos cruzan el East River (Río del Este), en el lado opuesto de la isla Manhattan. Se piensa ahora, sin embargo, construir un puente que enlace el centro mismo de la ciudad de Nueva York con Weehawken de New Jersey, lo que dará lugar al más estupendo proyecto de ingeniería jamás ejecutado, y que, en cuanto a grandiosidad y costo de construcción, superará a la obra del Canal de Panamá.

Los planes actuales requieren un solo arco de 914 metros, colgante de cuatro inmensos cables que a su vez colgarán de torres terminales de 193 metros de altura. No habrá pilares en el río. El puente necesitará 450.000 toneladas de acero, o sea, diez veces tanto como el puente escocés de la ría del Forth, que hoy por hoy es el mayor puente de acero del mundo.

En la confección del proyecto del puente hubo que tener en cuenta una capacidad de transporte y conjunto de vías más o menos iguales a los cuatro de los puentes que cruzan el Río del Este, y si este movimiento de trenes tuviera que pasar por túneles se necesitarían treinta túneles subfluviales además de los diez y seis que existen en la actualidad. El tablero será de dos planos: el superior llevará paseos, cuatro vías de tranvías y una carretera ancha, y hará de cubierta a prueba de incendio y del agua para proteger el plano inferior, que llevará doce vías de ferrocarriles, capaces todas ellas de soportar el peso de los más pesados trenes y locomotoras. Se calcula que en 1940 el tráfico anual del puente será de 25.000.000 de vehículos.

En cambio de tan ingentes gastos y de los problemas envueltos en cuanto a trabajo e ingeniería y en cambio también de los quince años cuando menos que se necesitarán para la conclusión de tan gigantesca obra, son muchas las ventajas que del puente se esperan sacar: los automóviles y autocamiones podrán pasar de Nueva York a New Jersey en muy poco tiempo en vez de sufrir detenimientos que duran horas, a veces, de lo cual resultará economía en el costo de la repartición de mercancías, abastecimiento más seguro de combustible, comestibles y demás artículos de primera necesidad. Habrá también reducción en el costo de expedición del y al puerto de Nueva York, y merced al raíl los empalmes de trenes procedentes del norte, sur, este y oeste asegurarán mayor rapidez y mayores ventajas de viaje y la supresión de varios gastos innecesarios.



LA SORTIJA

Por VICTORIANO GARCÍA MARTI

Todos los días pasaba por la calle de Alcalá a la misma hora. Alta, esbelta, muy en posesión de sí misma por serena y firme, por cuidada y limpia, así en lo físico como en lo moral. Muy joven quedara sin padre, y de cara a la vida, en el trance amargo de la orfandad y desamparo, salió adelante, arrastrando la carga de su madre, ya inútil por los quebrantos, además de un hermano algo menor que ella.

Como siempre, la mujer, más fuerte, más segura, más confiada, más rápida en la acción, fué la primera en decidirse. Había que trabajar para vivir; pero trabajar ¿cómo? Ella, educada en la clase media, iniciada en todo sin saber nada útil: pintura, música, bordado, vagas nociones nada más.

Cansada de buscar, de presentarse en agencias, de presentarse dondequiera que leía un anuncio, formó su propósito. Había que aprender algo bien para solicitar una colocación. Era poquísimo el dinero que podían reunir; pero no había otro remedio que hacer un sacrificio para acudir a una academia y prepararse.

Así lo hizo Luisa, y en un par de meses se encontró dispuesta para el trabajo. Luego vino la amarga peregrinación, y, al fin, el éxito, consiguiendo entrar en una oficina. Cuando ya llevaba dos años en la casa y se había hecho casi indispensable por su celo, su laboriosidad, su carácter, hasta el punto de haberle aumentado el sueldo casi en el doble; cuando se sintió, en fin, dueña de la situación, orgullosa de haberla conquistado, en posesión de un medio que le evitaba ahogarse en la vida, habiendo podido sacar a flote a su madre y a su hermano, se sintió feliz, totalmente feliz.

Su vida era perfectamente armónica. La misma hora de levantarse todos los días, unos minutos para atender a su madre y salir corriendo a la oficina. Los momentos de hogar después de la comida; los momentos de labor también entre el arreglo de la casa y coser sus vestidos, que ella misma se cortaba. Luego, a la calle. Esta salida de la tarde era su fiesta de descanso. Salía siempre una media hora antes de la entrada en la oficina. Daba con parsimonia una vuelta por la calle de Alcalá, antes de meterse en la del Turco y en la plaza de las Cortes, donde tenía su colocación.

Hacía, pues, su aparición en las calles de Madrid a esa hora alegre en que el sol de Madrid alumbra con más fuerza en los bellos días de invierno; a esa hora en que los hombres, terminadas sus tareas burocráticas, se sientan en la terraza de los cafés y comentan los sucesos del día... Esa hora de optimismos cortesanos en que se teje el sueño de una ilusión, que se desvanece al compás del cigarro que se fuma. Pero en esa hora son una realidad el sol y las mujeres bonitas; las mujeres del pueblo que transitan para cumplir ese terrible ritornelo de sus tareas en los talleres y oficinas. En esa hora pasaba siempre serena, altiva, Luisa. Su cuerpo flexible, que tenía en la marcha una gran armonía, y su silueta elegante, despertaban la curiosidad de los transeúntes, que se volvían a mirarla y decirla piropos. Estaba cansada de oír las mismas cosas. Precisamente su fortaleza moral provenía de que aún no había claudicado, de que aún no cuenta de que un muchacho sentado en el Lion d'Or, después de mirarla con insistencia, la siguió.

¡Uno de tantos!, se dijo. Tuvo él, sin embargo, la prudencia de seguirla a cierta distancia, recorriendo todo el camino hasta la oficina. Al entrar, ella, instintivamente, se volvió y pensó que acaso aquél no era del mismo género que los demás habituales cortejadores. Fué en varios días sucesivos el mismo encuentro. Pero aquel hombre no se acercaba como los demás para lanzar unas frases galantes

se había decidido a tener un novio ni un amante.

Lo deseaba y lo temía en su situación de desamparo. Si ella hubiese aceptado unas relaciones, un noviazgo de esos frívolos de la calle, se sentiría mermada.

Por el contrario, de su disciplina hacía su fortaleza y el sentirse más dueña de sí. En la oficina le daban bromas sus propias compañeras y sus jefes. Pero los veinte años son un mal consejero. Ella no contaba con las pasiones, y una tarde de esas que pasaba por la calle de Alcalá se dió como un desahogo y desaparecer, sino que persistía en su actitud respetuosa y de interés.

¿Por qué no había de ser él?..., se preguntaba Luisa al cabo. Comenzaba a intrigarla. Despachaba de prisa sus ocupaciones. Y ella, tan serena, sentía cierta precipitación por salir de casa, hasta el punto de notarlo su madre. Las amigas que le esperaban sirvieron de pretexto. En días sucesivos no fué ya sólo a la entrada de la oficina: fué también a la salida... Una noche, en la calle del Turco, él se decidió al fin: le pidió permiso para acompañarla. Al principio ella no respondió; siguieron andando los dos a la par por la misma acera. Ella apretó el paso; él, también Contestó ella al fin al insistente ruego del muchacho con frases más dictadas por el pudor que por el sentimiento. A la postre, sin decirle que sí ni que no, consintió en ir hablando.

—Sin duda, usted se ha perdido esta noche.

—Usted se ha engañado — le dijo ella.

No; él no se había equivocado; sabía muy bien que se trataba de una muchacha muy formal; conocía su vida seria y de trabajo, y esto era bastante. Lo demás no necesitaba averiguarse.

—Porque es usted muy guapa y muy elegante y muy simpática, se ve bastante claro.

—Muchas gracias — repuso ella un poco turbada. — Pero, en fin, usted comprenderá que yo no puedo dejarme acompañar por un hombre a quien no conozco. No dudo que será usted una persona decente, aunque las apariencias engañan—añadió sonriendo.—¡Qué quiere usted! Yo no tengo costumbre de que nadie me acompañe. ¡Se lo suplico!

Internóse ella por la Gran Vía, hasta la calle de Hortaleza... Siguióla él, insistiendo.

—¿De manera que no la puedo esperar a usted mañana?

—No; créame usted, es imposible... —respondió Luisa.

Dióle él la mano, y ella dejó retener la suya unos instantes sin protestar.

En este momento insistió él en verla al día siguiente.

—Hasta mañana, a las ocho, en la plaza de las Cortes, ¿verdad?

Sonrióse ella.

—Va usted a tener que esperar mucho; mañana tengo trabajo hasta las nueve.

—No importa—respondió él.—Esperaré toda la vida.

—¡Qué exagerado!

Así comenzó y así fueron tejiendo las relaciones de Luisa con Julián Onofre, joven elegante, de familia distinguida, alumno de último año en la Escuela de Ingenieros Industriales.

Todas las noches la esperaba él y la acompañaba. Antes de ocho días ya ella no iba directamente a su casa. Había accedido a dar "una vuelta", y en vez de seguir por la calle del Turco, descendían juntos al Prado, y sentados en un banco del paseo se entretenían charlando... Cada día iba ganando terreno el "tenorio" hasta conseguir que ella quedase hasta las nueve.

Ya era una hora la que tenía por las noches.

Madrecita mía

Madrecita mía,
desde que te fuiste
vivo sin amparo.

Los hombres me acosan
con palabras finas;
dicen que soy bella,

que si yo lo quiero
tendré una fortuna
y seré una estrella

en esos salones
donde el mundo alegre
muestra su descaro...

Y yo tengo miedo.
Es eso tan triste,
es eso tan raro

que el llanto me acosa.
Yo quiero ser buena,
siguiendo la huella

de tu hermosa vida,
donde sobre todo
tu virtud descuella;

pero estoy tan sola;
no tengo otro guía
que mi desamparo.

Yo sé que me engañan
mas no tengo fuerzas
para resistirlos,

pues me falta todo
desde que te fuiste,
madrecita mía.

Si no tengo abrigo,
si el hambre me acosa,
tendré que sufrirlos;

caeré vencida,
aunque yo no quiera,
y es la pena mía

verme entre las garras
de esa mala gente,
que a su vicio inmola

mi pobre existencia,
al verme en el mundo
tan triste y tan sola.

Perfecto MÍGUEZ.

Lo que más trabajo le costara a Julián era conseguir que Luisa saliese un domingo. Por fin, al cabo del mes de aquellas relaciones decidióse a salir con él el primer día festivo.

Ella temía por sí; se sentía flaquear a medida que se interesaba por Julián.

Al principio fué sólo el aspecto de persona distinguida que tenía Onofre, sus buenas formas; después fué ella poco a poco enamorándose de su charla cautivadora, que la envolvía con el halago de mil promesas.

Se reunieron a las cuatro de un domingo claro de sol. Entraron en el café del Palace. Julián propuso dar un paseo por el campo. Tomaron el tranvía de las Ventas, donde se apearon para dar luego un largo paseo.

En los accesos difíciles ayudábale a salvar los obstáculos; le daba la mano, que luego retenía entre las suyas, y en un sendero donde marchaban solos la tomó Julián del brazo. Ella sólo hizo el reparo de que podían verlos. Ocultóse el sol y se formó un preñado de nubes, comenzando a caer gruesas gotas.

Volvieron de prisa y entraron en un merendero; pero fuera no estaban bien. Hubo necesidad de internarse, y el camarero les ofreció un cuarto reservado...

Regresaron en el tranvía. Ella más afectuosa, mimándole más, tratando de atraer a Julián. Su falta abatiera su orgullo de mujer fuerte e independiente, y ya no le quedaba más solución que asegurarle, que saber retenerle a su lado. Es la reacción contraria de la reacción masculina. Julián, una vez conseguido su deseo, una vez hecha la conquista, se sentía menos ligado a ella. Y aquella primera entrevista había tenido la eficacia de cambiar los papeles en razón de las diferentes psicologías. El, antes tan mimoso, tan activo en el cariño, se sentía frío, indiferente. Ella, en cambio, perdida su independencia y su fortaleza, extremaba su mimo, no sólo por quererle ya sin trabas, sino por egoísmo, para asegurarle. Se ceñía ella en el asiento contra su amante y le miraba sonriéndose. El desfigurando su verdadero estado de ánimo, tomó una mano de ella entre las suyas; en realidad, más por galantería que por la sinceridad de un sentimiento.

No eran aún las nueve cuando se apearon en la Puerta del Sol, y ella, mirando el reloj de gobernación, dijo:

—Todavía tenemos un cuarto de hora. Hasta las nueve no me iré.

Pero a él ya le pesaba la compañía. Hubiera querido verse solo. Fingió una ocupación urgente. Le esperaban unos amigos, con los cuales iría a cenar. Si le era lo mismo, él la acompañaría un poco por la calle de la Montera... Creyó ella el embuste, que cuando llega el momento de querer en la mujer llega también la ceguera, y no consiguió que la acompañase.

—¿Dónde te esperan tus amigos?— le preguntó.

—En la plaza de Santa Ana.

—Pues vete; me iré sola.

No insistió él en acompañarla, y así Luisa se perdió entre la multitud que subía por la calle de la Montera...

El se dirigió a su casa.

Ya en su habitación sintió el remordimiento de que había hecho algo indigno, porque en realidad no quería a aquella muchacha; pensó egoístamente en todos los peligros que surgen de este género de relaciones, y se propuso cortarlas.

No lo consiguió; sus relaciones con Luisa fueron ya después un tejido de atracciones carnales más que de verdaderos sentimientos. Se vieron muchas veces, y la misma frialdad de él despertaba en ella mayor cariño...

Luisa veía destruirse su propia vida. Se lo jugaba todo: su porvenir y su honor. El tomaba, en cambio, todos estos valores frívolamente.

La vida de ella fué ya una lucha por amor propio y enamorada.

Julián, en tanto, acabada su carrera, fué destinado para gerentar una fábrica a San Sebastián. Se había marchado casi sin despedirse...

Años después, Julián, ya casado, volvió a Madrid. Y una noche en Rosales creyó ver una cara conocida bajo el ala del sombrero de una *cocotte*. Ella sonrió.

—¿Pero eres tú?

—La misma.

—¿Es posible?...

Quedaron de acuerdo para verse al otro día. Cenarían juntos para charlar, para recordar las antiguas relaciones. Quedaron en encontrarse en Maxim's. Allí se reunieron, en efecto, al día siguiente. Tomaron un vermut y se fueron a cenar a Los Burgaleses. Apenas entraron en un reservado, ella se quitó el sombrero. Julián se dió cuenta del enorme cambio que Luisa sufriera, así en lo físico como en lo moral, en los cuatro años que no se habían visto.

De aquella cara de cutis terso y suave no quedaban más que las líneas. El color era artificial. Pintadas las ojeras y los labios. Pero más que el cambio físico asombraba su transformación moral. ¡Ella tan apocada, tan pudorosa!

Hacía él estas consideraciones en tanto ella se miraba en un espejo de mano, pintando de carmín los labios. Luego guardó los lápices y el espejo en el bolso.

De pie los dos. El le tomó las manos, le miró los ojos y exclamó:

—¡Me parece un sueño, Luisa!

—Tú solo, tú has tenido la culpa— respondió ella. Y luego añadió:—Pero, en fin..., deja eso, mi vida. ¿Quieres hablar de otra cosa?

Y sentándose, le atrajo a su lado. Había perdido todo resto de pudor; los sufrimientos la habían cambiado, y ahora era ella la que se proponía burlarse de los hombres, vengándose.

Tomó en su mano una mano de Julián, exclamando:

—Oye, qué bonita sortija.

Era una magnífica sortija de platino y brillantes; el regalo de boda de su mujer...

—¡Es un regalo!...—dijo él azorado, sintiendo en el fondo de su alma una sacudida de indignación.

—Dámela... Déjamela nada más que hasta mañana. Me la dejas en prenda. De este modo vendrás a buscarme, ¿verdad? No te me escaparás como antes. A los hombres hay que cogerlos por el interés. Mañana vendrás de ese modo a buscarme—añadió ella.—Ya ves, ya ves si han variado las cosas. No soy tan dócil como antes, mi cielo; sin duda por eso me tenías por menos. Ahora, siendo menos, me tendrás por más. ¡Ya ves, hijo, cuánta maldad nos enseñáis los hombres!...

Julián pretextó una ocupación; quería marcharse.

Salieron juntos.

—Anda, llévame a Fornos; allí tengo unos amigos.

—¿Allí te esperan?

—Claro, rico; ¿pues qué creías? ¡Romántico!

Al llegar a Fornos, ella se despidió:

—¿Vendrás mañana? ¡Ya lo creo que vendrás... por la sortija!...

Julián, al cruzar la acera, vió a través de las ventanas abiertas cómo Luisa entraba en el café moviendo cínicamente su cuerpo con aire y compás de un tango. Un grupo de pollos *bien* que estaba en el mostrador del bar levantó sus copas, saludándola. Uno de ellos se inclinó ceremonioso para besarle la mano y quedó mirando la sortija.

—¿Me la das?

—Te la vendo, rico; me hace falta dinero...

Julián, que oyó a través de las ventanas abiertas esas frases, tuvo un movimiento de ira; pero se contuvo, porque el cinismo de aquella mujer estalló en el fondo de su alma como un latigazo de remordimiento...

Defectos

Es un error el de muchos iniciados el querer encontrar llenas de defectos muchas de las obras clásicas de los pasados siglos. Y esto, o es debido a un propósito interesado de pedantería o a una exageración manifiesta del arte de juzgar.

Muchos iniciados, sin suficiente vastedad de cultura, deberían de tener en cuenta esto de Macaulay: "La posteridad es tribunal supremo de apelación literaria".

La maldad

Cuando la maldad se cruza en mi camino para detenerme o amargarme, no me desespero: marcho silencioso a internarme en la soledad, donde la meditación es salvadora.

Se hacen hondos los pliegues de mi frente; late con más prisa el corazón acongojado y brotan las ideas con el ardor de juventud, hasta que triunfa el sosegado espíritu.

No dudo de mi fe al no flaquearme la energía, y mi elevación me separa de la torpeza de los hijos de Calibán, que quisieron detenerme a la mitad del camino como vulgares salteadores de la dicha ajena.

La inquietud

Se combate la inquietud espiritual de los jóvenes por quienes creen que las nuevas generaciones viven desorbitadas Es un error de táctica considerable. Lo fundamental sería que las prédicas resultaran de edificación; que mostraran los errores dogmáticos o partidistas de los iniciados. Criticar un sistema sin dar pruebas es agrupar palabras que no van al fondo del asunto. Si hay supersticiones deben demostrarse, así como el error y la mentira.

Perversidad

Hay seres cuya perversidad es tan peligrosa como la ponzoña de las sierpes. Viven ellos la vida como un castigo, y tienen miedo de los que son felices porque siembran el bien. Por eso les arrojan sombras y se deleitan con el mal que hacen, porque no pueden vivir ante el éxito extraño por más que el vencedor haya vencido en un honrado esfuerzo.

Oscar Alberto Ibarf

CASOS CURIOSOS QUE PASAN ENTRE BASTIDORES

Por PEDRO MUÑOZ SECA

En materia de teatros se equivoca todo el mundo de una manera lamentable. Se equivocan los autores que muchas veces creen haber hecho una comedia maravillosa, y sólo han pergeñado un buñuelo de batata. Se equivocan los críticos que, con los cristales de los fobias o de las filias, ven casi siempre las cosas de color distinto del que tienen, y se equivocan los autores al prejuzgar el valor de las obras, lo que es muy comprensible, porque ellos ven las comedias desde el escenario, y las comedias se escriben para ser vistas desde las butacas.

No voy a ocuparme en estas cuartillas de las equivocaciones de los autores: antes la muerte. Los autores no debemos asaltar las columnas de los periódicos para poner de oro y azul a los compañeros; no creo que jamás se haya hecho tal cosa por ningún autor que verdaderamente lo sea. Quede esa faena para los aprendices de "escalpelistas" o para los noveles fracasados que, gracias al "escalpelo, estrenan tal o cual eructo literario para ir tirando... dicho sea sin segunda.

Tampoco voy a ocuparme de las equivocaciones de algunos críticos. No es tiempo aún. Ya lo haré en su día, mucho más adelante, en un libro que voy escribiendo a medida que voy viviendo y que, perdonen ustedes la inmodestia, tiene la gracia por quintales. ¡La que se va a armar!... Habrá risa para muchos años.

Las equivocaciones de que quiero ocuparme son las de los actores y no de las equivocaciones de los actores al juzgar las comedias, sino al interpretarlas: vamos, de lo que ellos llaman "lapsus lingüe", y que yo llamo "lapsus", al cuello, con nudo corredizo y seis tíos tirando.

Porque hay equivocaciones capaces de poner en peligro a la comedia bajada del cielo; pero si el actor, después de cometido el yerro, pretende enmendarlo, entonces no hay salvación posible y a morir se ha dicho. Por fortuna, el tipo del actor que se equivoca y arregla luego la equivocación, no abunda.

Muchos cómicos han dicho en escena gorra en vez de guerra, eso es sabido, pero no han tratado de enmendarlo, y todo se ha reducido a una risotada del público y a que el actor que aparentaba no haberse enterado de la coladura, preguntase en voz baja a cualquier compañero: "¿¡De qué ríen, tú!?"

Pero yo he oído a un galán amoroso, en una escena lacrimosa, en la que se quejaba de la guerra que le hacía el padre de su amada, decir:

—¡Ay!... Me está haciendo una gorra cruel...

Y añadir languideciendo y sin inmutarse:

—¡Sí! ¡Cruel, cruel! Porque me está chica y me aprieta las sienes...

En una comedia mía, "La verdad de la mentira", hace su entrada el protagonista diciéndole a la dama: "Voy a tomar nota..."

El protagonista de mi cuento, que era de los arregladores, se equivocó y en vez de "Voy a tomar nota", dijo: "Voy a tomar nata"... Pero antes de que el público lanzara la carcajada, añadió, con un aplomo sin precedentes:

—Sí; voy a tomar nata, porque el café con leche me irrita muchísimo...

Buenos; los gritos se oyeron a seis leguas.

A ese mismo actor le he oído decir en escena una de las cosas más graciosas que he oído en mi vida.

Hacían una obra en verso, y él, en una escena más seria que la cara de Capaparda, tenía que decirle a otro actor, que vestía de uniforme y grandes cruces:

"Tal especie, por mi mal,
la sostiene la calumnia;
la calumnia, general..."

Y el pobre hombre, en vez de "calumnia" largó un "columnia" como una casa, y, sin el más leve titubeo, exclamó:

"Tal especie, por mi mal,
la sostiene la columnia,
la columnia vertebral..."

Y hubo que echar el telón y devolver el dinero a los espectadores.

En cambio, no se dió cuenta el público, en cierta ocasión, no lejana por cierto, del arreglito hecho por un actor ya anciano, de uno de los "colemes" más divertidos que pueden recordarse. Era una obra de época, y el actor de referencia hacía de fraile, un fraile barbudo que, de pronto, se adelantaba hacia el rey, sacaba un pergamino, y decía, muy campanudamente, montrándoselo:

—Ved, señor: yo también tengo mi protocolo...

Y se coló en lo del protocolo, y dijo, con un énfasis extraordinario:

—Ved, señor: yo también tengo mi potro... colo; pero, ¡ay!, los hábitos me impiden montarlo...

El público se quedó tan fresco; pero al autor de la obra y a mí nos echaron del teatro, y una hora después todavía estábamos en la calle riéndonos.

JUEGOS FLORALES

Organizados por una comisión de damas que integran las señoras Elena Green de Lanús, Micaela Costa Paz de Sánchez Sorondo, Elvira Santamarina Lezica Alvear, Delfina Bunge de Gálvez, Julia Rey Basadre de Arata, Mercedes G. P. de Lacroze, Isolina Landívar de Zorraquín, Stella Morra de Cárcano, Carmen Sánchez Elía de Quintana, María Luisa Devoto de Bustillo, María Elena Mihanovich de Belaustegui, Florencia Tornquist de Castex, Gabriela Acosta de Ocampo, María Inés Nevares de Casares, María Costanza Bunge de Zavalía, Magdalena Bengolea de Sánchez Elía e Isabel Casares de Nevares, se realizarán, durante el mes de noviembre del corriente año, unos Juegos Florales, cuya convocatoria dice así:

"Se invita a los poetas de la Argentina a tomar parte en el certamen que se celebrará en la Capital Federal.

El jurado estará constituído por los siguientes señores: Dr. Gustavo Martínez Zuviría, Dr. Calixto Oyuela, Dr. José Luis Murature, Dr. Carlos Ibarguren, Dr. Matías G. Sánchez Sorondo.

BASES DEL CERTAMEN:

1.ª Los temas son los siguientes:
   a) Canto a la Fe.
   b) Canto a la Patria.
   c) Canto al Amor.
   d) Soneto de tema libre.

Cada composición de los temas a), b) y c) no deberá exceder de doscientos versos.

2.ª Las composiciones deberán escribirse en idioma español y serán remitidas escritas a máquina. Se presentarán con un lema repetido en el sobre lacrado dentro del cual constará el nombre y domicilio del autor.

3.ª Los trabajos se remitirán a la Secretaría de la Comisión organizadora, calle San Martín 590.

4.ª El plazo para enviar las composiciones vencerá el 31 de octubre del corriente año.

5.ª Los premios consistirán en:
   a) Premio de honor, Flor natural.
   b) Medalla de oro y diploma a la mejor composición de cada tema.

El premio de honor se adjudicará a la mejor composición de las cuatro premiadas en su tema respectivo.—El jurado podrá otorgar una mención honorífica a una de las composiciones en cada tema.

6.ª Los sobres lacrados correspondientes a las composiciones no premiadas serán incinerados, sin abrirlos, por el Jurado.

7.ª Los premios serán entregados en el acto público de los Juegos Florales, en el cual serán leídos los cantos premiados."

DE MAL EN PEOR

—¡Pero si antes no salía de la borrachería de la esquina!...
—Sí, señora, y ahora no sale del "taxi".

Yo he contemplado...

Yo he contemplado muchas auroras
buscando el ritmo de mis baladas,
y en todas ellas obtuve siempre
las raras luces de mis montañas.

Qué grandes fiestas vuelca en las cumbres
el regio Artista de la alborada!
Son las pendientes y las alturas
franjas inmensas empurpuradas.

Después se advierte, como a desgano,
un gran ascenso del mar del alba,
y al cabo brilla, dorando cimas,
la gloria augusta de la mañana.

Por las pendientes y las laderas,
cual duende de oro, el sol resbala,
y dando tumbos por los abismos
fingen sus rayos sombras de almas..

Qué gran riqueza de luces de oro
sigue al encanto de la alborada!...
Hay mil designios desconocidos
junto a las cumbres y en las quebradas!...

Cumbre que calma mis sinsabores,
luces tempranas que el ansia aplacan...
cómo se advierte que en vuestras glorias
sois generosas, fuertes y humanas!...

Rumbo a las cimas marchan mis cuitas;
buscando alturas van mis baladas...
Si bien parecen mis ilusiones
blancas palomas enamoradas!...

Ricardo Tudela

Mendoza, 1924.

PUCHITOS

Panes de leche, secos, han sido utilizados últimamente para combustible de una locomotora, que caminó perfectamente por espacio de diez millas que duró la prueba.

* * *

La limpieza y cuidado de los parques reales de Londres, cuesta 400 libras esterlinas mensualmente.

* * *

Aun cuando a simple vista no se pueden distinguir más que 4.400 estrellas, se está preparando un catálogo que contiene alrededor de 4.000.000.

* * *

El primer observatorio fué construído en Greenwich, el año 1675, cuando era una pequeña localidad situada a varias millas de Londres.

* * *

Cuentas y "perlas" tan grandes como huevos de pájaro, construídas de filigrana de oro o plata, son la última novedad para pendientes y collares.

* * *

Trescientas millas por hora es la velocidad a que aspiran los constructores de aeroplanos; el record actual es de 266 millas en sesenta minutos.

* * *

En Londres se ha inaugurado un nuevo establecimiento al frente del cual se hallan tres jóvenes. En ese establecimiento se enseña a los hombres a vestir y a conducirse en sociedad.

* * *

Los excursionistas que marchan a Escocia para cazar y pasar temporadas, todos los años, gastan alrededor de 750.000 libras esterlinas.

* * *

Caballos marinos, hechos de goma, parecen ser el atractivo de algunas playas este verano. Son lo suficiente grandes para soportar el peso de un corpulento jinete y con ellos se pueden realizar atrayentes excursiones por agua.

En el jardín experimental de la Royal Horticultural Society, hay 450 variedades de rosas, obtenidas en todo el mundo.

* * *

Tres gatitos de diez días de edad fueron recientemente adoptados por una gallina en Wisconsin. Sólo permitía a la madre acercarse a ellos para alimentarlos.

* * *

El inventor Marconi, tiene a bordo de su yate Electra un aparato de radiotelegrafía tan poderoso que puede enviar con toda perfección mensajes hasta una distancia igual a la que separa a Inglaterra de Australia.

* * *

En Cleveland, Ohío, se está construyendo un faro giganteseo que tiene un poder de 300.000.000 de bujías. Se utilizará para los aeroplanos que efectúan el servicio aéreo nocturno.

* * *

Poplar, situada al este de Londres, es uno de los puntos más saludables del país; los fallecimientos alcanzaron el año pasado a un 11.3 por 1.000.

Un almohadón, sobre el que estaba siempre sentado, era la caja de hierro secreta que tenía un hombre de fortuna en uno de los barrios de Londres. Cuando murió se encontraron billetes de banco por valor de 100.000 libras esterlinas en el singular escondite.

* * *

En una casa de compra y venta situada en uno de los barrios de Roma, hay un letrero que se considera una prueba de sinceridad. Dice así: "No se dejen engañar en otra parte. Vengan aquí".

* * *

Recientemente se realizó en la Royal Infermary de Gloucesterhire una operación que reveló un hecho curioso. A un hombre que se dedica a los trabajos de campo se le metió en un ojo una semilla de heno de la que brotó una hojita.

* * *

En el gigantesco vapor Australia se ha instalado un teléfono que permite oír la voz del oficial que se encuentra en el puente de mando, desde cualquier parte del buque. El aparato lleva la voz a cualquier distancia sin el uso de los teléfonos comunes.

Almuerzo de camaradería ofrecido por los suboficiales y marineros argentinos a sus colegas de las tripulaciones de los cruceros "San Giorgio" y "San Marco"



Una vista parcial de la mesa, durante el almuerzo servido en el arsenal naval Buenos Aires.



La mesa ocupada por los suboficiales italianos y argentinos.

Bibliografía



Nuestro distinguido colaborador, señor Ricardo Tudela, con cuyo volumen de poesías "Los poemas de la montaña", ha obtenido el segundo premio municipal de Cuyo, correspondiente al concurso literario de la producción del año 1923.



Señor Gonzalo Carbalho, autor del libro "Casa de oración", recientemente aparecido.

LA ULTIMA NEVADA EN JUJUY



Una vista parcial de la pintoresca capital jujeña, mostrando los efectos de la nieve.



Aspecto que ofrecía la casa quinta del doctor Napoleón Alvarez Soto, situada en el punto más alto de la ciudad.

Fots. Domingo Salvador.

En la Asociación Cristiana de Jóvenes.—Conferencia del señor Ernesto Morales



Vista parcial de la concurrencia que escuchó la disertación de nuestro prestigioso colaborador, señor Ernesto Morales, que versó sobre el tema "Poetas argentinos contemporáneos".



El señor Ernesto Morales, leyendo su conferencia.

ECOS DEL CENTENARIO DE LA MUERTE DE LAFINUR





En la escuela Rafael Herrera Vegas, del Consejo Escolar IX, se realizó un homenaje a la memoria de Juan Crisóstomo Lafinur, en ocasión de cumplirse el centenario de su fallecimiento. Asistieron a la ceremonia varios representantes legislativos de la provincia de San Luis, numerosos residentes puntanos y algunos descendientes del extinto publicista. — A la izquierda: la señorita María Mercedes de la Vega, directora de la escuela, leyendo su discurso. — A la derecha: un detalle de la concurrencia que asistió al acto.

EN LA ESCUELA PROFESIONAL Nº 4







Con asistencia del personal directivo y docente de la Escuela Profesional N.º 4, se llevó a cabo la demostración tributada a la señorita Ofelia Galarza Méndez, con motivo de haber sido nombrada vicedirectora de dicho centro de enseñanza. — A la izquierda: la señora Lucía R. de Paz, directora del establecimiento, ofreciendo el acto. — En el centro: grupo de profesoras e invitadas al homenaje, rodeando a la obsequiada, momentos antes de servirse el lunch. — A la derecha: la profesora, señorita Ofelia Galarza Méndez, que fué objeto de la demostración.

Fots. R. Otero.

TONELES DE ACTUALIDAD



Como puede verse, se necesita el concurso popular para fomentar la aviación.





Las últimas exposiciones



El pintor Julio Moisés.

En las salas de Witcomb, el pintor español Julio Moisés, ha inaugurado una muestra de sus obras, las cuales nos lo revelan como una fuerza interesante, dentro del valioso renacimiento de las artes en la península.

Julio Moisés, se ha especializado particularmente en la figura; y si las gentes del pueblo le inspiraron telas fuertes y de singular expresión, el artista buscó también en la representación de las damas de su tierra, un campo más vasto y menos restringido, para su visión de aristocrática delicadeza.

Por su parte, Pascual Ayllón, el paisajista que halló en los aspectos característicos del Tandil, el principal motivo, que por familiar, penetró profundamente, nos ofreció en lo de Chandler, un conjunto de sus últimas telas, realizadas con esa sinceridad y amor que hasta hoy le auxiliaron en el penoso camino que emprendiera hace algunos años.

Pascual Ayllón, pertenece al pequeño y ya destacado grupo de pintores, que trabajan con verdadera fe y que han de ser considerados algún día con el valor que se merecen.



"Retrato", por Julio Moisés.



"Retrato", por Julio Moisés.



"Una calle del Tandil", por Pascual Ayllón. — En círculo: Pascual Ayllón.



"Gitana", por Julio Moisés.



DE LA ESTADA DEL PRINCIPE HUMBERTO DE SABOYA, EN TUCUMAN



El príncipe de Piamonte, con el gobernador de la provincia de Tucumán, doctor Campero, el rector de la Universidad, doctor Terán, sus ayudantes y demás miembros de la comitiva oficial, en el acto inaugural de un busto del Dante, donado por la colectividad italiana a la Universidad.



Vista parcial de los residentes italianos que tomaron parte en la última gran guerra y que obsequiaron con un álbum al heredero del trono de Italia.



Los aviadores, sargento Gandioso Molina y J. Sariotte, el alumno Palazo y nuestro corresponsal, señor Posse, que, en nombre del Aero Club de Tucumán, del Centro de Aviación Civil y de la revista "Fray Mocho", respectivamente, arrojaron, desde las alturas, ramos de flores al príncipe.



Humberto de Saboya, hace a un lado el protocolo y se divierte con las niñas tucumanas.





Los alumnos de las escuelas cantando el himno nacional, ante el príncipe de Piamonte, frente al palacio de gobierno.



La escuela Alberdi, conduciendo los escudos italiano y argentino, formados con flores naturales, inicia el desfile escolar, en el que tomaron parte 8.000 alumnos.

El nuevo cónsul argentino en Taranto



Señor Dante Canasi, distinguido pintor argentino, colaborador de "Fray Mocho", que ha sido recientemente nombrado cónsul de nuestro país en Taranto, para donde acaba de partir



Las fuerzas del 5.º batallón de zapadores-pontoneros, a su paso por el palacio de gobierno, desde donde S. A. R. y demás comitiva, presenciaron el desfile.



El príncipe y el gobernador de la provincia de Tucumán, al pasar por frente a la catedral, seguidos de la comitiva oficial.



El príncipe Humberto, acompañando a la princesa María Pía de Borbón de Padilla, residente en Tucumán, recorre el chalet del señor Nougués.



Corona de violetas y rosas naturales, colocada por el príncipe Humberto, en la Casa Hist[illegible]

Fots. [illegible]



Notas Mundanas



Las novias del año. — Señorita Teresa Julia De Candia.



La señorita Haydée Otamendi y el señor Mariano Torres, después de la ceremonia de su enlace.

En honor de los marinos italianos de los cruceros "San Giorgio" y "San Marco"



Vista parcial de la concurrencia que asistió al concierto y baile familiar, que la comisión directiva del centro social "La Rusticana", organizó en honor de los marinos pertenecientes a las dotaciones de los cruceros italianos "San Giorgio" y "San Marco", surtos en nuestro puerto.



La colección Ugo Jandolo



Frente del Palacio Pío IV, cerca de la vía Flaminia, en Roma, de donde proceden la mayor parte de las obras expuestas.



Umberto Paolini, director y organizador de la exposición.



Madonna, atribuida a Perugino, pero que se cree sea de Antonio de Viterbo.



Otra obra de arte de Lorenzo di Credi.



Tabla artística que se supone de un gran pintor primitivo.

Bajo el patrocinio de la Comisión argentina de protección a la niñez, los señores Naón y Cía. realizaron la venta de la Galería Ugo Jandolo, de Roma, en su local de la calle Bartolomé Mitre 757.

Cerca de la "Porta Flaminia", levántase el palacio, mandado construir por Pío IV. El arquitecto Pizzo Ligorio puso todo su talento para que surgiera la maravilla, que más tarde habitaron San Carlos Borromeo y los príncipes Colonna, por vínculos de parentesco.

Mas el olvido y la inercia, colocaron a este monumento al borde mismo de la ruina, hasta que el Cav. Ugo Jandolo, persona de alta cultura, lo adquirió hace cuatro años, conservándolo como una joya histórica con las magníficas colecciones, por él aumentadas, parte de las cuales hoy nos ofrece en esta venta, garantida por la casa Naón, la que posiblemente ha tenido que vencer grandes dificultades, para que las autoridades italianas, celosas de todo lo que representa su tradición artística, haya permitido la salida del país, de obras de sus más grandes pintores y escultores, de acuerdo con lo que certifiean los catálogos.



AERONAUTAS Y AVIADORES, DESDE EL PUNTO DE VISTA MÉDICO

Por el doctor EMILIO MANRIQUE

El complejo mecanismo de la azarosa y agitada vida moderna, cada día más llena de exigencias que prontamente se satisfacen, aunque a trueque de muchos sobresaltos y de peligros para la integridad anatómica y funcional de nuestro organismo, ha tenido, necesariamente, que repercutir sobre el ya vasto campo de la Medicina, cuyas atenciones a cubrir y cuyos puntos a resolver van aumentando incesantemente, conforme los progresos de las ciencias, con su lista inacabable de sensacionales descubrimientos, proporcionan a la Humanidad nuevos medios de perfeccionamiento y de suplencia, capaces de satisfacer, cumplidamente, sus múltiples necesidades y apetencias orgánicas, psíquicas y dinámicas, desdibujándose así, cada día más, por si lo estaban ya poco, los dilatados límites de esta profesión, cuyo ejercicio requiere actualmente un bagaje científico tan considerable, un fárrago de conocimientos tan diversos, que ha sido necesario establecer la especialización como una imperiosa necesidad, ya que el prestigio de nuestro sacerdocio tenía, forzosamente, que debilitarse sin esta subdivisión del trabajo.

Desde muy antiguo cruzó por la mente de los hombres, fijándose en ella, a modo de pesadilla, el deseo irresistible de remontarse a las alturas y de recorrer el infinito en pos de lo ignoto; o de salvar los espacios, en vertiginosa carrera a través de el aire; así lo demuestra el antiguo mito del Norte, en que Wieland escapa, volando, de la corte del rey Nidung, por medio de un traje volador; y los mitos griegos de Dédalo e Icaro; siendo el primer ensayo que se cita con frecuencia en los escritos de la Edad Media, el de Arquitas de Tarento, el cual preparaba una paloma mecánica, que llenaba de *aura spíritus*, y que se elevaba por los aires; conocidas son, también, las legendarias escobas voladoras, montadas en las cuales hacían sus correrías las brujas; y de la misma o parecida manera, muchos otros personajes creados por la exuberante fantasía popular en tiempos anteriores, en que la superstición se cebaba en la ignorancia de las gentes; asimismo, a ciertas figuras místicas de nuestra religión se las ha representado, siempre, en los escritos, grabados, tallas y pinturas, provistas de alas; y en la literatura infantil se encuentran una porción de disparatados medios, merced a los cuales sus protagonistas consiguen separarse de la tierra, cruzando velozmente los espacios; últimamente, no queremos pasar más adelante sin dejar de citar aquel famoso caballo de madera, llamado Clavileño el Aligero, mandado por el gigante Malambruno, para trasladar, por los aires, a Don Quijote y a Sancho Panza al reino de Canyada, para salvar a la Trifalde y a sus dueñas de las barbas que, por arte de encantamiento, las había puesto aquél. Este ligero, y sobre todo incompletísimo bosquejo histórico, nos muestra cuán antiguo y persistente ha sido en el hombre el deseo de volar, y de aquí el que éste, llevado de su espíritu inquieto, a la vez que atrevido, no cejase un momento, hasta conseguirlo, en hacer todos cuantos estudios, experimentos y sacrificios fueron necesarios para poder llevar a la práctica su plan maquiavélico de vencer a la gravedad, bien aprovechando la fuerza ascendente de los gases, que, como el aire caliente, el hidrógeno y el gas del alumbrado, son menos pesados que el aire, o, por el contrario, venciendo dicha resistencia, merced a ciertos aparatos especiales más pesados que este último, e impulsados por motores de explosión.

Con estos descubrimientos, que, poco a poco, fueron perfeccionándose e introduciéndose en la práctica diaria de nuestras grandes poblaciones y de las guerras, llegando a adquirir el gran incremento que actualmente conocemos, se abrió ante los médicos un nuevo campo de estudios, no precisamente desde el punto de vista de la traumatología, harto conocida ya, sino desde el otro punto de vista, mucho más interesante y original, de las modificaciones que experimenta el organismo bajo la acción de las diferentes presiones atmosféricas a que, necesariamente, tiene que estar sometido todo aeronauta o aviador durante sus ascensiones.



Sabido es la íntima relación existente entre el medio ambiente y nuestro organismo, el cual, necesariamente, tiene que adaptarse a aquél, máxime teniendo sometidos sus humores a una presión determinada, que guarda una íntima y proporcional relación con la presión atmosférica; de aquí el que cualquier variación en esta última repercuta sobre aquélla, la que, a su vez, determinaría ciertas modificaciones en el metabolismo y funcionamiento orgánico, y, por ende, una fenomenología especial muy característica, digna de ser estudiada, tanto más, cuanto que de su análisis tenemos que deducir las condiciones físicas necesarias que debe reunir todo aeronauta o aviador, para que, con la mayor garantía posible para el público en general, para el Estado o para las empresas que exploten este medio de transporte, puedan practicar sus ascensiones y sus viajes.

A medida que nos elevamos sobre la tierra, la capa atmosférica que la envuelve se va enrareciendo cada vez más de una manera progresiva, convirtiéndose el aire, insensiblemente, en la materia en alto grado de enrarecimiento que llena, probablemente, los espacios interestelares.

Ahora bien; con anterioridad a la navegación aérea se conocían, en gran parte, los efectos del aire enrarecido, tanto por la experimentación en los animales de laboratorio, como por la ascensión a las grandes montañas como los Alpes, los Andes y el Himalaya, en donde los viajeros padecen del llamado *mal de las montañas* a las alturas de 3.000, 4.000 y 5 ó 6.000 metros, respectivamente; mal de las montañas, que, como el de los aeronautas o aviadores, se caracteriza por trastornos gastrointestinales (sed intensa, náuseas, vómitos y diarreas); por trastornos respiratorios (disnea, epistaxis, hemotisis y opresión); por trastornos circulatorios (taquicardia, con pulso blando y dicroto); por trastornos auriculares y visuales; por sofocación, cefalalgia, intensa palidez en la piel, gran debilidad y obnubilación intelectual; síntomas todos ellos cuya intensidad está en relación inversamente proporcional al grado de robustez del individuo y a su resistencia en las marchas, influyendo, asimismo, en la precocidad y gravedad de los accidentes, la fatiga y la temperatura exterior, síntomas que, por otro lado, remiten con el reposo y se agudizan con el ejercicio.

De los experimentos de P. Bert y de las observaciones de Mosso, respecto a los efectos del aire enrarecido en los animales, se ha podido apreciar que aquéllos son algo diferentes a los que se producen en la asfixia ordinaria, ya que no se presentan las convulsiones ni la agitación característica de la misma; cosa rara, ya que por asfixia mueren estos animales al hacer descender la tensión del oxígeno en la atmósfera confinada.

Respecto al enrarecimiento del aire, por lo que a los aeronautas y aviadores se refiere, diremos que de los 4.000 metros para arriba (y nos referimos a los ya habituados a estas ascensiones) suelen sufrir de aceleración circulatoria y respiratoria, de vértigos, alucinaciones, fatiga, desvanecimientos, embotamiento sensorial y sueño, pudiendo producirse, finalmente, convulsiones, parálisis, el síncope y la muerte en las grandes alturas y aun en otras más moderadas, siempre y cuando exista, de antemano, alguna lesión orgánica que contraindique estas ascensiones; de aquí la importancia de nuestra intervención; todos estos síntomas se manifiestan como consecuencia obligada de la baja tensión del oxígeno cuando se aumentan las combustiones a consecuencia del descenso de temperatura.

Sin embargo, Gay-Lusac, a 7.016 metros de altura no creía justificada la necesidad del descenso; ni Berson experimentaba ningún trastorno a 9.000 metros de altura; pero éstos son casos aislados, casi excepcionales, ya que a dichas alturas el enrarecimiento atmosférico repercute sobre nuestro organismo, determinando ciertas alteraciones; si bien hemos de reconocer que no todos los aeronautas y aviadores se resienten de la misma manera, sin duda alguna por la existencia de variaciones individuales, y muy particularmente en las que se refieren a la capacidad respiratoria de la sangre, que les hace diferentemente sensibles a unos sujetos de otros; de aquí las discordancias sintomatológicas objetivas y subjetivas que observamos en varios individuos elevados a un mismo tiempo y en un mismo aparato.

George Kuss, dice que el hombre, hasta los 4.350 metros, no sufre variaciones en las cantidades de ácido carbónico eliminado y de oxígeno absorbido.

Aquí damos por terminado este modesto artículo, y en otros sucesivos iremos desarrollando, punto por punto, todos los más principales de estas cuestiones médicoaéreas.

Una anécdota de Rubén Darío

El autor de "Prosas Profanas" era un hombre de quien con toda verdad pudieran decirse aquellas palabras de "Bienaventurados los mansos..." Su temperamento estaba reñido con la ira.

Cuando la envidia, la malversación, la inquina, lanzaban contra él sus acerados venablos, se contentaba con mirar su coraza, sabedor de que contra ella se romperían todas las flechas.

Una vez, sin embargo, la copa de paciencia del maestro se llenó hasta el borde.

Muchos de los que por delante le adulaban, por detrás lo vituperaban.

¿Qué hizo entonces Darío? ¿Acaso, él, que tenía sus puntos quijotescos, los citó a duelo?

No. Se alejó de aquella ciudad, Corinto, pero después de haber hecho callar a sus enemigos.

—¿Cómo?—preguntaréis.

—Con ochenta sílabas. Es decir, con una sencilla décima. Oídla:

"Ve un zorzal a un pavo real
que se extiende y gallardea;
le mira la pata fea
y exclama: ¡horrible animal!
sin ver la pluma oriental
del pájaro, papanatas...
Gentes torpes e insensatas
son otros tantos zorzales...
que si encuentran pavorreales
sólo les miran las patas."

La "Niña de plata", de Lope, refundida por Cañizares

(Contribución al estudio de la Censura de teatros en el siglo XVIII)

La Crónica de la Censura de Teatros en España, sobre todo desde que en el siglo XVIII, sin perder su carácter principalmente político y religioso, comenzó a tenerlo también artístico, es de un gran interés, de una verdadera importancia como contribución a la Historia de nuestra Literatura.

Aunque conocemos muchos libros en que de pasada se habla de este asunto con más o menos extensión, numerosos artículos y aun folletos dedicados a casos especiales y notables de Censura teatral, no sabemos de ninguna obra en que sistemática y exclusivamente — y con la necesaria amplitud—se haga la historia de dicha Censura. Arduo sería sin duda el trabajo, pero, tan tentador y sugestivo el asunto, bien merecía la atención y aún la devoción de los eruditos. Nunca ha sentido más no serlo el que estas líneas escribe ni deplorado tanto el no hallarse capacitado para semejante obra, como le ocurre ahora a la vista de tan copiosos y útiles materiales encargados a su custodia en la Biblioteca Municipal de Madrid, rica en manuscritos de teatro, depositaria, en fin, de numerosísimos originales o copias de las obras dramáticas estrenadas desde principio del siglo XVIII en los teatros, en cierto modo oficiales, del Príncipe y de la Cruz.

Pero ya que la magnitud de la obra me sobrecoja, y no por falsa modestia, sino por conocimiento cabal de las propias facultades, prefiera limitarme a excitar sobre esa labor el celo de los estudiosos más documentados, habré de renunciar a aportar mi grano de arena al magno edificio. Ni perderé la ocasión de contribuir a un estudio tan interesante habiendo venido a mis manos, entre los que catalogo y examino a diario, un notabilísimo manuscrito de teatro que constituye precisamente un caso típico e interesantísimo, revelador del carácter, condiciones y modalidades de la Censura, en la primera mitad del siglo XVIII, aplicada además, y esto aumenta su valor documental, a las producciones de nuestro glorioso teatro clásico.

Trátase de un ejemplar manuscrito (1) de "La Niña de plata" de Lope de Vega, hecho en 1735 con notables modificaciones sobre el original y que va precedido de cinco hojas que contienen, de puño y letra de D. Luis Billet y de D. José Cañizares—Censor y Fiscal, respectivamente, en aquella época — una notabilísima discusión — censura y contracensura de la obra,— en la cual el Fiscal (Cañizares) sale al fin triunfante y consigue que "La Niña de plata" se represente, con las modificaciones indicadas, después de un brillante alegato en pro del Fénix de los ingenios.

Esta accidentada censura, esta larga y pintoresca disputa entre Billet y Cañizares, en la cual tercia constantemente la superioridad para remitir de uno a otro el manuscrito y para sentenciar al fin en favor del fiscal, tiene de por sí tal carácter, tanto relieve y significación tan expresiva, que yo habría de limitarme a transcribirla íntegra, como lo hago al fin, sin otro comentario que el de señalar el carácter estético de la censura de Cañizares, escritor dramático, y, como artista y del oficio, admirador de Lope, frente al criterio puramente político social y religioso de Billet.

Pero antes de la publicación de estos documentos referentes a la Censura tengo que hacer algunas observaciones especiales a propósito de esta versión de la pieza misma.

(1) Biblioteca Municipal, 1 132-15

Sabido es que el manuscrito autógrafo de "La Niña de plata"—que hoy se conserva en la Biblioteca del Museo Británico,—data de 1613 y que el mismo Lope hizo imprimir la obra en la Novena Parte de sus comedias, publicada por él mismo en Madrid en 1617.

A la vista de ambas piezas, pudo el insigne Menéndez Pelayo, en los admirables estudios que hace de las comedias de Lope en su edición de la Academia Española, disipar el error de Hartzenbusch, que suponía el tercer acto de "La Niña de Plata" ajeno a Lope, sin más fundamento que un cambio de nombres en el de la protagonista a quien llama Teodora por Dorotea, cosa, como dice muy bien el maestro Menéndez Pelayo, muy propia en verdad del descuido y la presteza de Lope y más para asegurarle la paternidad de toda la obra.

"La Niña de plata" ha sido elogiada y estudiada por críticos eminentes de todos los países y traducida dos veces al francés: la primera por J. Esmenard en la *Colletion de Chefs d'oeuvre des Théâtres Etrangers* (París 1829) con el título de *La Perle de Seville* siguiendo, por cierto, el mal texto del siglo XVIII; la segunda, por Damas-Hinard, publicada en el segundo tomo de su *Theatre de Lope de Vega*, es versión más fiel y completa, aunque altera caprichosamente el título, llamándola *La Belle aux yeux d'or* (2).

Y aquí entra lo curioso: que ni estos ilustres traductores, ni Grillparzer, ni Vicil Castel, ni Shack, ni Schaeffer, ni Lord Holland, ni Milanés, ni el mismo Pelayo, tuvieron noticia de la fecha exacta ni de las condiciones en que la refundición de "La Niña de plata", en el siglo XVIII se llevó a cabo, ni menos del nombre del refundidor.

Nuestro admirable D. Marcelino, empero, acertó en el fondo los motivos de las modificaciones hechas en la obra por exigencias de la Censura.

(2) "Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española", tomo IX, páginas CIX y sigs.

Oigámosle a este propósito: "Hay — dice — una edición suelta del siglo pasado *(Valencia Joseph y Thomas de Orga, 1781)*, que casi puede calificarse de refundición, puesto que no sólo corrige el cambio de nombres (Dorotea y Teodora) en el tercer acto, sino que contiene enmiendas y supresiones rara vez plausibles."

Y añade en nota: "Una de estas alteraciones, sin embargo, es de buen efecto dramático y muy conforme al espíritu favorable al rey D. Pedro (el Cruel) que predomina en nuestro teatro, *si es que no la exigió la Censura de fines del pasado siglo, por no consentir que un rey hiciera papel poco decoroso*. El Don Pedro en la primitiva "Niña de plata" era confidente y cómplice en los amoríos de su hermano (Don Enrique). Por el contrario, en la refundición del siglo pasado, hace alarde de serenidad estoica y rígida justicia, diciendo a sus hermanos:

Pues a cualquiera que a un exceso
se arroje no está seguro
mientras viva el rey Don Pedro...

Es singular que todavía el docto crítico Valentín Schmidt, en su excelente libro sobre Calderón *(Die schauspiele Calderon's*, pág. 213) cita estos versos como de Lope: pero su hijo Leopoldo Schmidt lo enmienda en el apéndice (515-16)".

Hasta aquí Menéndez Pelayo, con sus acertadas sospechas sobre la Censura. Ahora bien, el hallazgo de este precioso ejemplar, manuscrito de teatro, de "La Niña de plata", en nuestra Biblioteca Municipal, nos permite completar la información sobre las vicisitudes de esta deliciosa comedia de Lope y puntualizar, con los documentos a la vista:

1.° Que la refundición o arreglo de "La Niña de plata" en el antepasado siglo data exactamente de 1735 y no de fines de la centuria como supone Pelayo.

2.° Que el arreglador o refundidor fué D. José de Cañizares, celebérrimo autor dramático por aquella época.

3.° Que fueron, en efecto, exigencias de la Censura, las que determinaron las alteraciones, supresiones y enmiendas, más o menos plausibles introducidas en la obra (3).

A continuación insertamos íntegra y transcrita al pie de la letra la nota-

(3) Tenemos además a la vista dos ediciones sueltas de "La Niña de plata": una de 1735, el mismo año de la censura, y otra, que la reproduce exactamente, de 1739.

Tampoco debió conocerlas Menéndez Pelayo cuando supone que las modificaciones se hicieron a fines del XVIII. Por lo demás, estas modificaciones continuaron dentro del mismo siglo, ya que en la Biblioteca Municipal poseemos también un ejemplar de la edición de Valencia de 1781 con numerosas hijuelas manuscritas y algunas supresiones y cortes.

CASO OBLIGADO



—¿Pero qué es eso? ¿Te has gastado el dinero en una dentadura postiza?
—¿Qué quieres? ¡Tenía una caja de palillos de dientes y no sabía qué hacer con ellos!

bilísima polémica a que nos hemos referido y que se desarrolla toda, como anticipamos, en las cinco primeras hojas del cuaderno que contiene el primer acto de "La Niña de plata", ya expurgada y modificada por Cañizares, según se desprende de su última réplica al fiscal.

"Madrid, 6 de Agosto de 1735.

Vean Censor y Fiscal esta comedia Intitulada La Niña de Plata, y con lo que dijeren se traiga.=[Rubrica del Juez Protector de Teatros.]

Iltmo. Sr.:

He visto esta comedia que V. S. I. me remite Intitulada La Niña de Plata, y haviendola reconocido con todo cuydado, me pareze podrá V. S. I. negar la licencia que para su execuzión se solicita, por los muchos reparos de que se compone esta comedia. Para la que (si fuere preciso, y con orden de V. S. I.) formaré Crisis sobre sus accidentes, en cumplimiento de mi obligazión, la que me mueve a esta representazión. V. S. I. mandará en todo lo que llevo expresado. Madrid y Agosto 9 de 1735. D.n Luis Billet. [Rubricado.]

Iltmo. Sr.:

He visto esta comedia y la Censura que sobre ella forma mi comp.ro el Censor, y no obstante la negatiba que absolutamente persuade y la crisis que para su opinión ofrece, Juzgo que esta obra no mereze tan riguroso dictamen y que es Capaz de enmienda a costa de mui pequeño trabajo, pues recoger enteramente una comedia es el último recurso y la mas Acre sentencia que se puede dar; esta Comedia es del Fenix de España el gran Lope sus Versos son como suios en cuanto a Política no se roza con nada que deba embarazar su curso, solo en el contexto de su Idea ay algunos accidentes que en tiempo antiguo no eran reparables por la más licencia que se usaba en los tranzes amatorios que se suponian en el teatro y esto pide reforma pero no extinción de la obra, que espurgada por nosotros (que ese es nuestro oficio) deue quedar perfecta y sin reparo, por lo que suplico a V. S. I. se sirba mandar forme la crisis que promete, para que respondida y satisfecha por mi, V. S. I. quede seguro y esta obra logre el Indulto (que con corta enmienda) mereze. Madrid y Agosto 11 de 1735. D.n Joseph de Cañizares. [Rubricado.]

Madrid 13 de Agosto de 1735.

El censor forme luego la crisis que promete, y echa se traiga, y se le debuelbe esta comedia para el fin expresado. [Rúbrica.]

Ill.mo S.

Segunda vez a buelto a mis manos, remitida por V. S. I. la comedia intitulada "La Niña de Plata", y venerando (como devo) el decreto de V. S. I., las nunca vien aplaudidas obras de Lope de Vega, y el dictamen que sobre esta repulsa forma mi compañero el fiscal; cumpliendo con lo que tengo prometido, Informaré a V. S. I. de los reparos que en esta comedia hallo, para los que protexto no me mueve mas interés que el deseo de acertar en cuanto esté de parte mia a cumplir con mi obligazion para cuio efecto formo esta crisis.

Es cierto, Ill.mo S.or, que los Heroes de Magnitud, y por todos respetos grandes, no se pueden, ni deven, exponer a la publicidad de un Theatro sin que sea para una heroyca acción, (mucho havía que decir sobre esto) pero pues se entiende basta. Lease con cuydado toda esta comedia y se hallará que desde el principio a el fin no salen a otro efecto Heroes tan superiores como el Rey D.n Pedro de Castilla y su hermano el Maestre de Santiago que a el de ser tercero de los injustos (y aun atropellados amores) del Infante D.n Enrrique su hermano. Y si emos de creer a las Historias (que lo tengo por preciso) no fue el Rey D.n Pedro tan jovial y amante de sus hermanos que les brindase el gusto a sus deshordenados apetitos, pues se save lo contrario.

No se como se subsanará el que un Infante de Castilla, y Gran Maestre de Santiago no solamente se ocupe (como llevo referido) en lo que aun repetirlo sonrroja, pero en llevarle las mujeres a su Quarto, para el cumplimiento de su injusto antojo. S.or si estos no son reparos, yo no se quales lo sean.

Y pasando a las vozes mal sonantes (que son muchas) en la 1.ª jornada, fol. 1.º se le da el no merecido entonzes nombre de Rey al Infante D.n Enrrique y se le calunnia de embidioso al Rey su hermano, al fol. 9 de ella me disuena mucho la voz de niña celestial; con que solemos distinguir a María Santísima; a el fol. 13 para expresar vn tal felix que sus Padres no le dejaron mas hacienda que su hermana, lo explica con frase de Yegua; vien pudo hallar otra voz, pues no lo salva la materia de que se tratava (por lo menos en mi dictamen), Y mas quando nos la da una dama principal y de la que se supone enamorado el Infante. Y en el mismo numero, a la buelta, se nota que el Infante D.n Enrrique, con cautela (impropia de tal Principe) se conduele del Felix a fin de tener entrada en su casa para el logro de su deseo: Lo que verdaderamente repugna pues no se extraña tanto en un príncipe una violencia (o digamosla tiranía) como vn engaño.

En la jornada 2.ª a fol. 4 un D.n Juan celoso del Infante expresa quedar contento con su desengaño, para cuya narración mezcla en su contenido las dos sagradas religiones de la Trinidad y la Merced. Y esto Ill.mo S.or me disuena mucho pues cosas tan sagradas no deven servir de apoyo ni parangon para amores tan profanos. En dicha jornada 2.ª fol. 7 unas alhajas con que el Rey y los dos Infantes regalaron a la tal Dama (dejo aparte la impropiedad de que estando dentro de Sevilla llevasen a el Rey a veber agua a la casa de ella) se las embia a su Galan, con las mal sonantes, indignas, y escandalosas vozes de que las alhajas y sus Dueños, (Ya llevo dichos los que son) los pusiera a sus pies, Verdaderamente que aquí cesaba la crisis; pues dicho esto no me parece tenía qué añadir. Al fol. 32, buelta, de la jornada 2.ª se halla sumamente desayrado el Maestre de Santiago, pues sobre lo que en esta materia llevo dicho se queda esperando en un pieza como el más inferior criado a que el Infante cumpla o no su antojo y con tal vigilancia que a una sola voz responde con la de *señor*. No pudiera hazer mas con el Rey su hermano.

En la 3.ª jornada a fol. 6, se notan algunas vozes puercas que aunque sean dichas por el Gracioso se debieran omitir. En dicha jornada fol. 10 aconseja el Infante a la tal dama (estando en caso de violencia) que salve la vida ya que no puede el honor. Como si en hombres (y de esa distinzión) hubiera armas contra las mugeres; y Quando se aya visto, se debe disimular, en personas de tal graduación. A el fol. 27, buelta, delante del mismo Rey le llama un veinte y Quatro de Sevilla, Rey al Infante D.n Henrique (cuya frase se repite mucho en esta comedia) y no executoria haver sido Rey después para que entonces se le dé este nombre; pues es hazer entremes la comedia sino se trata en los terminos y tiempos en que se hacen publicos los echos o casos de que se componen.

Estos son, Ill.mo S.or, los reparos que en esta comedia contemplo, siendo entre todos el mayor (en mi sentir) el primero de que se compone esta Crisis, la que no e podido suscintar mas, pues para informa a V. S. I. de ellos es preciso distinguirlos. No pido que se aprecien, pues mi desinteresado dictamen, solo anhela al cumplimiento de su obligazión. Si lo hubiera acertado, quedaré gustoso, y rogando a Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchos años como deseo y he menester. Madrid y Agosto 17 de 1735. D.n Luis Billet. [Rubricado.]

Madrid 22 de Agosto de 1735.

Esta comedia con la crisis que ha formado sobre ella el Censor pase al fiscal para que sobre todo me informe con su parezer. [Rúbrica.]

He visto el largo informe del Censor y conozco por el que no entendió mi antecedente Censura, pues en ella no digo que no tiene reparos esta comedia si no es que los que tiene son enmendables (como lo han sido) pues vá corregida y expurgada por mí, que es lo que debió el Censor de executar antes de pasar a darla tan agria repulsa, debiendo distinguir lo que es Censura de lo que es Crítica rigurosa, pues a practicarse esta última en los estrechos espacios que permite apenas quedará tragedia ni comedia en Francia, Italia ni España que se pudiese executar. Y será locura creer que habiéndonos prezedido en nuestros empleos de Censor y Fiscal hombres tan doctos, pues an sido los primeros Ingenios de España, creamos que los podemos adelantar ni en el celo ni el dictamen.

Señor: esta Comedia de la Niña de Plata es Doctrinal y Moral pues en ella la acción Principal enseña a los principes en el mayor de los riesgos la noble moderazión de que deben usar, y en la constancia de la dama es una pauta que persuade a como debe triunfar del Poder la verdadera virtud. Todos los accidentes de ella, o algunos pueden tener alguna nota, que en aquelos tiempos se llamaba licencia Cómica. Hoy vá en esto reformada y en todo lo que puede ser reparable.—Soi de sentir que mereze la licencia que se solicita para su execuzión observando lo enmendado y atajado, sobre lo qual, V. S. I. mandará lo que fuere servido. Madril y Septiembre 8 de 1735.—D. Joseph de Cañizares". [Rubricado.]

Madrid, 13 de Septiembre de 1735 (4).

No diziendose nada de lo que va atajado y enmendado, Hágase. [Rubrica del Juez.]

———

Como se ve, la batalla fué reñidísima, y en ella, aunque no sin rasguños, heridas y mutilaciones, salió al fin triunfante Lope de Vega propugnado por Cañizares.

Algunos años más tarde, en pleno triunfo aquí el neoclasicismo francés y—con el retraso propio de todos nuestros adelantos—la famosa preceptiva de Despreaux, quizás no le hubieran valido al Fénix de los Ingenios todos los buenos oficios de su apasionado paladín.

Manuel MACHADO.

(4) Esta sentencia va, no al principio como todo el resto del proceso, sino en la penúltima hoja del cuaderno.

La conveniencia de ser rengo

Un hombre que ha perdido una pierna tiene probabilidad de vivir un tiempo mayor que el que posee ambas piernas, y, por la misma razón el hombre sin piernas es por lo general de vida más larga que el que tiene una sola pierna. La explicación científica de este fenómeno está en que el esfuerzo del corazón para "bombear" la sangre hasta las extremidades es mucho menor si la pérdida de las piernas le exime de ese esfuerzo; el corazón se fatiga menos y, por consiguiente, permanece más joven: el órgano no se gasta tanto. No aconsejamos, sin embargo, que la gente se corte las piernas para vivir más. Otra ventaja de los individuos que han perdido las piernas es que poseen mayor habilidad para la natación.

Muchacha enérgica

—Nada más que uno—decía él con el deseo reflejado en su rostro.

—No—respondió ella, dando vuelta la cara.

—Uno nada más.

—No, Juan. Es inútil que insistas. Estos bollos no se tocan hasta mañana que tenemos invitados a comer.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

EN EL NUEVO SE ESTRENÓ "SANSÓN Y DALILA"

No es la primera vez que escritores acreditados en determinado género, fracasan al encarar la literatura escénica, viniendo a probar que el teatro es un arte especial.

Don Arturo Cancela, ventajosamente conocido por su libro "Tres relatos porteños", ha dado a la escena nacional su segunda obra y quizás, por no estar muy seguro de lo que hizo, se apresuró a publicar que no intentaba pintar caracteres, sino describir una máscara. No trataremos de demostrar que dentro de toda máscara humana hay un carácter y que la habilidad de un novelista o un comediógrafo está en mostrar cuál es la cara y cuál la careta. Por otra parte, parece infantil buscar el teatro para describir solamente tipos, cuando precisamente el arte escénico exige la pintura psicológica de los personajes.

Don Arturo Cancela ha demostrado con "Sansón y Dalila"", que sigue siendo el talentoso novelista de "Tres relatos porteños"; pero a la vez ha demostrado que carece de la visión escénica, que el humorismo fino e intencionado que pone en boca de sus personajes, resulta eficaz en el libro, donde los diálogos pueden abrirse y cerrarse a placer del autor y la acción puede tener paréntesis más o menos largos, pero no en el teatro.

El teatro reclama una acción rectilínea, reclama conexión de las escenas y reclama, sobre todo, un interés progresivo que culmine en la escena final. Nada de esto hay en "Sansón y Dalila". Es una comedia plácida, bien escrita, bien intencionada, pero cuyo interés no sube según se desenvuelve la acción, de suyo lánguida, sin intriga, sin nada que "tire l'atention".

El teatro, dijo Dumas, es el arte de preparar escenas. El señor Cancela parece disentir con Dumas. Los tres actos brevísimos de "Sansón y Dalila"—tres cuadros más bien,—son de una construcción muy discutible, del punto de vista técnico, y sólo valen por los diálogos, donde asoma el "sprit" del ironista, siempre muy feliz.

Casaux realizó una de sus acertadas y buenas interpretaciones con el tipo que se le brindó en la comedia, pero su labor se estrelló contra la flojedad de la pieza, vale decir, contra el pecado original.

"¡POBRE APOLINARIO!", PIEZA EN TRES ACTOS, DE RICARDO HICKEN Y GORDON, ESTRENADA EN EL LICEO POR LA COMPAÑÍA DE LUIS ARATA

Hay varios medios para calcular el éxito de una obra, pero no hay ninguno para predecir su duración en el cartel, por lo menos a juzgar sobre la base de las impresiones que pueden recogerse la noche del estreno. Y es que el éxito es una cosa infinita y elástica, algo así como las gomas para los paraguas que, lo mismo pueden romperse al colocarlas por vez primera que utilizarlas en paraguas sucesivos con una honesta infidelidad digna de mejor causa. Por esto no podríamos decir si la pieza del epígrafe ha sido un éxito y, en caso de serlo, qué clase de éxito ha alcanzado. El público se rió y batió palmas de vez en cuando. Al final pidió que salieran los autores. Pues bien; a pesar de todo, aún no sabemos si "¡Pobre Apolinario!" es o no es un éxito. La gente es tan poco sincera en la sala de un teatro, como en la de una casa particular. Nos presentan un personaje en uno u otro sitio y después de sonreírle amablemente y de festejarle las gracias, le confiamos al oído al dueño de casa que aquella persona nos ha aburrido insoportablemente. Esta cortesía puramente presencial nos perjudica a todos, pero no tiene remedio.

Dejemos, pues, en el aire la cuestión del éxito de "¡Pobre Apolinario!" y digamos que Arata y su gente se portaron como buenos, realizando una labor escénica de mucha eficacia.

COSAS DE LA VIDA

La extraña obra de Leónidas Andreiew "La vida del hombre", sigue en el cartel del Smart. Como se ve, la vida del hombre no es flor de un día, puesto que tiene más duración que las medias de dos pesos cincuenta. Blanca Podestá ha realizado en esta temporada el fenómeno de mantener en el cartel piezas que, como "La casa secreta", de Darío Nicodemi y ésta de que nos ocupamos, parecerían destinadas a una muerte prematura. Ello honra por igual a la eminente actriz y al público que sabe gustar de estos espectáculos.

PARRA

Realizó su beneficio
el actor Florencio Parra-
vicini, con la famosa
pieza por él adaptada
y desadaptada luego
y luego vuelta a adaptarla
y así sucesivamente
por toda la temporada.
Ya de "Cristóbal Colón"
por doquier llegó la fama
y no hay quien no la haya visto
y viéndola no la aplauda,
porque tiene enjundia y chispa,
acierto, interés y gracia
y por si eso no es bastante,
le coloca encima Parra
un poquito de pimienta
para que pique "unas miajas".
Así, "Cristóbal Colón"
a todos se la dió chanta
y en plena cuesta de agosto
se mantiene tan gallarda
y eso que a la fecha es
algo más que centenaria.
¡Que aproveche, don Florencio!
¡Se le felicita, Parra!
Se ve que tiene muñeca
y que sabe aprovecharla.
Nosotros, meros cronistas,
queremos dejar constancia
de que triunfó como actor
y como autor
—¿?
—Buenos, gracias.

YUNTA DE ESTRENOS

A esta altura de la temporada, el que no corre vuela. Se echa mano de todo lo que hay en cartera, para conseguir atrapar a esa alimaña furtiva que se llama público. En la lista de estrenos figuran obras de todo género, como cumple a una labor precipitada y de ocasión. Así, se mezclan en el programa todas las categorías teatrales en una substanciosa, aunque no siempre apetecible, ensalada escénica. Se estrenó en el Apolo, por la compañía de Simari, una pochade de Octavio Sargenti, titulada "Las trifulcas del tercer piso". La pieza gustó, a pesar de tratarse de un piso tan elevado. Pero los éxitos de esta época del año son efímeros, y casi a renglón seguido subió a escena otra pieza, un sainete de Peralta, con el título de "El boliche de la gringa". Esta última obra no sabemos si habrá gustado, pero compartirá con las anteriores el cartel del Apolo por un tiempo que, seguramente, no será más largo que el que se tarde en preparar otras dos nuevas producciones que logren apaciguar por otro rato la voracidad del público.

ZARZUELA ESPAÑOLA

Con análoga presteza renueva su cartel en el Mayo la compañía Ligero, que viene resucitando con fortuna las viejas zarzuelas del repertorio clásico español.

LA PARADA DEL RELOJ

Hay relojes que tienen parada y son los buenos. En cambio, los malos relojes, no tienen una parada y sin embargo tienen muchas. Nos explicaremos. Estos últimos, no dan el golpe como los otros, pero se paran a cada rato. La empresa de la Comedia tiene un reloj de parada, de una sola parada. Se paró en un momento que todos ignoramos y al que acierte ese momento se le obsequiará el reloj, festejando la 100ª representación de "La hora tonta". Lo único que falta averiguar es si esa parada no será definitiva, porque si el cachivache obsequiado no volviera a caminar, le quedaría al agraciado un verdadero recuerdo de la hora tonta en que se le ocurrió optar al premio ofrecido por la empesa de la Comedia.

AVENIDA

No habiendo resultado el sainete "Pepe, el sereno", fué necesario renovar el cartel de este teatro y a fe que ha sido con fortuna, porque la reposición de "El gato montés", popular producción del maestro Penella, ha logrado llevar mucha gente a esa sala. También se reprisó, con aceptación, la zarzuela "La reina mora" y fué estrenada la pieza "La reina patosa", de la que nos ocuparemos en el número próximo, siempre que la acogida que le dispense el público deje lugar a ello.

LO QUE PASÓ EN EL MARCONI

Velloso, que es hombre bicho,
seguramente se ha dicho:
—¿Cómo el triunfo conseguir?
Para lograr mi capricho
doy al público "Gualicho"
y me tendrá que aplaudir.

"MAISON RISTORINI", EN EL MAIPO

Tras unos días de ausencia, por razones de salud, reapareció en el Maipo la prestigiosa actriz señorita Pierina Dealessi, estrenando la pieza que nos sirve de epígrafe. Su autor, don Samuel Linning, se propuso, sin duda, dar oportunidad a la referida actriz para usar de su vis cómica, ofreciéndole un papel donde aquella mostrara una vez más sus grandes aptitudes y fáciles recursos para lograr efectos hilarantes.

La pieza no tiene mayor valor, del punto de vista artístico, limitándose a proporcionar una hora de diversión al público, el que celebró largamente la gracia inquieta de la Dealessi y el feliz desempeño de su compañero, Carlos Morganti, en un tipo un tanto caricaturesco. El actor Morales, también, en un personaje afeminado, gustó mucho.

BUENOS AIRES

La compañía Muiño-Alippi, que ha dado con la revista "No tengo bananas", con un largo éxito de cartel, venía ultimando los ensayos de "Oros son triunfos", pieza de Escobar y López Silva, cuando escribíamos estos renglones.

De haberse estrenado en estos últimos días, nos referiremos a ella en otro número.

CHEZ CARCAVALLO

El empresario del Nacional, don Pascual Carcavallo, que tiene un ojo clínico para servir el cartel de su teatro, se ha apuntado un buen poroto con las reprises de "Cédulas de San Juan" y "Perdonemos", piezas que atrajeron mucho público a la catedral del género chico criollo.

Es posible que a la fecha se haya hecho conocer la novedad que se preparaba, o esa, el sainete "Papá Jenaro", de Carlos De Paoli, al que haremos referencia oportunamente.

UN ACCIDENTE AUTOMOVILÍSTICO

La compañía de César Ratti estrenó en el Sarmiento la pieza "Mi familia tiene un Ford", de Botta y De Bassi. En esta pieza nos presentan un insignificante conflicto automovilístico que termina con un poco significativo incidente sentimental. El público se quedó frío. Apenas había logrado sonreír en el primer cuadro y no se conmovió nada en el segundo. Hay un Ford en la obra, que se estrella. Y se tiene la impresión de que no está el Ford en la pieza, sino que la pieza está en el Ford. O, por lo menos, parece que la pieza es una de las que integran el coche. Lo cierto es que la obra siguió la misma suerte del auto. Los esfuerzos realizados por la compañía para evitar el accidente, resultaron infructuosos. Es posible que el vehículo y la obra realicen algún otro viaje, pero ni uno ni otro están para mucho uso. Creemos que las reparaciones no servirán para nada. No es este un caso de garage. Va a ser necesario retirarlos de la circulación y pasar a otra cosa. Esta vez los señores Botta y De Bassi se han quedado de a pie. De Bassi ha quedado a la altura de cualquier bota y Botta ha quedado de-bassi del auto.

SAN MARTÍN

"Helena de Troya", el notable trabajo cinematográfico, es la primicia que viene anunciando la empresa de esta sala y que es esperada con creciente interés

GRAND SPLENDID

Se inició el concurso de tangos, organizado por "El disco doble nacional", y en el que se ofrecen valiosos premios.

La orquesta típica, dirigida por Roberto Firpo, ejecuta las composiciones presentadas al certamen y el público será el juez. Este concurso ha aumentado el interés del público por las funciones de esta grandiosa sala. cuyo cartel de películas está servido por las mejores producciones cinematográficas.

CAPITOL

Mucho público selecto asiste a los espectáculos de este cine, tan acreditado entre las familias. La empresa anuncia para la semana en curso un programa de películas de todo punto atrayente, que renovará el éxito de las funciones.

CASINO

El Teatro de Marionnettes, las sombras en relieve y la lucha grecoromana, constituyen grandes atracciones para el público que llena todas las noches la popular sala de la calle Maipú. Próximamente, novedades en el cartel.

PAPEL Y TINTA

VERSOS DE LA CALLE, por Álvaro Yunque. La "Editorial Claridad", que en su colección "Los Nuevos" parece proponerse el dar a conocer nombres de jóvenes poco conocidos, ha iniciado bien su biblioteca; es preciso reconocérselo. Ayer popularizó el nombre de Elías Castelnuovo, autor de "Tinieblas", cuentos sombríos por los que vaga el numen de Dostoiewsky, y hoy da, en edición a todos accesible, "Versos de la calle", de Álvaro Yunque, escritor joven, cuyas páginas corrían al albur de periódicos y revistas. El más ligero examen nos hace ver que este no es el primer libro que escribe su autor, aunque sí el primero que publica, porque de él surge, clara y perfilada fuertemente, la figura de un escritor ya realizado, poseedor de su técnica—bien original, por cierto—y, lo que es más importante, poseedor de una filosofía. "Versos de la calle" es por esto un libro con espíritu, cosa bien difícil de encontrar, más aún en los libros de versos. ¿Cuál es esta filosofía?: La vida es dolorosa, amarga, sucia... ¿Por qué?: Por la indiferencia y la insensibilidad de los hombres... Ah, pero la vida, esta vida de la ciudad que el poeta satiriza con agudeza, no es la vida verdadera; y aunque no nos diga cuál es esta vida verdadera, la presentimos fundada sobre la igualdad y la dicha de todos, ya que esta vida que merece sus sátiras lo está sobre la desigualdad y el dolor. En la estrofa con que se cierra el libro, está sintetizada su filosofía:

Hombres, hombres hermanos,
vida es dolor, nos dice el pesimista.
Nuestra vida es dolor, hermanos hombres;
¡pero no debe ser dolor la vida!

Ya se ve que este es un grito de optimismo y de fe. Porque este libro doloroso y amargo, en el que hay tan terribles sátiras y versos en los que se canta a "los humillados y ofendidos" con tan palpitante dolor; es el libro de un creyente, de un hombre que aspira a una sociedad más justa y cree en la posibilidad de alcanzarla. Y de este libro, donde tanto dolor humano sangra, donde tanta amargura humana llora; salimos amargados y doloridos; pero con el ansia de hacer algo para que el dolor y la amargura no siga oprimiendo y estrangulando a los hombres. Y así, aunque parezca paradojal, este libro conforta y hace bien, pese a su dolor y a su amargura.

Se hace necesario citar algunas composiciones, las que más profundamente nos hayan impresionado, y reproducir otras de entre las más breves: "Epístola a Stello", plena de vigor, "Las vidrieras", "Animal pensativo", "Domingo de lluvia", "Chico lustrabotas", "Versos al claro de luna", "La sonriente violinista del café", "Este viejito hebreo...", "El carrito de los muertos", etc., en todas las que se evidencia una vibrante sensibilidad de artista. Otras hay en las que se evidencia la indignación y la rebeldía ideológica; y su tono es recio y fuerte su contextura: "Fábrica", "Tren de inmigrantes", "Epopeya", "El automóvil del arzobispo", "Hoy es 21 de septiembre", "Pupila de mujer", "Niños del arrabal", "Un acorazado en el Río de la Plata", "Desigualdad, dolor...". Y junto a estas cosas tan fuertes, cosas tan delicadas, sutiles y frescas como "Romance de una margarita", "Vox finis", "Mendiguilla", "La revelación..."

Un punto acerca del cual es necesario insistir es la originalidad con que este escritor ve la realidad de la vida. Es un poeta realista, sin tinte de romanticismo, nada sentimental; y esto es lo que lo separa de otro poeta realista al que Yunque parece haber amado mucho: Evaristo Carriego. El autor de "La canción del barrio" es blando, dulce, melancólico y el de "Versos de la calle" es descarnado, brutal, fuerte. En la composición "Pasa una obrera..." se ve esta diversidad anímica. Carriego vió en ella "la costurerita" que va tras del amor, y la vió bella; Yunque ve en ella un animal casi, un animal estúpido y feo que no va tras del amor, "sino tras del puchero":

Pasa una obrera... El encorvado lomo
y el derruído andar y el sucio enfermo
de su carne, denuncian quince horas
de la máquina al ronco traqueteo...
¡qué ha de soñar con el amor la carne
de este animal hambriento!

Y esto es verdad; pero es cruel. Y por esto el libro de Yunque ha de ser resistido y hasta presiento que violentamente atacado. Muchos son los que ven la vida al través de sus lecturas, y cuando llega un escritor que nos da una visión nueva, porque nos da su visión personal de la vida, es resistido y atacado... hasta que el tiempo haga costumbre lo que comenzó por aparecer exótico, quizás extravagante. Mas este libro "Versos de la calle" debe correr mucho mundo todavía...

Yo concuerdo con su visión ciudadana, porque me parece la verdadera, aunque no sea las que nos dan los poetas sentimentales; y aunque disiento con el autor en la manera de realizar ciertas cosas, no he de decir que no debe hacerse así, porque tal vez sea necesario hacerlas así, a un autor tan sincero como este... Pero yo hubiese sustituído ciertos vocablos, en demasía hirientes, aunque eso se diga y se haga en el transcurso de "lo trágico cotidiano"... Eso y algunas composiciones que nada agregan al conjunto, son los defectos que hallo en este libro tan revelador de una personalidad poética de primera magnitud.

Reproduciré algunas composiciones de entre las más breves a fin de dar ejemplos de sus más diversas modalidades, a la vez que de su poderoso don de síntesis:

EL MURALLÓN DE LA PENITENCIARIA

Tan monótono, triste y frío
—cual una hoja de la ley—
lo vi que, compasivamente,
le escribí un nombre de mujer.

A OBSCURAS, COMO HACE DOS SIGLOS

Esta noche la ciudad quedó a obscuras...
¿Ha caído algún diluvio de curas?

MOTIVO DE PENA

¿Cuál motivo de pena más hondo
que este hombre que pasa llevando
los botines lustrados y rotos?

BORRIQUILLO

Trota, el borriquillo, trota...
porque los palos gangrenan
su pellejo;
hipante marcha el ilota
con un carrito al que llenan
trastos viejos.

Todos marchamos hipantes,
sufriendo, con el carrito
de los años.
Y va el carrito ambulante
de trastos viejos ahito:
desengaños.

Y no reproduciré más, aunque a la pluma me vengan cosas tan ricas de poesía y tan pletóricas de imágenes como: "Árboles floridos" o "Tren de carga" o "Ventanas de hospital"... Porque una profusión tal de imágenes hay en este libro que, forzosamente, llama la atención, más tratándose de un poeta sencillo y claro que parece desdeñar el dadaísmo y otras escuelas de última moda.

Lo repito: este libro, en el que un alma sangrante de poesía nos habla tan hondo, va a ser combatido y vejado. En él sobra vida y falta esa literatura de cliché por todos aceptada; pero este libro, a pesar de sus muchas sutilezas, se hará popular. ¿Y qué otra cosa puede ansiar un poeta culto, si no hablar a las multitudes de tal modo que estas se detengan y se empinen para escucharlo?...

J. BESARES.

Buenos Aires, agosto 1924.

La ferocidad del jabalí

La valentía y la audacia, unidas a un gran vigor y a una considerable osadía; una piel compacta, cubierta de un vello áspero; una gran velocidad para salvar las más grandes distancias y con armas tan terribles como sus colmillos, hacen del jabalí un animal temible. Un hocico puntiagudo y poderoso, con el que hoza la tierra y se provee de las tiernas raíces que pueda haber en ella, completan su fisonomía. Los jabalíes tienen sus horas de locura.

Sir Montagu Gerard volvía en cierta ocasión a un pueblecito indio donde se alojaba temporalmente, cuando vió que todos sus habitantes se hallaban subidos a los árboles, en tanto que un jabalí, como desesperado, sembraba la desolación en medio de los plantíos.

El animal entró en el pueblo y, sin provocación por parte de nada ni de nadie, atacó a siete personas sucesivamente.

Sir Montagu y un amigo suyo, montados ambos a caballo, lanzáronse a su persecución.

El jabalí hizo frente a sus perseguidores, les acometió, hirió a los caballos, acorraló a Gerard, mordió a entrambos y los lanzó a lo lejos antes de emprender la huída. Los perros y la multitud del pueblo se lanzaron en su persecución, y haciendo de nuevo frente a sus enemigos, el jabalí murió heroicamente, hiriendo a cuantos le acometían, cubierto de flechas literalmente. Y, sin embargo, se trataba de un ejemplar que no llegaba a un metro de altura, ni sus colmillos a 200 milímetros.

Planos de bronce

Los hermanos Gutleben, contratistas y constructores de varios puentes de los Estados Unidos, han tenido una idea que, por ser verdaderamente práctica, llegará a ser adoptada por todos los ingenieros.

Pensando, con fundamento, que los planos y detalles estructurales de un puente pueden perderse o destruírse, se les ha ocurrido grabar en placas de bronce todos los detalles de los planos, o, por lo menos, los fundamentales, y soldarlas en los puentes en sitio bien visible.

La idea la adoptó primeramente, en 1918, la dirección de parques nacionales en el de Yosemite.

Además de los detalles técnicos de la obra, figuran en estos planos los nombres de los constructores, y en el caso de los puentes del Yosemite constan asimismo los nombres del ministro, del director de los parques y la fecha de la ley concediendo el crédito necesario para la obra.

Las placas son de regular tamaño, unos 20 por 25 centímetros.

NECROLOGÍA



Señor Federico Alfredo Méndez Caldeira, recientemente fallecido.

LA MUJER Y EL HOGAR

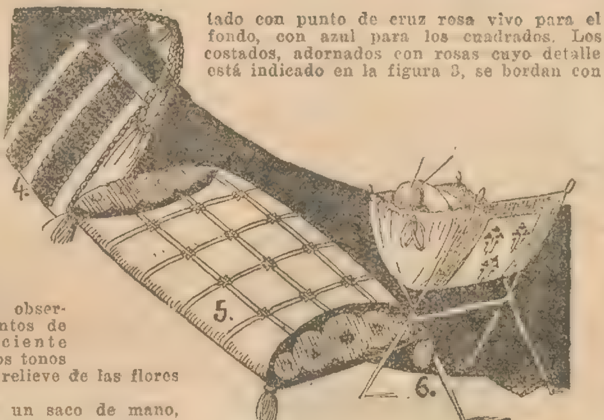
Labores sobre canevás

Nuevamente se ven trabajos hechos sobre canevás, pero ya no son las labores de antes, los hermosos dibujos que se utilizan y las combinaciones de tonos vivos de lana permiten que esta labor tenga aceptación como adorno para las habitaciones.



Les doy un hermoso motivo que puede servir tanto para una alfombrita oval como rectangular de 1.10 m. por 0.60. Esas grandes flores modernas se bordan con rosa vivo, destacándose sobre un fondo negro. El contorno de la alfombra puede ser verde esmeralda bordado con negro.

La ejecución es muy simple y rápida. En la figura 2 pueden observarse los diferentes puntos de ejecución, siendo suficiente combinar los puntos y los tonos de lana a fin de que el relieve de las flores se destaque.

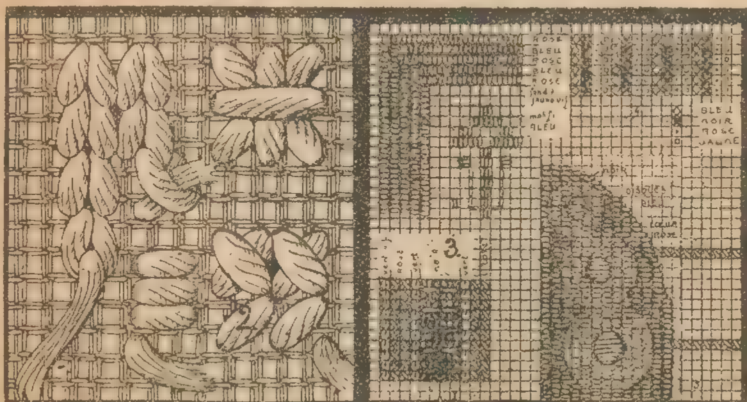


La fig. 4 representa un saco de mano, objeto indispensable para hacer compras, adornado con bandas de canevás bordadas con los tonos de los costados del saco, para lo cual puede elegirse un satén de seda. Las agarraderas de lana trenzada son muy originales.

La figura 7, representa otra bolsa de mano de la misma forma que la anterior, pero tiene la ventaja de poder convertirse en bolsa para labores, por tener los costados que se fruncen y amplían a gusto. La parte ejecutada sobre canevás está bordada con lana azul sobre fondo amarillo.

El almohadón de la figura 5 está ejecutado con punto de cruz rosa vivo para el fondo, con azul para los cuadrados. Los costados, adornados con rosas cuyo detalle está indicado en la figura 3, se bordan con punto de cadena o de hierba. Cuatro borlas terminan el adorno.

Pueden variarse hasta lo infinito los modelos en canevás; el buen gusto y la ingeniosidad de las lectoras les hará hacer combinaciones deliciosas, ya sea en alfombras, almohadones, etc., que adornan los hogares.



CONSULTORIO DEL HOGAR

VESTIDO DE BAILE

Lo que decimos de las comidas y de las soirées puede aplicarse también a los vestidos de baile. Es muy tentador asistir a estas manifestaciones mundanas y sin embargo es un gran gasto para la mujer que no es rica. En estos casos es preciso que el conjunto del tocado sea homogéneo: el calzado, los guantes y las mil cosas indispensables cuestan relativamente barato, pero el todo forma un total. Además, si a una comida, o a una soirée, se puede ir en tranvía y volver del mismo modo, esto no es un gran gasto; pero con calzado frágil, vestido vaporoso, no se puede pensar en ello y el coche se impone para la ida y la vuelta. Si la cosa se repite habrá que abrir un capítulo en el libro de gastos y al fin del año, al compulsar las cuentas, se verán alinearse cifras y cifras, cuyos totales nos producirán el sentimiento de no haber sabido privarnos de esas emociones. Esos gastos nos hubieran podido permitir comprar un mueble útil o realizar economías en previsión del porvenir.

Pero es preciso contar con la juventud; no se puede exigir de una mujer joven que renuncie a todo ni que esté dispuesta a todas las abnegaciones; así, pues, la alegría de vivir no se le debe rehusar, por tanto hay que sacrificar ese dinero por lo que el marido obrará con cordura mostrándose indulgente.

Pero si el marido debe conducir a su joven esposa a estas fiestas, ella deberá, por su parte, saber combinar una toilette muy linda y... poco costosa. Unos hombros hermosos, saliendo de un gran escote, no necesitan muchas joyas; un vestido puede ser sencillo, puesto que la línea de la silueta es graciosa y en unos lindos cabellos basta una flor.

Las mujeres saben ser seductoras, cuando quieren, que los elementos lujosos están de más.

Conocimientos de economía doméstica

EL ALMIDONADO DE LAS ROPAS

Algunas piezas de ropa presentan un aspecto más agradable si adquieren cierta rigidez y tiesura que les permite conservar su forma sin ajarse; por ejemplo: cuellos, puños, pecheras, faldas, enaguas, etc. Las ventajas del almidonado consisten en la apariencia más agradable de la ropa y en que su tiesura impide que se ensucien tan fácilmente como la ropa sin almidón. El almidonado se hace con almidón crudo o cocido.

El almidón cocido se prepara del modo siguiente: se echan dos o tres cucharadas (de las de sopa) de almidón (50 gramos por litro de agua) en una taza y se vierte un poco de agua fría para desleírlo. Se remueve bien la pasta con objeto de que no se formen grumos. Mientras tanto se ha puesto agua a calentar y cuando entra en ebullición se le añade el almidón desleído. Se deja sobre el fuego unos cinco o diez minutos, agitando el líquido con una cuchara de madera. A veces se cuela el líquido al sacarlo del fuego y se le echa un poco de azulete. Para impedir que el almidonado resulte excesivamente duro se le añade un poco de cera virgen o de sebo.

Los granitos de almidón, que son insolubles al someterse a temperaturas que oscilan entre 80° y 100°, se hinchan y revientan, formando una pasta que es la que conocemos con el nombre de engrudo. El almidón cocido se endurece al secarse. La ropa con almidón cocido es, por lo tanto, una ropa recubierta de un engrudo que endurece en cuanto se ha puesto a secar, es decir, cuando se ha evaporado el agua que contiene.

El almidón crudo se prepara del mismo modo, con la diferencia de que no se vierte el almidón desleído en agua hirviendo, sino en agua fría. En esta forma el almidón no forma engrudo y esto se comprueba con el siguiente hecho: la ropa con almidón cocido se endurece al secarse; la que está con almidón crudo permanece blanda. Esta ropa, no obstante, se endurece con la plancha. El calor de la plancha cuece hasta cierto punto el almidón, forma engrudo y éste, al secarse por el mismo calor, mantiene rígida la tela. Este almidonado en crudo es menos flexible que el otro y no tan recomendable.

El líquido almidonado será más o menos espeso, según el grado de tiesura que se quiera obtener. En general, las piezas de ropas muy delgadas se almidonan más que las gruesas.

Para almidonar la ropa se sumerge ésta en el líquido preparado por el almidón, se frota luego entre las manos para que el almidón penetre en el tejido y se exprime ligeramente con objeto de librarla del exceso de almidón.

Si se emplea el almidón cocido, la ropa se pone a secar antes de plancharla. Si se ha usado almidón crudo se plancha húmeda, sin dejarla secar.

CÓMO SE LE DA BRILLO A LA ROPA

Para darle brillo a la ropa se le añade al almidón (en el momento de cocerlo) un poco de bórax (una octava parte de su peso). El bórax se ha preparado de antemano, diluyéndolo en un poco de agua.

Consultorio femenino

P. B. Adela. — Contra las pecas. Lávese todas las noches la piel manchada con una esponja embebida en el siguiente líquido, filtrado al cabo de dos días de exponerlo al sol:

Alcohol de 85°	80	gramos
Vinagre rectificado . . .	670	„
Limón, en fragmentos . .	135	„
Esencia de lavanda . . .	25	„
„ „ rosas	0,5	„
„ „ cidra	6	„

Por la mañana se lava con agua fría. Se repite durante varios días.

Morocha. Capital. — Para ondular más fácilmente el cabello prepare lo siguiente:

Cerveza	50	gramos
Alcohol a 80°	50	„
Agua de lino macerado y filtrado	100	„

Moje los cabellos con esta loción y aplique después los bigoudis o las horquillas.

Para el paspado de la cara, encontrará en números anteriores de "Fray Mocho".

Lila. San Justo. — Para limpiar los trajes de hombre. Disuelva 20 gramos de alcanfor y 30 gramos de bórax en un litro de agua hirviendo. Cuando esté frío, añádale 25 gramos de alcohol y conserve todo en una botella bien tapada. Cada vez que la quiera emplear, sacuda fuertemente y extiéndala con una esponja.

Muñequita entrerriana. Paraná — Para conseguir cualquier "figurín para labores de señoras" que sea francés o castellano, solicítelo al Palacio del Libro, Maipú 49, Capital.

Lolilce. — Para obscurecer el cabello haga hervir hasta reducirlo y agregue un vaso de buen vinagre de vino, filtrado:

Hojas de espinacas . . .	150	gramos
„ „ nogal	150	„
Agua	500	„

Pase sobre los cabellos con un cepillo blando una vez por mes.

NOTA.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar, 879. Buenos Aires.

Secretos de tocador

PARA HACER CRECER EL CABELLO

Receta del doctor Richard

Tómese una pequeña cantidad de sulfato de cobre y échese en alcohol durante algunos días, después se decanta el líquido.

Se lava una vez por día en las partes más calvas y, poco a poco, los cabellos reaparecen.

PARA SATINAR LA PIEL

Mézclese.

Carbonato de potasa . . .	5	gramos
Alumbre	2	„
Bórax	2	„
Agua	1	litro

Agítese antes de emplearla y lociónese con un algodón hidrófilo, fuertemente.

PARA MEJORAR LA VOZ

Hacer gárgaras con:

Miel rosada	300	gramos
Violetas	100	„
Tomillo	100	„
Agua	500	„

Se hace una infusión con las especies y la miel en agua. Se pone en bañomaría. Se conserva en frascos, utilizándose cada noche. Esta receta es buena para la tos y el resfrío.

POMADA CONTRA LA PELADA

Aceite	60	gramos
Tamarindo en polvo . . .	30	„
Manteca de puerco	40	„
Zarzaparrilla en polvo . .	30	„

Mézclese y hágase fundir en bañomaría. Aplíquese cada noche, en fricciones, y póngase una venda.

PARA OBSCURECER EL CABELLO

Mézclese.

Aceite de olivas	2	gramos
Cera virgen	1	„
Cenizas de un tapón de corcho.		

Con esta mezcla se hace una especie de pomada que se pasa, ligeramente, sobre el cabello, después de peinarse.

Este procedimiento es completamente inofensivo.



PARA LA GENTE DE CAMPO

EL CARBUNCLO.— Fiebre carbunclosa.— Carbunclo bacteridiano.— Grano malo. — Sangre de bazo. — Tabardillo. — Anthrax

El "carbunclo" es una enfermedad muy grave, contagiosa, determinada por un microbio llamado "Bacillus Anthracis" y "Bacteridia de Davaine", que se encuentra profusamente distribuído en todo el cuerpo de los animales atacados.

El "carbunclo" es también conocido con los nombres de "fiebre carbunclosa", "carbunclo bacteridiano", "grano malo", "sangre de bazo", "tabardillo", "anthrax", etc.

Los vacunos y los lanares son los ganados que con mayor frecuencia sufren las mortales consecuencias del "carbunclo", cebándose la enfermedad sobre los mejores animales, los grandes y gordos especialmente; el ganado yeguarizo también es muy sensible, y luego el porcino.

El hombre puede contagiarse de "carbunclo" ("grano malo", 'pústula maligna").

Nada tiene que ver el "carbunclo" con "la mancha"; son dos enfermedades distintas. "La mancha" ataca exclusivamente —puede decirse— a los terneros y novillitos jóvenes.

CÓMO SE ENFERMAN LOS ANIMALES. — Los animales adquieren el "carbunclo" al comer alimentos que llevan los microbios causantes; el "carbunclo" entra, sobre todo, por la boca.

Evidentemente hay condiciones desfavorables para el ganado; así, por ejemplo, se ha constatado muchas veces el "carbunclo" en animales que habían pastoreado en campos ocupados anteriormente por enfermos de esta enfermedad, y también en campos abonados con residuos de animales carbunclosos.

El "carbunclo" ha muerto también animales alimentados con forrajes cosechados en lugares donde habían sido enterrados cadáveres de carbunclosos. Los forrajes cortantes o con espinas tienen una influencia marcada en el desarrollo del "carbunclo", y la explicación de este hecho está en que esos forrajes hieren la boca u otras partes del tubo digestivo del animal, determinando así la formación de puertas de entrada para los microbios del "carbunclo".

DESARROLLO DEL "CARBUNCLO".— SÍNTOMAS. — La característica del "carbunclo" está en su aparición rápida, brusca, y su desarrollo violento, veloz; por lo general los animales mueren sin que se les haya notado enfermos.

Sin embargo, en repetidas ocasiones y en diversas zonas del país, se ha comprobado, en los últimos años, casos bastante numerosos en que el "carbunclo" se desarrollaba lentamente en los vacunos, con la particularidad de que los enfermos presentaban hinchazones calientes, sensibles, blandas, guardando la impresión de los dedos que las palpan, más o menos extendidas en las partes bajas o declives del cuerpo, es decir, en el pescuezo, pecho y abdomen; aunque también han sido vistas en las extremidades, que se presentaban, entonces, abultadas.

Esos mismos animales tienen fiebre, temblores, no comen y caminan con la cabeza baja, rezagados, lenta o torpemente; también suelen permanecer echados.

EL "GARROTILLO" DE LOS CABALLOS. — Con el nombre de "garrotillo" se conoce en la provincia de Corrientes una forma particular de "carbunclo" externo, que con frecuencia afecta a los caballos. Se manifiesta principalmente por una hinchazón de gran tamaño en la entrada del pecho y extremidad de la cabeza. Su resultado es la muerte en muy pocas horas; los animales mueren por asfixia, es decir, ahogados.

Al hacer la autopsia de esos caballos no se encuentran las alteraciones que son familiares en el "carbunclo", pero los exámenes que se practican en los laboratorios permiten encontrar el germen de la enfermedad.

EL "CARBUNCLO" EN LOS CERDOS. — En los cerdos lo primero que se nota es una gran postración, y después aparece al nivel de la garganta un tumor o hinchazón difuso, caliente, blando, bastante sensible al tocarlo, agrandándose mucho en pocas horas.

Esa hinchazón dificulta mucho el pasaje de los alimentos por esa parte, a tal punto que ese pasaje llega a ser completamente imposible, al cabo de 12 a 24 horas, más o menos. La cabeza aparece muy hinchada, deformada, con la piel de color violeta donde está el abultamiento.

Sobreviene una abundante diarrea y el animal muere en 24 a 36 horas.

LO QUE SE OBSERVA AL HACER LA AUTOPSIA. — Lo primero que se observa en un cadáver de animal carbuncloso es la gran dilatación del vientre que sobre todo en verano, ya es notable algunos instantes después de la muerte.

En la gran mayoría de los casos también se ve que por la boca narices y ano sale sangre, con la particularidad que esa sangre es negra y queda semilíquida, no se cuaja ni enrojece, como lo hace siempre la sangre sana cuando se pone en contacto con el aire.

Debajo de la piel.— Al cuerear el cadáver se ve que los canales de la sangre (arterias, venas) están muy hinchados y con sangre negra y no cuajada. Debajo de la piel y entre la carne hay líquido amarillo rojizo y manchas rojas que no desaparecen lavando con agua.

Estado de la carne. — La carne está congestionada, hinchada de sangre; se desgarra fácilmente, como cocida. Su color es amarillento; que se vuelve salmón algún tiempo después de la muerte.

En el vientre. — Suele haber líquido de color rosado, en cantidad variable. Las arterias y venas de las paredes y de las vísceras, así como de la "tela" y "sebo de tripas", etc., están dilatadas, negras y repletas de sangre.

La pajarilla. — Está muy grande: hasta 4 y 8 veces su tamaño normal. Muy blanda, se destroza con facilidad; repleta de sangre. En su interior se halla convertida en una pulpa semilíquida, como jalea negra o barro negro.

El hígado. — Congestionado, blando, se deshace fácilmente; como cocido. Color violáceo si la muerte es rápida; color amarillo de hoja muerta si el desarrollo de la enfermedad es lento. Hiel normal, líquida, verde.

Riñones y vejiga. — Los riñones están congestionados y con manchas de sangre que no se van lavando con agua (equimosis).

INVESTIGACIONES DE LABORATORIO — Recolección de material de estudio. — Cuando se desea tener la confirmación de las sospechas de "carbunclo" es necesario recoger sobre el animal el material que se precisa para las ulteriores investigaciones en el laboratorio.

Para esto lo que más conviene es el envío de un hueso, pues el examen de la médula ósea (tuétano o caracú) da resultados evidentes.

Hay que sacar el cuero de una mano o pata, descoyuntar—sin serruchar— un hueso largo (canilla, pierna, brazo, brazuelo), envolverlo en papel y remitirlo al laboratorio elegido.

AUTOPSIA ABREVIADA. — Como las distintas manipulaciones que implica la realización de una autopsia en caso de "carbunclo", envuelven peligro, sobre todo si se procede descuidadamente, y puede producirse el "grano malo" o "pústula maligna", cuando hay tal sospecha se hace una autopsia abreviada.

En efecto, se vuelva el cadáver sobre el lado derecho, con el objeto de encontrar con mayor facilidad la pajarilla o bazo— cuya alteración se constata fácilmente—y que se halla ubicada del lado izquierdo, debajo de las últimas costillas.

CÓMO LUCHAR CONTRA EL "CARBUNCLO". — El único medio de luchar con eficacia contra el "carbunclo" es la vacunación de todos los animales susceptibles de contraer la enfermedad.

El producto empleado para tal objeto se llama "vacuna".

Por medio de la "vacunación" se trata de producir en el animal vacunado una enfermedad leve, pero suficiente para protegerlo contra otro ataque más fuerte de la misma.

La "vacuna anticarbunclosa" es pues, preventiva y no curativa, es decir no cura a los animales que ya están enfermos.

La "vacuna anticarbunclosa" suele venir en ampollas o tubos de vidrio, que sólo deben ser abiertos en el momento de usarlos, y después de agitar bien su contenido.

La "vacuna" se aplica en inyecciones hipodérmicas, o sea entre cuero y carne, valiéndose de una jeringa especial, y hundiendo la aguja de la misma en un pliegue de la piel hecho con una mano, mientras que con la otra mano se maneja la jeringa.

La inyección se hace en la parte del cuerpo donde la piel está más suelta, más floja, y por eso, si se trata de vacunos, se prefiere detrás de la paleta o en el vacío, mientras que si se vacuna lanares o cerdos, la inyección se hace en la pierna, del lado de adentro.

En cuanto a los yeguarizos, se prefiere en el pescuezo, a derecha o izquierda.

La jeringa. — Antes de usar cualquier jeringa para aplicar la "vacuna anticarbunclosa", es necesario revisarla bien, y cerciorarse de que no pierde ni al aspirar el líquido-vacuna ni al inyectarlo.

En efecto, si la jeringa no está bien ajustada, al empujar el émbolo el líquido salta hacia atrás, y por lo tanto no se vacuna.

La jeringa no debe ser usada sin previamente esterilizada; para esto lo mejor es ponerla, desarmada, en un jarro enlozado u otro recipiente análogo que contenga agua, a la cual se hace hervir durante 15 o 20 minutos; después se sacará la jeringa así esterilizada, una vez que el agua se haya enfriado o entibiado, armándola nuevamente.

La "vacunación anticarbunclosa" puede efectuarse en cualquier época del año, imponiéndose mayormente cuando hay mortandad por "carbunclo" en el establecimiento o en la vecindad.

Sin embargo, cuando se vacuna por precaución, que es lo mejor, debe preferirse hacerlo en la primavera; de este modo los animales gozan de la mayor inmunidad o resistencia contra el "carbunclo" durante el verano y principios del otoño, que es la época más peligrosa, pues es entonces cuando el "carbunclo" produce mortandad considerable en los no vacunados.

No es prudente vacunar animales que estén afectados por alguna enfermedad febril, como por ejemplo la fiebre aftosa o "llagas".

Tampoco es prudente vacunar los animales en estado de preñez avanzada; si no se procede con cuidado pueden producirse abortos. Esto tiene tanto más importancia cuanto más "finos" son los animales.

Si en primavera las vacas estuvieran muy preñadas aún, se puede esperar algo, y sino lo mejor es vacunar ya todos los machos y hembras vacías, y vacunas las demás una vez que hayan parido.

Tratándose de animales de trabajo, conviene no hacerlos trabajar en los primeros días que siguen a la vacunación; por eso resulta más prudente no vacunarlos todos al mismo tiempo, sino primeramente un lote, dejando otro para el trabajo, de tal modo que una vez repuesto el primer lote, se vacunará el segundo lote.

No hay inconveniente en vacunar las "vacas de tambo"; algunas darán tal vez menos leche que de costumbre, pero eso será solamente durante unos pocos días.

La leche no es peligrosa; sólo debiera desecharse en caso de que los animales acusaran fiebre.

En cuanto a los terneros mamones, a pesar de que "carbunclo" ataca de preferencia a los animales grandes, es prudente vacunarlos en cuanto empiezan a pellizcar el pasto, pues desde ese momento están igualmente expuestos que los animales grandes, los cuales—como ya lo hemos dicho— adquieren el "carbunclo" por medio de los alimentos contaminados, ensuciados; por ejemplo con el estiércol de animales enfermos de este grave mal.

Es bien cierto que la vacuna anticarbunclosa no impide el avance de la enfermedad en los animales ya enfermos; e igualmente muchos sanos pueden enfermarse antes de que la vacuna haya tenido tiempo de producir su efecto. Por eso decimos que conviene mucho más la vacunación de prudencia o precaución, cuando no hay mortandad en el establecimiento.

El inconveniente puede ser salvado, cuando se desea proteger a animales "finos"; entonces, si ya hay mortandad en la estancia, se aplica a cada uno de esos "finos" o de "valor"—en inyección también—una dosis de "suero anticarbuncloso"; con esto se confiere protección inmediata, aunque de breve duración, protección que luego es reforzada con la vacuna.

DESTRUCCIÓN DE LOS CADÁVERES. —No debemos terminar estos párrafos sin insistir sobre la necesidad de preocuparse del serio peligro que entraña el abandono de los cadáveres carbunclosos; "hay que destruirlos" so pena de mantener permanentemente el peligro de infección en el campo.

Se empieza por tapar cuanto antes las narices, boca, orejas y ano (por donde generalmente sale sangre), con estopa o cualquier trapo bien empapado con alquitrán o con cualquier desinfectante.

En seguida conviene bañar prolijamente cada cadáver con alguna solución desinfectante, con lechada de cal o con alquitrán, dejándolos así hasta que se tenga tiempo de ocuparse de su destrucción completa por medio del fuego, enterrándolos en fosas que no tengan menos de dos metros de profundidad y, siempre que en ese punto las napas de agua subterránea—en las épocas de mayor crecida—se mantengan debajo del límite de esos dos metros.

En el fondo de las fosas se debe poner una capa bastante espesa de cal, y recubrir el cadáver con esa misma substancia; luego se cubre los cadáveres con tierra, apisonándola lo mejor posible.

Cuando se ejecutan las diversas maniobras indicadas con los cadáveres, es prudente quemar paja alrededor de éstos, para alejar las moscas y demás insectos, por intermedio de quienes el hombre puede infectarse.

El vehículo que sirva para el transporte de los cadáveres hasta el enterratorio debe tener el piso y las paredes bien íntegros, si es posible forrados de cinc, para poder desinfectarlo después con toda prolijidad.

Recién a los 15 o 20 días de haber realizado estas indicaciones (vacunación, destrucción de cadáveres) convendrá cambiar de potrero al lote en que se produjo mortandad; ese potrero se desalojará hasta que se llene bien de pasto, y cuando este pasto se halle seco, será prudente incendiarlo para destruir los microbios que quedaron.

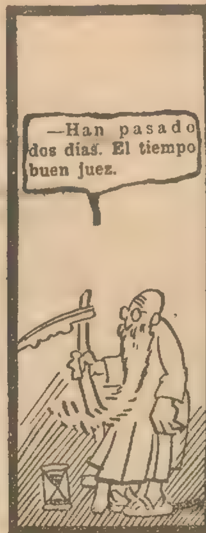
VIDA CONYUGAL



—¿Qué estás haciendo, hombre de Dios? ¿Vas a echar el reloj en el cocido?
—¡Todos mi amigos me dicen que es una remolacha!...

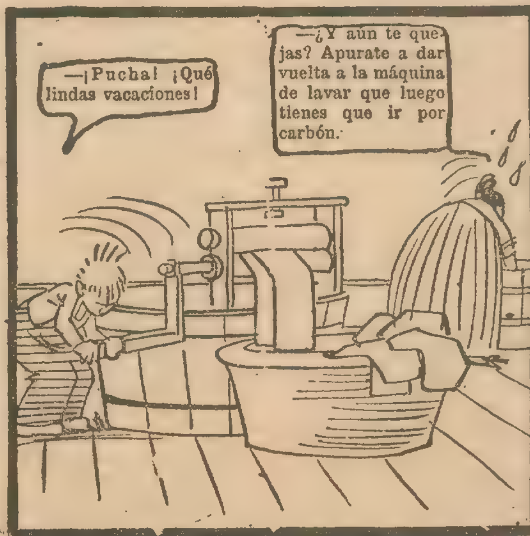
PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí























EL ABRAZO

Por SANTIAGO GÓMEZ TATO

(Del libro "Céltiga", recientemente aparecido)

Ya iba para largos años que deambulaba por tierras extrañas, cuando mis deseos de ver a los seres queridos, me llevaron de nuevo a mi aldea. Tal como la dejé al marchar, la encuentro hoy, luego de fenecer ¡qué sé yo cuántos años! Todo está como entonces. Las corredoiras, lo mismo que el molino harinero, que el tejado secular de la iglesia, lo mismo que siempre. Con respecto a las gentes, los viejos consérvanse erguidos gallardamente frente a los años, no así los mozos que, como yo, han sentido sobre sí el rudo golpe de los tiempos modernos y enclenques que los avejentan, arrugando sus facciones de un tenue color pálido. Los medios de transporte, idénticos, sino ser los mismos, con los mismos alazanes de antaño, con la sola variante que antes relinchaban briosos, y pacíficos mansamente se tornaron hoy. Todo nos habla sórdidamente de un vertiginoso vivir y de una eterna conservación, que, a mí invádeme de suprema alegría al encontrar lo que hace tanto tiempo, afortunadamente, conocí.

Todo conozco, palpablemente, y nada ni nadie me desconoce. Las agras, la huerta, el bosque, el río, el molino, la ermita, el cementerio, la ventana tosca de aquella casucha, desde donde la dueña de un primer y tierno amor, sonrió a mis cuitas, me recuerdan y recuerdo con fruición. ¡Ah, los días aquellos, supremos, venturosos de mi niñez!

Las gentes, a quienes saludo, hablan de mí, llamando por mi nombre. Evocan mis truhanerías con lo legendario de la acción.

—Adiós, señorito—me dice una vieja, en quien reconozco la Dolores, que varias veces corrimos a pedradas, insultándola, todos los rapaces larpeiros de la aldea.

Por mi parte, acuérdome de todos: el tecelán, el sacristán, los caseros, la costurera, el cura, hasta el paragüero, que tiene el mismo pito y la misma rueda, con todos sus utensilios.

¡Ah, los tiempos que mueren! ¡Cuántos años van allá! No los puedo, con exactitud, precisar. Pasaron veloces, raudos, vertiginosos, No arrastraron a nadie. No llevaron ni una sola teja de la ermita, no derrumbaron ni la vetusta puerta del molino, pues, como entonces, ocupan su lugar como en el pasado vivido y legendario.

Todavía, acurrucados y mustios, solíanse reunir al calor de la hoguera, bajo la chimenea secular de donde pendían gruesas hileras de chorizos y jamones, los vecinos de la aldea. Sus rostros, a la morriñenta luz del brasero, bajo el velo de la campana vetusta de aquella enorme chimenea, como en el ayer, es de un color ligeramente amarillo. Y todos, con mi natural sorpresa, como entonces, ocupan su lugar. Son ellos, el tecelan, el carpintero, la costurera, el sacristán y el viejo y santo don Francisco el Capellán. Falta tan sólo uno, por quien pregunto, recibiendo sorprendido la triste nueva.

—¿Murió?

—¡Sí, señorito; morreu, vaille facer dous anos!

—¡Pobre, señor Pepiño, Dios lo tenga en la gloria! ¡Qué bueno era!—acerté a balbucear.

Tuvimos unas frases hacia su memoria. Al rato, el Capellán rezó por su alma. Todos, con suma y acendrada devoción, contestamos.

Hablamos y hablé largamente. Me contaron una a una todas las nuevas habidas en el tiempo que había faltado de la aldea: hubiera pleitos que sumieran en la pobreza de solemnidad a más de dos ricos que en mis tiempos había conocido; la peste hiciérase sentir, aunque benignamente; los raposos, varios años, habían asediado los gallineros, y se habían casado varios de los que conmigo tomaron parte en las agrias peleas de aquellas ruadas inolvidables; por lo que respecta a mí, he hablado sobre cuanto me había pasado en tierras lejanas y de aventuras: el hambre, la suerte, con todos sus momentos aciagos y felices, los volqué como cuentas de un rosario, en rededor de la lareira.

Fijamente todos me miraban. Alguno lloró. Otros permanecían impávidos, clavando los ojos en el muerto rescaldón. El silencio inundaba la negra cocina. Callé un momento, porque la amargura trincaba mis nervios, no dejándome respirar.

Habían pasado varios segundos en este letárgico abatimiento, cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la vieja incorporándose.

—¡Ave María Purísima! Gente de paz, unha limosniña—contestó la voz.

Abrióse paso lentamente y la "abuela" avanzó, camino del portal. Tras sí salieron el can y el gato, que bajo sus faldas dormitaban. Sobre la tosca "artesa", un gallo espolón cacareó, altanero y asustadizo.

—¡Buenas noches, buena señora! ¡El señor se halle en la compañía de todos ustedes!

—Buenas noches,—contestamos todos aun tiempo.

—¿No tendría, buena y santa señora, unha taciña de caldo para este pobriño que se tolle de frío?

La abuela abrió la puerta, luego de correr la tranca, y con el hálito de ventisca, entró el pobre peregrino.

Todos, a una, miramos para el recién llegado. Su figura escuálida y su semblante amarillento, denotaban el frío y el cansancio que lo poseía. Avanzó "a caron" de la lumbre, donde en un tres-pues humeaba el pote del caldo, e hicímosle un sitio para que él junto a nosotros se sentara.

Al rato, el recién llegado terciaba en nuestra conversación. Su rostro, de una palidez cadavérica, luego de recibir el calor de las brasas, tornárase algo sonrosado. Sus ojos zegríes eran enormemente vivaces; aparentaba tener 60 años y sin ser alto, era un buen tipo de hombre que fuera.

Al servirle la abuela la cunca de caldo de berzas, con un "cacho de broa", tembláronle sus manos, que de vez en cuando estuviera calentando sobre el brasero.

—Gracias, señora; Dios se lo premie.

La abuela, de buena que era, sollozando, le palmoteó en el hombro y replicóle:

—En casa de gallegos no se pide premios por las buenas acciones. Coma; sacie su apetito. Después de todo no hago más que cumplir con la voluntad del Señor.

Nosotros, que permaneciéramos callados, deseos nos dieron de llorar. La abuela se arrimó un trecho al peregrino y le habló mientras comía con hambre de felino hambriento.

—¿El señor es de muy lejos?

Sin contestar bajó la cabeza afirmando.

Mencionó la abuela lugar tras lugar, ayuntamiento, tras comarca, que de sobra los conocía, hasta que él movió sus labios:

—Soy el Campelo de Cuspedriños. Soy de Cuspedriños. Lejos, pero soy de allí...

La abuela, y como ella nosotros, dimos un salto sobre nuestros asientos, quedando como petrificados y vacilantes ante el desconocilo, conocido.

En América, yo había conocido a un hijo del Campelo de Cuspedriños, pero lo cierto que a sus ascendientes, por la fama hiciéranseme familiares tan sólo.

Intenté mirarle fijamente y un remoto parecido que no había hecho desaparecer ni las tristezas ni los sinsabores, ni el presente ni el pasado, denunciaron el amigo que allende había conocido y allende quedara sepultado.

Terminara de comer el caldo y la abuela disponíase a servirle otra cunca, que él agradeció con efusión. Al terminarla, "farto" que se había quedado, habló y hablamos largamente.

Fuera arreciara el temporal. El viejo reloj sonó la media noche. El gallo, sin cantar, semidormido, picoteaba la borona que estaba sobre la negra artesa. En la lareira chorreaba una que otra gota que se filtraba por la chimenea. Y la negra, la espeluznante, la macabra historia de su vida, escuetamente, nos relató el peregrino.

La peste, la peste negra, que abatiera tanto hogar, llevando tras sí tanta y tanta humanidad, llevara los miembros de su familia. Quedara solo, luego de perder su mujer, su hija y enfermizo y enclenque él, solo quedara.

Los acreedores—que siempre habían sido en número crecido—vinieron a él, llevando a pago los enseres, el ganado, la casa, últimos vestigios de la fabulosa herencia de la que en tiempos legendarios fuera dueño.

Alejóse del hogar, una noche, la noche más negra y aciaga en la que por sus mejillas corrieran lágrimas copiosamente.

Permanecimos todos silenciosos durante el lapso que duró la narración de una tristeza sutil y penetrante. Los ojos de la abuela, lo mismo que los del sacristán, que los de la costurera, invadiéronse prontamente de grandes lagrimones. Hubo un rato de espera. En estos imprecisos instantes, las facciones del amigo fenecido en tierras americanas, cuando la parca lo apresó en la cama blanca del hospital, vinieron a mi memoria, recordándome el encargo de un modo casi olvidado, por la acción del tiempo.

El triste encargo:

—Si llegas a ir a Galicia—me dijo en el lecho de la muerte mi amigo, instantes antes de perderlo—abraza a mi padre... mi padre es el Campelo... abrázalo, cuéntale que he muerto..., abrázalo, amigo leal, amigo mío... abrázalo.

No habló más. Sus labios cerráronse y no accedió al pedido de la hermana de la Caridad que venía con un refresco para animar sus tránsfugas fuerzas. Cuando quise requerir de él más informes con respecto a su padre, el tiempo, que hasta entonces fuera

ÑANDERETÁ ÑEEME

Por JUAN E. O'LEARY

Original en guaraní y su traducción al castellano.

¡JHA CHE RETÁ!...

Doctor Tomás Ozuna pe, caraí marangatú ojayjuba ñanderetá ñeé.

¡Jha che retá, che retá,
cheretamí poraité,
nde rejhé chemanduarao
jhiante cheve cherasé!

Mbaasy opaicha guá
Omboropá nde rugüy,
nde pyape oyaitypó,
oitycuá nde resay.

Naiporiveima ybyari
ndebe guará yevyá:
ojhasama Lopez cuera
jha noui jhecoviará.

Ymaguaré nde memby
nde raijugüi itarobá,
ndebe guaránte oicobé
jha nde rejhé omanombá.

Tyguatá reicuariré
ñebyajyima reicuá,
reyupiriré ybaté
tyreyicha repytá.

Anga guá nde membycuera
nderejhé naimanduai,
nde reyá ta remanó,
nde racérao nde yoyai.

Oye rairõ, oye yucá,
rerecomiba ojhapy,
jha oyerévaerá naipori
omocá nderesay...

¡Jha che retá, che retá,
cheretamí poraité,
nde rejhé chemanduarao
jhiante cheve cherasé!

TRADUCCIÓN

¡Patria mía, patria mía,
de belleza sin igual,
cuando pienso en tu destino
me entran ganas de llorar!

Dolores los más diversos
te emponzoñan sin cesar,
en tu corazón anidan,
vierten tu llanto en raudal.

Sobre la tierra no existe
para ti felicidad:
los López ya se extinguieron,
quien les reemplace no hay.

Tus hijos antes llegaban
en su amor a delirar,
sólo para ti vivían
y por ti murieron ya.

El hartazgo conociste,
hoy es el hambre tu mal,
y después de subir alto
eres un paria no más.

Tus hijos no te recuerdan,
te desprecian al pasar,
y se burlan cuando lloras
con infinita crueldad.

Se asesinan sin descanso,
prenden fuego a tu heredad,
y tus lágrimas no hay uno
que se detenga a enjugar...

¡Patria mía, patria mía,
de belleza sin igual,
cuando pienso en tu destino
me entran ganas de llorar!

Asunción, agosto de 1924.



para con nosotros materialista, lo fué también en aquel negro instante: muriera. Quedé, pues, con el ruego, con el encargo.

El silencio abatió a los que nos agrupábamos a "carón de la lareira", y duró largo arto. A través de éste oíase roncar al can, que debajo del tosco asiento dormitaba.

Entonces pregunté al peregrino:

—¡Sólo queda en el mundo!

Movió la cabeza, negativamente.

Todos nos alegramos.

Enjugó con el pañuelo de gordo percal sus ojos, que lagrimearan abundantemente, y mirando fijo el rescaldón, habló, vacilando, pronunciando un nombre.

—¡Gumersindo!

Salté sobre mi asiento, con sorpresa de todos y llorando, me enrosqué con mis brazos temblorosos a su cuello, mi boca dejó estampar en su boca un beso vehemente, largo, cariñoso...

Todos, a una, se pusieron de pie, como asustados. La abuela se desmayó. El peregrino, lo mismo que yo, temblábamos de frío.

Y llorando, llorando como no había llorado jamás, le conté la triste nueva. El encargo de su hijo.

La negrura del momento, los aciagos instantes que más tarde vivimos, fueron hartos de dolor. Las lágrimas corrieron por nuestros rostros fríos y pálidos y el alba, con sus estrellas como luces colgadas, recordáronme los cirios aquellos expiadores, tenues, mortecinos, que alumbraran en el hospital el cadáver de Gumersindo, el mejor amigo, el leal hijo que por mí envió a su padre el abrazo postrer de sus errantes días, de cariño santo y filial.

Largos años estuvo con nosotros en la aldea el errante peregrino de la noche imborrable; todo el tiempo que su existencia duró. Le he dado muchos y muchos abrazos, pues cuando me veía, lo mismo que cuando él me divisaba, fuere donde fuere, venía a mí con sus brazos abiertos y nos estrechábamos. El encargo, el negro encargo que un día triste me hiciera en los estertores agónicos mi mejor amigo y compañero, fué lealmente interpretado: a la par que postrer, fué eterno, el abrazo...

FRENTE AL PARANÁ

A Miguel A. Camino

Aquí, sobre estas barrancas,
en vernal anochecer,
muy grata cosa la vida
en realidad debe ser.

Aquí se respira vida,
se respira agreste olor,
se absorbe oxígeno puro
de la planta y de la flor.

Y el sentido de lo estético
se desarrolla, se aviva
contemplando lo grandioso
de esta magna perspectiva.

Abajo está la laguna
de tranquilísimas aguas
que en otros tiempos los indios
surcaran con sus piraguas.

A los reflejos lunares
parece un lago de plata
donde se incrustan el gris
de los botes de regata

y las esmeraldas vivas
de los cocuyos errantes,
que en inmensa cantidad
aparecen por instantes.

Más lejos se ven las islas
como azulado diseño
en que titila la luz
del rancho de algún isleño.

En las alas de la brisa
viene montado el rumor
del idílico cantar
de algún rudo pescador;

de algún pescador que vuelve
en dirección a su choza,
inclinado bajo el peso
de rica carga escamosa.

Y viene el tilín, tilón,
tin, tilín de los cencerros
del ganado, y el guau, guau
del ladrido de los perros.

Esos sones combinados
en la hora, azul, serena,
impresionan más al alma
que cien orquestas de Viena.

La vista tras de las islas
contempla una gran serpiente
con un cuerpo irregular
y piel blanca, reluciente.

La cabeza, por el Sur,
se sumerge entre la bruma,
y, por el Norte, la cola
en lontananza se esfuma.

¡Salve! oh Río Paraná,
grandiosa arteria del llano.
Con tu savia todo crece
pleno de vida y lozano.

En tus aguas bogó un día
aquel piloto sin suerte,
que buscando el grande Océano
encontrara negra muerte.

Y por selvas milenarias,
hasta el mismo corazón,
condujiste la progenie
de Castilla y de León.

Aquellos rudos guerreros
de espada recia y broquel,
que unían su sed de oro
a la piedad de Isabel.

¡Salve! caudaloso río.
¡Salve! magno Paraná.
Eres para el ribereño
como el divino maná.

Más allá, donde parece
que el firmamento se cierra,
envuelta en la densa bruma
está la entrerriana tierra.

¡Salud, salud entrerrianos!
Pletórico aquí de unción,
os envío con el aura
esta eglógica canción;

estos versos que modulo
con inspiración bisoña,
al son que musita el junco
y de la agreste zampoña.

Ya da brillo en otras tierras
el incandescente sol,
ya en las nubes no hay el tinte
de magnífico arrebol.

Y las naves se marcharon
a reponer la alegría
que sembrarán en los campos
con el despuntar del día.

Aquí la vida no cansa.
Frente a la naturaleza,
el alma no siente angustias
y se aclara la cabeza.

Aquí, sobre estas barrancas,
en esta calma sublime,
se aprende a querer lo bello
y el corazón se redime.

Se redime el corazón,
que en el externo mutismo
escucha la voz celeste
y ve claro en el abismo,

el abismo donde brilla
la luz del eterno Ser,
que encontró Tomás de Aquino
y en vano negó Voltaire.

Aquí, en esta paz augusta,
nuestra substancia infinita
aborrece lo mundano
y comprende al eremita.

¡Oh exigencias materiales!
¡Oh la triste realidad
de la prosaica existencia
en la ruidosa ciudad!

Quien me diera prescindir
de esa fatuidad grotesca,
y en esta calma vivir
de la caza y de la pesca.

J. Manuel Alcobre

Las turquesas

De dónde vienen.—Cómo se recogen. — Turquesas que se ponen pálidas. — Dientes que no lo parecen

Encuéntranse turquesas en Silesia y en Sajonia, en el Sinaí y, según se asegura, en los alrededores de Suez; pero el noventa por ciento de las turquesas que por esos mundos andan en manos de hermosas y de joyeros, proceden de Nisapur, ciudad del Jorasán persa, grande y rica en otro tiempo y hoy reducida poco menos que a un montón de ruinas que ocupa una extensión de cuarenta kilómetros cuadrados.

Nisapur fué en otros tiempos capital de Persia. Destruída por Alejandro el Grande, y reconstruída por Sapor I, fué la corte de los seljéucidas. Los tártaros volvieron a destruirla, y acaso no quedaría ni recuerdo de ella si no estuviesen en sus cercanías las minas de turquesas.

Hállanse estas minas situadas en una serie de colinas compuestas enteramente de pórfido, caliza y arenisca, constituyendo las turquesas venas en las rocas. Las tales colinas llegan hasta una altura de dos mil metros. La mayor elevación a que se han encontrado turquesas es a los 1.740 metros; la menor, 1.600. Algunas minas de éstas son realmente extraordinarias por su situación; su entrada suele ser una cueva natural abierta en el flanco de la montaña, y como maquinaria para la explotación se emplean grúas y cabrestantes toscamente hechos de madera sin labrar. Un complicado laberinto de galerías y pozos simplemente abiertos a pico, permite llegar hasta una profundidad muy respetable.

Las turquesas más apreciadas son de un hermoso color azul intenso. Todas tienen este matiz cuando se las extrae de la mina, pero luego se decoloran y empañan, por causas que aún no se han llegado a determinar bien. Hoy por hoy, tenemos que contentarnos con decir que lo que las decolora es la exposición a la luz y al aire. Por esta razón, cuando se compran turquesas en su país de origen, es preciso andarse con pies de plomo, pues muchas de las que ofrecen más bello color han sido largo tiempo conservadas en pucheros de barro, en sitios húmedos y obscuros, y cuando se exponen luego al aire, se enturbian rápidamente. Una turquesa, para alcanzar buen precio, debe reunir a su color característico, lo que los orientales llaman "zat", que es algo por el estilo de lo que llamamos aguas en los diamantes y oriente en las perlas.

La desagradable propiedad que las turquesas tienen de empañarse y perder color, ha dado origen a una superstición muy corriente entre los aficionados a las joyas, la cual supone que la decoloración del precioso mineral indica desvío u olvido por parte de la persona amada.

Con frecuencia se da el nombre de turquesa verde a la calainita, un mineral de color de esmeralda que se diferencia de la verdadera turquesa en que ésta contiene cobre y aquélla no.

También se han llamado turquesas, y más frecuentemente turquesas occidentales, a los odontalitos, que no son siquiera minerales, sino fragmentos de dientes de animales fósiles penetrados por fosfato de hierro. Estas falsas turquesas no son nunca perfectamente azules, sino de un matiz verdoso. Generalmente, son de dientes de mastodontes. Para distinguirlas de las verdaderas turquesas, basta calentarlas, y al punto despiden un calor que desde luego revela su origen animal.

Los lapidarios distinguen las turquesas en orientales y occidentales, o de "roca nueva" y de "roca vieja". Estas últimas valen mucho menos que las precedentes. Todavía se encuentran turquesas en la India y en Turquía, y como todas pasaban antiguamente por el país mencionado en segundo lugar, recibieron el nombre que llevan.

En Francia se encuentran turquesas, pero no son azules naturalmente; este color se lo da el fuego. Antes de exponerlas al calor están sembradas de puntos, venas o pequeñas franjas de matiz negro azulado.

Las turquesas más caras son las de color limpio y brillante pulimento, las que no presentan en su superficie rayas ni desigualdades. Los joyeros apreciaban antes las turquesas que reunían estas cualidades tanto como las esmeraldas, es decir, casi igual que los diamantes. Verdad es que las turquesas algo grandes y sin defectos, son excesivamente raras. La menor imperfección disminuye considerablemente su valor.

Las turquesas europeas, principalmente las que se encuentran en el Languedoc (Francia), no difieren de las orientales ni en densidad ni en dureza, pero no son del mismo matiz. El color de las occidentales está generalmente más cargado de azul o es más blanquecino y tiene venas como el marfil, por todo lo cual alcanzan un precio muy inferior.

El color azul verdoso de estas piedras casa muy bien con los de todos los demás, y produce un efecto muy bonito. Algunas turquesas alcanzan precios muy elevados según la belleza del matiz. Una turquesa ovalada de 12 milímetros por 11 milímetros, azul claro, se vendió en 500 francos, y otra del mismo tamaño, azul celeste, alcanzó la suma de 241 francos. Las de roca nueva son bastante menos estimadas, porque además de perder su color a la luz, les atacan los ácidos nítrico, clorhídrico, etc. Los precios antes mencionados son algo antiguos; hoy valen bastante más.

La turquesa químicamente contiene según Hermann, por cada 100 partes, 27,34 de ácido fosfórico, 47,45 de sesquióxido de aluminio; 2,02 de óxido de cobre; 1,10 de protóxido de hierro; 0,50 de protóxido de manganeso; 3,41 de fosfato de cal y 18,18 de agua.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Tranquerita

Son dos troncos de algarrobo los que forman la tranquera
construida nadie sabe por qué ruda y noble mano:
¡Ah, si hablaran esos trozos carcomidos de madera,
cuántas cosas narrarían del pretérito lejano!

Cuántas veces, junto a ellos, impaciente por la espera,
ensoñó la china guapa, aguardando a su paisano,
y al llegar el mozo apuesto, de su flete a la carrera
escucharon dulces frases del agreste amor galano,

Son dos troncos de algarrobo colocados paralelos;
junto a ellos, cuántas ansias, cuántos íntimos anhelos
alentaron las parejas, de las lunas al claror...

¡Tranquerita, tranquerita; del ayer eres emplema,
y los troncos que te forman son dos versos de un poema
de recuerdos imborrables, de esperanzas y de amor!

Domingo F. ARIETTI.

La perdición del poeta

Iba cantando su canción. La suerte,
lo dejaba marchar por su camino.
Era feliz el poeta peregrino;
no temía a la vida ni a la muerte.

Su alma hasta entonces, era bloque inerte
para todo lo humano; el Destino,
parecía guiarle a lo divino
con el empeño de su mano fuerte.

Mas, de pronto, ante él, surge triunfante
la Mujer, como un astro aún ignorado,
y él le entona su himno más brillante.

Y desde entonces el Destino, airado
lo persigue diciéndole al oído:
¡Ya verás en qué barro te has metido!...

Enrique LE PELE.

Crimen pasional

Tan celoso era el galán
y la dama tan infiel
y era tan
intrigante el celo aquel,
que la duda urdió su plan
grave y cruel.

(Tentó un amante el deber
de esposa en aquella unión,
y el querer
enceguеció la razón
porque pecó la mujer
de traición).

Y un día en que él la besó
tanto esa boca fatal
se sonrió,
que al burlarse de su mal
en el pecho le clavó
su puñal.

Al otro día recién
se habló del drama fatal
y hubo quien
dijera del criminal:
el esposo, que hizo bien
y la esposa, que hizo mal.

Abogó su defensor
por su moral y honradez,
y el rigor
pidió el fiscal a su vez.
Y en la condena mayor
falló el juez.

Pero no hay acción penal
en el código de honor,
y por tal
un bohemio soñador
dijo que fué un criminal
por amor.

Víctor J. MUSCHIETTI.

CAMBIAR DE OPINIÓN ES DE SABIOS

—Recuerdo que usted, cuando la gran guerra, era un rabioso germanófilo. Ahora, con la suscripción para los alemanes, se le presenta a usted una magnífica ocasión para demostrar su germanofilia.
—Le diré a usted... Una cosa es la paz y otra cosa es la guerra.

El fruto prohibido

Tu boca es tan roja como la frutilla,
húmeda y fragante, jugosa y sensual;
y tiene el misterio del fruto vedado
del bíblico árbol del bien y del mal.
Del mal porque sabe prodigar desdenes,
ánfora de ámbar que destila hiel,
al infortunado, que incurrió en tu enojo
o aquel que no supo tu "yo" comprender.
Del bien también tiene tu boca el encanto.
encanto que emana de tu sonreír,
sonrisa, impregnada de honda ternura,
de mujer que sabe gozar y sufrir.
Por eso es que quiero conquistar tu boca
húmeda y fragante, jugosa y sensual,
aunque sufra luego, por haber pecado,
comiéndome el fruto del bien y del mal.

Raúl B. BOISBEHERE.

Un drama en la noche

Para el maestro y el amigo, don Cesáreo Rodríguez, cariñosamente.

Una canción triste se eleva por los aires con sonoridades de un gemido prolongado.

Impregnada de nostalgia, ella dice de las exóticas bellezas de lejanos países.

La bronca voz de los hombres, sale de las gargantas empapada en lágrimas. Y los ojos, ojos tristes y hundidos en las caras rugosas, miran a lo lejos, en un profundo éxtasis, como queriendo penetrar al misterio del horizonte.

La canción cesa lentamente.

—¡Jacobo!

—¡Iván!

—¡Quiero volver pronto allá! ¡La ausencia me está matando!

—¡Iván, querido amigo; acuérdate de que hay un mundo de agua entre esta tierra y nuestra querida Rusia!

—¡No importa, Jacobo; lo cruzaremos a toda costa! Quiero morir allá!

—Yo también lo ansío y muchas veces me pregunto llorando por qué el destino es tan cruel. Y ¿sabes, Iván? Entonces blasfemo y reniego de todos. A todos quisiera verlos llorar como yo, gritar sus angustias, sin poder encontrar un lenitivo para su dolor.

—¡Si pudiéramos conseguir para el pasaje!

Callaron.

Una misma idea cruzó la mente de aquellos dos hombres. El sol habíase ocultado por completo, en su cotidiana abdicación de astro rey, ante el avance lento de las sombras. Una suave brisa que rizaba las aguas, llegaba hasta el muelle y acariciaba los curtidos rostros de Iván y Jacobo. La luna comenzaba a ascender esparciendo su lechosa claridad sobre Buenos Aires.

—¡Si pudiéramos conseguir para el pasaje!

—¿Y cómo?

Se miraron en silencio. Y, en aquella mirada, ambos se comprendieron.

De pronto se sobresaltaron. Por el muelle solitario, resonaban los pasos de un rezagado. Se acercaba apresuradamente.

Iván extrajo un cigarrillo y cuando el desconocido se acercó, solicitóle fuego. Entonces Jacobo, rápido como el rayo, saltó sobre su espalda y tomando el cuello del desdichado, lo oprimió brutalmente entre sus manos. El desconocido emitió un grito gutural, convulsionóse y cayó pesadamente sobre el empedrado.

Lo registraron.

Sólo hallaron en sus grasientos bolsillos una petaca con tabaco, un cachimbo y varias monedas.

Jacobo e Iván se miraron en silencio.

—¡La mala suerte nos persigue, Jacobo!

—¡Maldito!...

Se detuvo espantado.

La luna había iluminado el rostro del cadáver. Un rostro lívido, pero hermoso, de hombre joven.

—¡David, mi hermano!—exclamó Jacobo cayendo de rodillas.

Iván se descubrió y dijo:

—¡Pobre David!

Jacobo lloraba junto al cuerpo de su hermano. Una dolorosa idea cruzó por la mente de Iván. Se agachó, y registró minuciosamente los bolsillos interiores, los cuales no habían sido explorados, y en uno de ellos, halló una carterita grasienta. La abrió precipitadamente. En ella, dobladitos, había tres pasajes para el vapor que al final de aquella semana zarparía con rumbo a su patria.

. . . .

Hasta David había llegado, en forma de carta, el doloroso llamado de su hermano Jacobo y de su entrañable amigo Iván.

Hallándose en una posición desahogada, y poseyendo, además, un alma grande y noble, surcó el Atlántico, llegó a estas playas y dióse a la búsqueda de ambos.

David, inquieto, recorría el muelle, en aquella hermosa noche, cuando una canción triste, llena de nostalgia, acarició sus oídos. Guiado por la voz echó a andar.

La canción cesó de pronto y alcanzó a distinguir dos hombres, parados, inmóviles. ¿Eran ellos? Apresuró el paso. ¡Con cuánta alegría le recibirían! ¡Qué contentos se pondrían cuando supieran que él iba a buscarlos para llevarlos allá, a la lejana Rusia! Cuando se hallaba a pocos pasos, uno de ellos, en el cual creyó reconocer a Iván, se adelantó y pidióle fuego. Pero al satisfacer el deseo de su amigo, se sintió brutalmente asido por el cuello...

Miguel GALLUZZO.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

UNA ESCENA TRAGICA DE JEAN PAUL LAURENS



El viejo pintor francés, que tuvo predilección por las escenas dramáticas, obtuvo con "La excomunión de Roberto el piadoso" y "El estado mayor austriaco ante el cuerpo de Marceau", un éxito definitivo. Pero quizá su cualidad especial de evocador de tragedias históricas, llegó a su grado máximo, en la terrible tela conocida bajo el título de "La exhumación del Papa Formose". En ella, el artista, puso toda la fuerza de su robusto talento, haciendo vivir los personajes, que con mímica expresiva, revelan el augustino desarrollo de un capítulo de la Historia de los Papas.

El nos refiere, que Formose obispo de Oporto, designado por aclamación soberano Pontífice, llegó a la silla de San Pedro sin la indispensable autoridad canónica. Cuando falleció en 896, su sucesor Etienne VI, dispuso de inmediato, que se le acusara.

El cadáver del prelado, revestido de los ornamentos sacerdotales, fué transportado ante el Concilio, para responder de sus culpas.

¿Por qué, obispo de Oporto, has osado usurpar el solio de Roma? preguntó, Etienne VI. Un abogado respondió por el muerto... Y en la macabra escena, que tenía por objeto dar la apariencia de justicia a un veredicto fatal, el antiguo Papa fué condenado al suplicio. Los verdugos cortáronle la cabeza; uno a uno, se le arrancaron los tres dedos con los que tuvo "la audacia" de bendecir a la cristiandad; y luego, arrojáronse al Tíber, los restos mutilados del obispo de Oporto, el cual, ni con la muerte, detuvo el brazo de sus enemigos.

La horrible tragedia, fué magistralmente evocada por Jean Paul Laurens, en el cuadro que reproducimos, éxito enorme del salón de 1872 y propiedad del museo de Nantes.

GENTE MENUDA



Saria Delia Crambade.



Florencio A. Chiclana Pazos.



Telma Nelly Zola Portiglia.



Roberto A. Taphanel.



Actualidades Cinematográficas



La New York Film Exchange está exhibiendo, desde el sábado último, la deliciosa cinecomedia ''Primavera'', interpretada por Harrison Ford, Ethel Shannon, Bess True y muchos otros artistas. El grabado representa una escena de dicha película.



Mariam Nixon y John Gilbert, son los protagonistas de ''Moneda corriente'', producción Fox, que se dará a conocer el próximo jueves.



Un pasaje de la película ''El castigo de la generosidad'', obra que interpretan Herbet Rawlinson y Ruth Dwyer y que hoy estrenará la Universal.



Desde el domingo último, la Sociedad General está programando la divertida cinecomedia ''Volante y Tarantela'', de la cual es esta escena, interpretada por Monty Banks y Helen Ferguson.



Con ''La embustera adorable'', del First National Circuit, la Corporación Argentino Americana de Films presenta, desde el viernes anterior, a Constance Talmadge y Kenneth Harlan, quienes aparecen en el grabado.



El viernes pasado comenzó a exhibir la Sud Americana, la cinta italiana Renacimiento ''La mujer desnuda'', notable adaptación de la obra de Bataille, interpretada por Francesca Bertini.



De la Sociedad Chilena



Sara Zañartu Sanfuentes



Blanca Ureta Errázuriz



Victoria Larrain Morandé



Marta Lecaros Ariztia

Fots. del pintor Rembert.



FRAY MOCHO EN MONTEVIDEO



La embajada footballística al Perú. — Fotografía tomada momentos antes de partir en el vapor de la carrera la simpática muchachada que representa a la Asociación en su jira deportiva por el Perú.



Personas que tomaron parte en la demostración organizada en honor del doctor Eirabén, con motivo de haber sido recientemente nombrado jefe de la Sanidad del Ejército y la Armada.



Concurrencia que asistió al festival realizado en la Casa de Galicia, en honor de los campeones olímpicos.



Vista parcial de los comensales que concurrieron al banquete servido en homenaje del teniente Demichelli.

ANIVERSARIO DE LA SOCIEDAD SAN CRISPIN



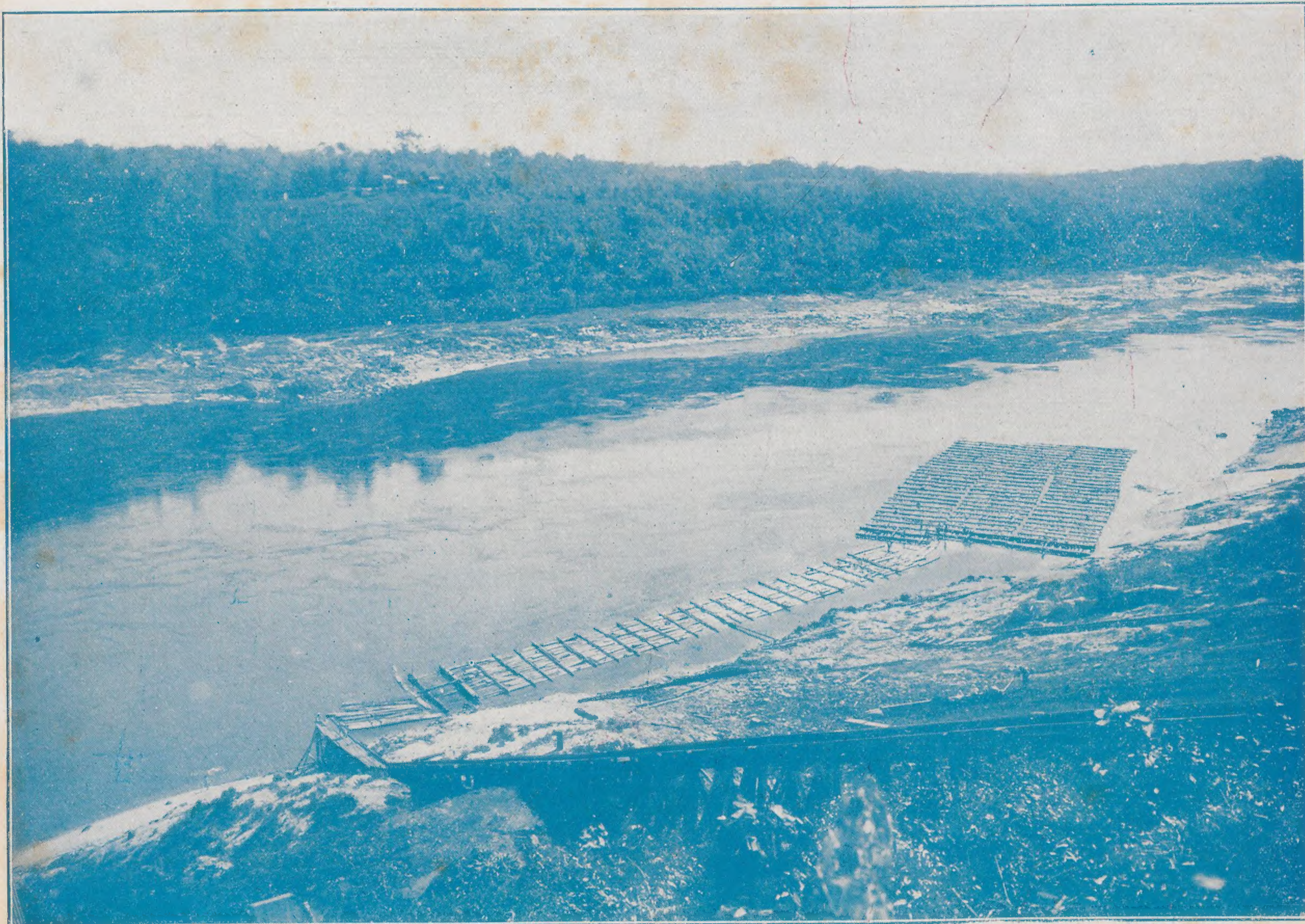
Aspecto que ofrecía el salón del "Lago di Como" mientras se efectuaba la fiesta con que la Sociedad de Socorros Mutuos San Crispín celebró el sexagésimo octavo aniversario de la fundación de la misma.



Elementos del cuadro filodramático del centro "Los Chiripitifláuticos" que prestaron su concurso a la fiesta, interpretando la comedia "El viejo Hucha".



MOTIVOS DEL ALTO PARANÁ



PUERTO IGUAZÚ. — Una jangada en construcción. — Vista tomada desde lo alto de la barranca, en jurisdicción argentina.



Una tropa de alzaprimas, después de haber dejado los rollizos que transportaban, se retiran, conduciendo provisiones, con destino al obraje.
Fots. Bejarano.



Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires